2009

**Revista Electrónica Historias del Orbis Terrarum**

Edición y Revisión por la Comisión Editora de Estudios Medievales

Núm. 01, Santiago

http://www.orbisterrarum.cl

# La Muerte en la Edad Media

*Por Ana Luisa Haindl Ugarte**

**RESUMEN:**

El siguiente trabajo expone la actitud ante la muerte del hombre medieval, haciendo un énfasis especial acerca del impacto que ejerció la Peste Negra para cambiar y acentuar dicha actitud, desde una actitud más resignada y esperanzada, hacia un mayor miedo y desesperación, que conducen a hacer de la Muerte la gran protagonista del arte y la literatura del siglo XV.

Esta monografía está dividida en dos partes: la primera, titulada *La Idea de la Muerte*, describe, desde la perspectiva de las mentalidades, las actitudes e ideas que el hombre medieval demuestra ante la muerte, muy influido por sus creencias. La segunda parte, a la que he llamado *Tiempo de Muerte*, expone los actos que conllevan la muerte de un ser querido: asistencia a los moribundos, ritos funerarios y sepulturas.

* Ana Luisa Haindl Ugarte es Historiadora de la Universidad Gabriela Mistral y Máster en Estudios Medievales por la Universidad de Navarra. Contacto: anahaindl@gmail.com

# LA MUERTE EN LA EDAD MEDIA

**Por Ana Luisa Haindl Ugarte**

# La Muerte en la Edad Media

## Primera Parte: La Idea de la Muerte

### La concepción cristiana de la muerte

Para comprender la idea y la actitud ante la muerte durante la Edad Media, es necesario entender la concepción cristiana de ésta. La religión es, sin duda, el factor más influyente en la mentalidad del hombre medieval. Según la tradición judeocristiana, el origen de la muerte fue un castigo por los pecados cometidos por los hombres. Antes de eso, la vida sería una estancia eterna en el Paraíso, placentera y sin grandes esfuerzos. El castigo ante el pecado original fue la expulsión del Edén, hacia una vida esforzada y no exenta de sufrimientos, que es limitada por la muerte. Sin embargo, la muerte no significa el fin, sino el paso hacia otra vida, que puede ser un premio o un castigo. Todo depende del comportamiento de los hombres en la vida terrenal. Por lo tanto, la vida humana es como un largo peregrinar que culmina con la Vida Eterna. Pero ésta es sólo para quienes la merecen, por su fe y sus buenas acciones.

Entonces, la tradición cristiana concibe la muerte como el castigo que debe cumplir el hombre por ser un pecador. Así lo explica Martínez Gil en *La Muerte Vivida*. No es Dios el responsable de que los hombres mueran, sino éstos mismos, por desobedecerle y pecar. El autor cita pasajes del Génesis: *"Puedes comer de todos los árboles del jardín; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás en modo alguno, porque, el día en que comieres, ciertamente morirás"*[1] y de la Epístola a los Romanos de San Pablo: *"por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron."*[2]

Ariès concuerda con esta idea, basándose también en San Pablo, para quien *"la vida es muerte en el pecado, y la muerte física acceso a la vida eterna."*[3] Así, hasta el año mil, la muerte es concebida por los cristianos como un sueño en el que se espera la segunda venida de Cristo. Por eso, su representación del fin del mundo muestra un Cristo glorioso, como el de las portadas románicas. Sin embargo, sólo se presenta a los bienaventurados.

[1] Gn, 2, 17
[2] Rm, 5, 12
[3] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 87

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

El primer tratado cristiano acerca de la muerte es el *De Mortalitate* de Cipriano de Cartago, publicado en 252. *"Mezclando reminiscencias estoicas a los sentimientos cristianos, se aspiraba a fortalecer el ánimo de la población de un África del norte, asolada por una terrible epidemia de peste. Sobre la base de que en este mundo no hay paz, es preferible siempre la perspectiva de un gozo eterno; razón por la cual la muerte física no tiene que asustar a los cristianos."*[4]

La concepción de muerte de San Ambrosio sigue esta tradición, al hablar de tres tipos de muerte: la *mors peccati*, la *mors mistica* y la *animae corporisque secessio.* La primera es la muerte del alma que peca, es decir la condena o 'muerte segunda', una mala muerte. Por su parte, la *mors mistica*, es la muerte al pecado y la vida para Dios, una buena muerte. Y la *animae corporisque secessio* es la muerte biológica. [5] Al igual que otros autores, San Ambrosio desplaza lo terrible de la 'muerte primera', que es la biológica, por la 'muerte segunda', que es la condena.

San Agustín escribe mucho sobre el tema en *La Ciudad de Dios*, remontándose a las fuentes bíblicas que presentan el pecado original como la causa de la mortalidad humana. Concibe la muerte como un premio o castigo por nuestras acciones en vida. Y distingue entre la muerte corporal, inevitable para todos, y la segunda muerte, la condenación eterna, que es la más temida:

> *"La muerte del cuerpo y lo que constituye en tal, es decir, la separación del alma y el cuerpo, cuando la sufren los llamados moribundos, no es bien para nadie, porque ese desgarramiento de lo unido y entretejido en el viviente es duro para la sensibilidad y contrario a la naturaleza mientras el alma mora en el cuerpo, hasta que se pierde todo el sentido que procedía del brazo entre el alma y la carne."*[6]

Por lo tanto, según San Agustín, el hombre se enfrenta a 2 muertes: la primera es la terrenal, que afecta sólo al cuerpo, inevitable para todos, pero no necesariamente mala. La segunda es la terrible, porque es a la que nos conduce el pecado: la condena eterna, que afecta nuestra alma. Una idea similar presenta Philipe Ariès en *El hombre ante la muerte.* Para él, la resurrección de Cristo representa, ante la mentalidad del cristiano medieval, cómo la muerte física no es más que un paso hacia otra vida que, cuando se ha sido un buen cristiano, será eterna y paradisíaca. *"Por eso el cristiano está comprometido a desear la muerte con alegría,*

[4] Mitre, Emilio; *La Muerte Vencida*, pág. 68
[5] Ibídem, pág. 52
[6] *La Ciudad de Dios*, XIII, I, en *Obras de San Agustín*, t. XVI y XVII, p. 1; en Martínez Gil, Fernando, *La Muerte Vivida*, pág. 12

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*como un nuevo nacimiento."*[7] Por lo tanto, no hay que temer a la muerte, sino prepararse para ella, para no caer en lo que es verdaderamente temible: la condena.

Esta actitud ante la muerte se complementa con el concepto de la vida como un peregrinar, acompañada por el menosprecio del mundo debido a su caducidad. Por eso, la obra más influyente será el *De Contemptus Mundi*, escrito por el cardenal Lotario de Segni, futuro Inocencio III, a fines del siglo XII. Una obra que recoge la concepción agustiniana de la muerte. Un concepto de vida que está presente en numerosos ejemplos literarios. Mitre menciona a Diego García, autor del siglo XIII, quien resalta la actitud redentora de Cristo que *"impera por su misericordia, llevando al hombre desde el sepulcro al cielo"*[8] Alfonso X en las *Cantigas* describe algo similar, pero destaca a la Virgen María como Redentora. Por otro lado, la novela artúrica presenta una *"larga peregrinación caballeresca cuyo término marcará también el fin del drama humano, completará la gloria de Dios sobre la tierra y hará posible la salvación del mundo como final glorioso de la historia."*[9]

Martínez Gil menciona a Gonzalo de Berceo, quien concuerda con San Agustín, al presentar la vida como un peregrinar hacia la vida verdadera, que comenzaría con la muerte. No concibe la muerte como algo dramático. En cambio, la condena del alma por el pecado sería la temida 'segunda muerte', de la que habla San Agustín. Sin embargo, a pesar de ello, aún queda la esperanza de una misericordia divina infinita.

Por su parte, Víctor Infantes en su investigación acerca de las Danzas de la Muerte, explica cómo va produciéndose un cambio de actitud frente a ésta, del que las Danzas serían un reflejo. Expone cómo, entre los siglos XIII y XIV, el pensamiento medieval giraba en torno a la relación entre la fe y la razón, mientras se vivía el Siglo de Oro de la Escolástica, cuyo mayor exponente era Santo Tomás.

Santo Tomás defendía la creencia de que la muerte significaba el final de la vida tal como la conocíamos. Una realidad que todo cristiano debía aceptar con resignación, pero que no debía concebirse como algo temible o negativo, ya que era el inicio de una nueva vida, la Eterna[10]. Porque, según la antropología tomista, el hombre es unidad substancial de cuerpo y alma. Según este principio, la muerte sólo significa la separación de esta unidad substancial, produciéndose la corrupción del cuerpo y la trascendencia del alma humana, que es inmortal.

[7] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, Ed. Taurus, Madrid, 1983, pág. 19
[8] Mitre, Emilio; *La Muerte Vencida*, pág. 75
[9] Ibídem
[10] Quinn, Patrick; *Aquina´s Dilemma about knowledge after death*; en *Death and Dying in Middle Ages*, pág. 151

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Basándose en su concepción del hombre como unidad substancial de cuerpo y alma, Infantes explica a través de los estudios de Etiene Gilson, cómo la muerte se presenta como la separación de esta unidad, que trae consigo el fin para el cuerpo, pero la trascendencia del alma, que va hacia una existencia más plena, pudiendo satisfacer los deseos no alcanzados en la vida terrenal. Por lo tanto, la muerte es vista como un paso hacia una mejor vida, cosa que todo hombre debe procurar, ya que por naturaleza es bueno, y posee esa inquietud por su destino en el más allá. Aunque, a pesar de esta bondad intrínseca, el hombre está limitado por sus pasiones, que le inclinan al vicio y al pecado, lo que puede negarles la posibilidad de la Vida Eterna y condenarles. [11]

La muerte sería sólo el paso definitivo hacia esa nueva Vida, el final del camino del peregrino. Sin embargo, en este viaje que es la vida, el pecado es la gran amenaza, porque éste marca el alma, haciéndola indigna de entrar al Paraíso y por lo tanto, imposibilitando la entrada a la Vida Eterna. Contra el pecado, este peregrino que es el ser humano, debe luchar toda la vida, hasta el momento de su muerte física, la muerte primera, para no ser condenado y morir por segunda vez.

> *"Man alone, sinful, wilful, impotent, the play thing of uncontrolled forces unleashed by follow humans, by the devil, orby God Himself, desesperately needed assistence to follow the route effectively and take the correct turning at the cruz of existense wich was death. There were only three certainties: sin, death and judgement."*[12]

Para el católico, era necesario contar con la ayuda de la Gracia divina para regular su vida como cristiano. Así, los sacramentos eran indispensables. El cristianismo proveía un modelo, al cual todos debían aspirar. La fe y la esperanza eran los dos pilares para el cristiano en su peregrinar, sobre todo cuando pasaba por momentos difíciles. Por eso, Philipe Ariès habla de una 'muerte domada', que es esperada y asumida por todos, como una etapa más de la vida. Y explica cómo ésta, en condiciones normales, no sorprendía a sus víctimas *"traidoramente, aunque sea accidental o consecuencia de una herida"*[13] Por eso, la muerte inesperada y violenta será tenida por una mala muerte.

La naturalidad y cotidianeidad con que se presenta la muerte ante los ojos del hombre medieval se ve también en los escritos de San Benito. En su *Regla*, él hace hincapié en la

[11] Infantes, Víctor; *Las Danzas de la Muerte. Génesis y desarrollo de un género medieval (siglos XIII-XVII)*, págs. 50- 51
[12] Swanson, R. N.; *Religión and devotion in Europe. 1215-1515*, pág. 193
[13] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 13

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

presencia constante de la muerte, recordándoles a los monjes, que se abstengan de actuar como si fuesen inmortales. Así, en la Regla, el fundador de Montecassino destaca como un instrumento de las buenas obras el "*Tener la muerte presente ante los ojos todos los días"*[14] y más adelante, cuando fomenta la humildad ante sus hermanos les dice "*Por tanto, hay que guardarse del mal deseo, porque la muerte está apostada al umbral del deleite"*[15]

Martínez Gil afirma que incluso el martirio, actitud ideal para alcanzar la salvación, no se presenta de forma dramática, a pesar de la violencia implicada en el sacrificio heroico de santos como Lorenzo o Sixto en *La Leyenda Dorada* de Jacobo de la Vorágine, una recopilación hagiográfica del siglo XIII. Sus martirios se describen de forma muy realista, pero ellos los enfrentan con valentía. La *Leyenda Dorada* también narra las muertes más apacibles que padecieron hombres como San Francisco o Santo Domingo, rodeados de sus seguidores y compañeros.

Las cruzadas, al ser una peregrinación en una época en la que se concibe la vida como un peregrinar, harán que este ideal de muerte heroica en el martirio sea también para los valientes caballeros que van a luchar por la recuperación de los Santos Lugares, como una *"sublimación de la idea del homo viator, en la que las imágenes de la Jerusalén terrestre y la Jerusalén celestial estuvieron en una curiosa simbiosis. Si el hombre en general es un expatriado, el cruzado lo es por antonomasia."*[16]

Sin embargo, una muerte enfrentada con tranquilidad o valentía no es exclusiva de los santos. En *Los Milagros de Nuestra Señora*, Gonzalo de Berceo describe la muerte de simples pecadores que por arrepentirse a tiempo protagonizan una buena muerte. De hecho, en una de sus historias, *Los dos hermanos*, una persona muere en pecado, pero por intercesión de la Virgen, recibe la oportunidad de volver a la vida por un mes, para preparar su buena muerte, con limosnas, satisfacción de deudas, despedida de sus seres queridos, confesarse, comulgar, rezar y aceptar serenamente su muerte.[17]

Alfonso X El Sabio en sus *Cantigas a Santa María*, también habla de la buena muerte. Por ejemplo, la cantiga 233 comienza *"Os quo bona morte morren…"*[18] En otros casos, la

[14] *La Regla de San Benito*; IV 47.
[15] *La Regla de San Benito;* VII 24
[16] Mitre, Emilio; *La Muerte Vencida*, pág. 79
[17] Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, estrofas 267-269; en Martínez Gil, Fernando; Op. Cit., pág. 29
[18] Alfonso X el Sabio, *Cantigas de Santa María*; en Martínez Gil, Fernando; Op. Cit. pág. 28

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

muerte le es anunciada al difunto quince o treinta días antes de que se produzca.[19] Y en por lo menos 28 cantigas está representada la Buena Muerte en las miniaturas. En una de ellas, describe la apacible muerte de una monja, amortajada en su lecho, con la cabeza descubierta , rodeada por cuatro monjas, con dos ángeles en su cabecera y su alma, representada como una niña, es recibida por la Virgen.[20]

Philipe Ariès en *El hombre ante la muerte*, proporciona nuevos ejemplos de este ideal de Buena Muerte, presente en la Alta Edad Media, a través de los Romances y Cantares de Gesta franceses. Las muertes de héroes como Gawain o Rolando, se equiparan a las de los santos: son 'muertes anunciadas', cuyos protagonistas presienten su llegada, por medio de una serie de signos sobrenaturales, enfrentándola con tranquilidad y valentía.[21] Un ejemplo de ello es la muerte de Galahad:

> *"Así mismo, el día en que Galaad tuvo la visión del Graal se puso a temblar, y alzando las manos al cielo: Sire, te doy las gracias por haber aceptado así mi deseo; aquí veo el comienzo y la causa de las cosas. Y ahora te suplico permitas que yo pase de esta vida terrestre a la celestial. Recibió humildemente el corpus domini…Luego fue a buscar a Perceval y dijo a Bohan: Bohan saluda por mí a mi señor Lancelot mi padre, cuando lo veáis. Tras lo cual volvió a arrodillarse ante la tabla de plata y pronto su alma dejó su cuerpo."*[22]

En cuanto a las muertes de los reyes castellanos, aunque no tenían los `poderes traumaturgos' de los franceses, también se les consideraba con un carácter sacro, como representantes de Dios en la Tierra. Por eso, sus muertes debían ser ejemplares y fuera de lo común. Las crónicas que hacen las muertes de los reyes como San Luis o Fernando III "el Santo", nos describen cómo ellos ordenan su testamento, rezan, se confiesan, comulgan y reciben todos los sacramentos hasta la extremaunción. A fines del siglo XIII y hasta el siglo XV, se adoptó la costumbre de ser enterrado con hábito religioso. Así, por ejemplo, el rey Sancho IV de Castilla es amortajado con el hábito franciscano. La buena muerte de un rey es interpretada como una prueba de que ha sido un buen rey.

A pesar de que la medicina era muy respetada, se creía que si un enfermo estaba demasiado grave, debía procurársele una buena muerte, velándose más por la salvación de su

[19] Alfonso X el Sabio, *Cantigas de Santa María*, cantigas 53, 65 y 79; en Martínez Gil, Fernando, Op. Cit., pag. 30
[20] Ibídem
[21] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 14-15
[22] *Le Romans de la Table Ronde*, pág. 380; en Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág 20

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

alma que por la curación de su cuerpo. Esta preparación incluía limosnas, testamento, la confesión si era posible y la extremaunción. De hecho, es en el siglo XIII cuando el sacramento de la extremaunción se establece con la forma que aún mantiene. Y a fines del siglo XIII, la extremaunción, junto a los viáticos y las penitencias, se difunde y hace obligatoria.

La Buena Muerte se presenta como aquella en la que el difunto enfrenta con serenidad el momento de su agonía, porque sabe que en su vida terrenal se ha esforzado por preparar su alma para aquel momento, siendo un buen cristiano, obrando bien, cumpliendo los sacramentos, practicando la caridad y haciendo su testamento. La hora de la muerte siempre se representa turbada por la presencia de los demonios que intentan tentarle, aprovechándose de la desesperación y debilidad que se sufre en el momento de la agonía.

La Mala Muerte en cambio, es aquella que sorprende desprevenida a su víctima, que no se ha preparado para ella. Muchas veces, se le presenta como una muerte violenta. Por eso, se insiste en que el buen cristiano debe prepararse con tiempo para ello. Una idea que, con la crisis del siglo XIV irá aumentando, ya que entonces la muerte estará más presente que nunca. Alguien que durante su vida no ha actuado bien y no ha cumplido con sus deberes de buen cristiano, es más vulnerable en su hora final a las tentaciones de los demonios.

Ariès presenta un ejemplo de cómo la *mors* repentina de un personaje de la novela artúrica, no se considera honorable, a diferencia de las buenas y heroicas muertes del rey Ban o de Rolando, muertes anunciadas y conocidas de antemano por sus víctimas. Relata la muerte de Gaheris, envenenado por un fruto ofrecido por la reina, quien no sabía que era venenoso. Aunque se le entierra con todos los honores correspondientes a su estado social, como su muerte ha sido inesperada, absurda, fea y 'villana', no se honra su memoria y se evita hablar de lo ocurrido. *"En este mundo tan familiarizado con la muerte, la muerte súbita es la muerte fea y villana, daba miedo, parecía cosa extraña y monstruosa de la que no se osaba hablar."*[23]

Lo mismo ocurre con las muertes 'clandestinas', es decir aquellas que ocurren sin testigos, en circunstancias desconocidas, cuando se halla de improviso el cuerpo muerto de la persona y no se sabe qué ocurrió. Eso genera desconfianza. Porque se considera que una muerte así de terrible y repentina es producto de una maldición o un castigo por haber cometido acciones terribles. Ariès hace notar el contraste de esta situación con el mundo actual, en el que la muerte parece 'desterrada' de nuestras preocupaciones y nuestra vida cotidiana, estas muertes repentinas son las que más nos impactan.

[23] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 17

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

El autor afirma que este rechazo a la muerte súbita se remonta a la Antigüedad. Porque Virgilio ya escribía que quienes morían víctimas de falsas acusaciones debían ser castigados en los Infiernos. El cristianismo se opuso a esta idea, pero *"con reticencia y pusilanimidad"*[24], sin esforzarse por desmentirla. Así, en el siglo XII, un obispo dirá que este tipo de muerte inesperada, sin causa aparente, es un indicio de que es el juicio de Dios el que ha obrado.[25]

Esta actitud implacable aumenta cuando el difunto ha encontrado la muerte en su camino de regreso de alguna fechoría, como participar de un robo o cometer adulterio. Se consideraba que su muerte había sido indigna y aunque se le daba sepultura digna, muchas veces se suprimían los salmos o la familia debía pagar una especie de 'multa' a los sacerdotes encargados del sepelio. Distinto es el caso de los condenados, a quienes se procuraba una muerte vergonzosa, negándoles el derecho a la confesión. En el siglo XIV los franciscanos consiguieron cambiar esa situación.

Por lo tanto, las únicas muertes violentas que son consideradas dignas, son las del caballero y la del mártir. Morir en la guerra era morir como un héroe. Pero, en el siglo XIII esto comienza a cambiar. Porque en la liturgia se deja de equiparar la muerte del caballero a la del santo, y sólo conservarán esa dignidad, quienes mueren en guerras 'justas'.

Es también a mediados del siglo XIII cuando el dominico Vicente de Beauviais escribe el *Speculum maius*, cuya segunda parte es dedicada a la moral y recoge reflexiones acerca de cómo el cristiano debe prepararse para una muerte que muchas veces llega inesperadamente y que nunca sabemos cuándo llegará. Por eso, se enfatiza en la necesidad de prepararse. *"Ante la muerte hay que estar preparado también como el siervo que devuelve al Señor el peculio que le encomendó."*[26]

Sin duda, la muerte violenta más condenada es el suicidio. Ésta hacía a la persona indigna de ser enterrada en un lugar sagrado y recibir misas de funerales. Porque el cristianismo considera la vida como un regalo de Dios y sólo a Él corresponde dar la vida o quitarla. A diferencia de los romanos paganos, que lo consideraban una forma honorable de morir. Además, Judas, el traidor, se había suicidado y por eso, la representación iconográfica más difundida del suicidio es su imagen, colgado del árbol con el vientre abierto. Martínez Gil

[24] Ibídem, pág 18
[25] Durand de Meche, Guillem; *Rationale divinorum officiorum*; en Ariès Philipe, Op. Cit., pág. 18
[26] Mitre, Emilio; *La Muerte Vencida*, pág. 92

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

explica que la prohibición de dar santa sepultura a un suicida, ya se establecía en el Concilio de Braga, en el año 561:

> *"…que aquellos que se dan muerte violenta a sí mismos, sea con arma blanca, sea con veneno, sea precipitándose, sea ahorcándose o de cualquier otro modo, no se haga ninguna conmemoración en la ofrenda por ellos, ni sus cadáveres sean llorados al sepulcro con salmos, pues muchos lo han practicado así por ignorancia."*[27]

En cuanto a la idea del Juicio Final, momento de la muerte segunda según San Agustín, irá cobrando importancia a medida que se difunde la lectura del Apocalipsis, entre el año mil y el siglo XII, siendo el libro de la Biblia más comentado. Posteriormente, en los siglos XIII y XIV, se ve que esta importancia se mantiene, a juzgar por la cantidad de portadas góticas que se esculpen con representaciones del Juicio.

Según Emilio Mitre, hasta el siglo XIII había prevalecido una actitud ante la muerte similar a la de los estoicos, basada en el hecho de que *"la existencia en este mundo no es más que una propedéutica para el más allá."*[28] Se hacía especial énfasis en el hecho de que la muerte era un castigo por los pecados y en el Sacrificio Redentor de Cristo como el responsable de que el hombre pudiese alcanzar la salvación, siempre y cuando fuese merecedor de ella. La vida se concibe como un peregrinar que culmina con la muerte, que conduce a la vida verdadera y por eso, se fomenta una actitud tranquila, una muerte 'vencida' o 'domada'. Una actitud que Mitre sintetiza en la siguiente cita de Ramón Llull:

> *"Amado hijo mío, el hombre es instrumento compuesto de vida corporal y espiritual, las cuales causan la vida del hombre; y la muerte [es] lo contrario de la vida, pues el hombre muerre por haberse desordenado el instrumento y por separarse el alma del cuerpo, que es lo que es la vida."*[29]

Por lo tanto, a lo largo del siglo XIII y hasta principios del XIV, la Iglesia tenía unos criterios claros acerca de la muerte cristiana. Insistiendo en la 'muerte segunda', desdramatizando la 'muerte primera'. Emilio Mitre, al hablar de una 'muerte vencida', explica que aquello no significa que el hombre hasta el siglo XIII no le temía a la muerte, o fuese indiferente ante ella, por tratarse de un proceso 'natural' en la vida de los seres humanos. El hombre medieval sí le teme a la muerte, y le angustia el dejar su vida en la tierra, para llegar

[27] Canon XVI en Concilios Visigóticos, pág. 74; en Martínez Gil, Fernando; Op. Cit, pág. 44
[28] Mitre, Emilio; *La Muerte Vencida*. pág. 31
[29] Llull, Ramón; *Felix de las Maravillas*, pág. 765; en Mitre, Emilio; *La Muerte Vencida*, pág. 51

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

hacia algo desconocido. Pero, la actitud de la Iglesia ante este sentimiento fue clave, porque *"trató de vencer estos temores e incluso, de edificar una victoria sobre la muerte misma."*[30]

Para ello, la Iglesia contaba con una serie de 'herramientas', para fomentar la tranquilidad del moribundo, recordándole la esperanza en la Vida Eterna: como la extremaunción, cada vez más institucionalizada y muy difundida hacia 1300; el Jubileo del año 1300, en el que Bonifacio VIII "acordaba, así una indulgencia plenaria (*plenissima venia peccatorum*) que tenía el valor de una remisión de los pecados hasta entonces sólo otorgada con motivo de una cruzada."[31] Por otro lado, la idea cada vez más popularizada de la existencia de un Purgatorio, como una oportunidad de purgar los pecados después de la muerte, contribuía a esta actitud más tranquila ante la muerte, que la Iglesia fomentaba.

La autora de *Espacios de Vida y Muerte en la Edad Media*, identifica tres actitudes ante la muerte, propias de la época medieval: la primera es una actitud positiva, al asumir la muerte como la posibilidad de pasar a una Vida Mejor. Un concepto que María Luisa Bueno explica que se mantiene hasta el siglo XVI, porque autores como Erasmo defendían esta postura, argumentando que ya habían vivido lo suficiente. Por otro lado, también existía una actitud de trascendencia pura, que es la reflejada por Dante en su *Convivio*. Y por último, una tercera actitud es la manifestada por René de Anjou y San Bernardo, que ven a la muerte como una liberación de los sufrimientos terrenales.[32]

Sin embargo, a pesar de que tradicionalmente la historiografía nos ha presentado la Edad Media como una época profundamente religiosa, en contraste con el paganismo anterior y la 'secularización' progresiva que se inicia con el Renacimiento, algunos autores, como Julio Retamal[33] y María Rosa Lida de Malkiel creen que esta esquematización tan rígida de las mentalidades en los distintos períodos históricos, debe ser matizada. La autora se refiere a los ideales del heroísmo, tan arraigados en época de griegos y romanos y, a simple vista, dejados de lado durante la Edad Media, al estar influida por el cristianismo y su *Contemptus Mundi*, que le hace rechazar las glorias terrenales.

Este rechazo hacia la gloria terrenal se ha visto anteriormente, en todos aquellos autores, religiosos o profanos, que presentan la vida como un peregrinar, que exhortan a no temerle a la muerte física, sino a la condena eterna o muerte segunda. Sin embargo, Lida de Malkiel en su

[30] Mitre, Emilio; *La Muerte Vencida*, pág. 136
[31] Ibídem, pág. 93
[32] Bueno Domínguez, María Luisa; *Espacios de Vida y Muerte en la Edad Media*, págs. 435-436
[33] Retamal, Julio; *Y después de Occidente,¿qué?*

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

libro *La Idea de la Fama en la Edad Media Castellana*, hace ver cómo en otras obras literarias medievales, el ideal de fama permanece. Concretamente, en las novelas de caballería.

En su investigación, Lida de Malkiel hizo un exhaustivo análisis de diversas fuentes literarias, no sólo castellanas, concluyendo que el tan manoseado concepto del desprecio de la fama en la Edad Media está malentendido: *"contra la argumentación expresa de San Agustín y Santo Tomás, el letrado medieval acaba por admitir como fin valioso en sí el ser 'metido en escripto' esto es, pasar a reconocer el deseo de fama como móvil de la acción virtuosa, y la veneración judeocristiana al libro viene a sumarse, por diferentes vías, a la fama poética que, para el griego y el romano, aseguraba la inmortalidad."*[34]

Por lo tanto, ese afán de gloria y fama, tan propio de la Antigüedad Clásica y el Renacimiento, no se había perdido del todo en la Edad Media, a pesar de que las ideas de los Padres de la Iglesia , la Escolástica, y todos los esfuerzos de la Iglesia por restarle importancia a ese ideal, identificándole con el pecado de la vanagloria, reflejándose en la literatura desde el *Contemptus Mundi* hasta el *Ars Moriendi* (que presenta estas ansias de gloria como una de las tentaciones postreras); el deseo de fama póstuma nunca fue desterrado del todo de la mentalidad medieval. Esto se verá más que nada entre los laicos nobles, que pertenecen al estamento cuya misión social les hace merecedores de tal honor.

Al hablar de la idea de la muerte anterior a la Peste Negra, no basta con señalar que ésta, concordando con los principios de la fe católica, se presentaba como el fin de un peregrinar en este mundo lleno de cosas superficiales y vanas, que son perecederas, para dar paso a la vida eterna. Ésa es la actitud más fomentada. Pero, no es la única. Junto a ella, están los que creen que el éxito conseguido en la vida terrenal puede hacerles merecedor de una fama póstuma, que a pesar de no ser digna de compararse con la Vida Eterna, también es muy deseada. Por lo tanto, una muerte súbita o indigna del Estado al que se pertenece, o no ser honrado con los ritos fúnebres correspondientes, son temores asociados a la idea de la muerte. Morir sin haber alcanzado conseguir ninguna hazaña memorable, puede ser, para un noble caballero, una situación que le cause temor.

**La idea de la muerte en tiempos de la Peste Negra**

Será con la crisis del siglo XIV, época de gran mortandad, sobre todo por la Peste Negra, pero también por las hambrunas y las guerras, cuando su presencia se *"convierte en*

[34] Lida de Malkiel, María Rosa; *La Idea de la Fama en la Edad Media Castellana*, pág. 158

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*obsesiva en el arte, la literatura, los sermones y, en general, en todas las manifestaciones culturales posteriores a 1350"*[35] Es evidente que ante una epidemia que acaba con un tercio de la población europea, en medio de terribles dolores y una gran incertidumbre, debió existir un fuerte impacto, que llenó a los hombres de miedo e incertidumbre. En palabras de Julio Valdeón, al ser *"víctimas de un temible mal, cuyo origen desconocían y al que no podían detener en su mortífera expansión, los contemporáneos de la Peste Negra sintieron que el mundo se hundía."*[36]

Para comprender el impacto de la Peste y su influencia en la idea de la muerte, es muy importante el comprender el miedo e inseguridad que ocasionó esta pandemia entre la población europea. Jean Delumeau destaca la influencia del miedo en la mentalidad occidental, explicando cómo la Peste, con sus sucesivos brotes y la magnitud de su mortandad, contribuye a atemorizar a la población, creando un ambiente de gran inseguridad.

El hombre estaba consciente de su mortalidad y de lo inevitable de esta situación. Pero, con la peste, esta conciencia se convierte en una angustiosa realidad. Citando a Dubled, Delumeau afirma que *"funestamente arraigada, implacablemente recurrente la peste, debido a sus repetidas reapariciones, no podía dejar de crear en las poblaciones 'un estado de ansiedad y de miedo'."*[37] Delumeau destaca un fenómeno propio de las épocas de crisis: lo que él llama 'la disolución del hombre medio': ante una prueba tan dura como es la de una terrible pandemia que azota a toda la población, las actitudes moderadas son dejadas de lado, porque el hombre tiende a reaccionar de manera radical. *"No se podía ser más que un cobarde o un héroe, sin posibilidad de refugiarse en el punto medio de esos dos estados."*[38]

Por otro lado, María Luisa Bueno Domínguez en *Espacios de Vida y Muerte en la Edad Media*, destaca cómo en este temor ante la grave enfermedad a la que se están enfrentando, no sólo se produce al observar los horribles síntomas, de los que ya se ha hablado; es también la ignorancia, al desconocerse las causas y las posibles soluciones ante esta Peste, lo que hace al hombre temeroso e inseguro.[39]

[35] Rucquoi, Adeline; *De la Resignación al Miedo: La Muerte en Castilla en el siglo XV*; en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, pág. 51
[36] Valdeón, Julio; *El Impacto de la Peste*, en *La Peste Negra* (Dossier), **Historia 16**, Volumen 56, 1980, pág. 68
[37] Delumeau, Jean; *El Miedo en Occidente*, pág. 157. La obra de Dubled citada es *Conséquences économiques et solialites des mortalites du XIV siecle.*
[38] Ibídem, pág. 194
[39] Bueno Domínguez, María Luisa; *Espacios de Vida y Muerte en la Edad Media*, págs. 418-419

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Muchas son las reacciones ante la Peste: miedo, angustia, resignación, el aceptarla como un castigo divino, y ante éste, condenar la huida, propiciando el enfrentarse valientemente a ella, o intentar aplacar la cólera divina mediante penitencias u oraciones. Interesante es la postura musulmana, que, al defender la idea de un castigo divino, cree que éste al alcanzar a los infieles, les castiga por su impiedad, y al atacar a los fieles, éstos deben ser considerados mártires, y nadie debe huir, ya que es la voluntad de Alá la que decide quién enferma y quien no.[40]

Es inevitable pensar en una muerte más presente que nunca. Entonces, la actitud ante ella se hace más obsesiva y en los siglos posteriores se adueña del arte, la literatura y se hacen tratados para procurar el morir bien, es decir tranquilamente y con el alma purificada de sus faltas. Por eso, Delumeau subraya la 'intensificación de la angustia escatológica'[41], relacionándola también con el acentuado milenarismo que se vive entre el 1300 y el 1400.

Sin embargo, paralelamente a esta imagen de un Dios castigador y 'vengador', que envía la Peste, la Guerra, el Hambre y la Muerte, para castigar al hombre por sus pecados, y exhortarle a enmendar su conducta; se mantiene la idea de un Dios justo y misericordioso, paciente y providencial. Pero, la sensación de crisis generalizada hace creer en un fin de mundo inminente. Delumeau cita a Deschamps y su actitud pesimista, muy influida por el *De Contemptus Mundi* :*"Y en semejante estado de cosas, no tengo yo más tranquilidad ni más esperanza, salvo que es inminente el último día. Porque las cosas han llegado a tal extremo que Dios no podrá soportarlo más."*[42]Gerson tiene ideas similares, al presentar el mundo como *"un viejo delirante, presa de toda clase de fantasías, de sueños y de ilusiones y la juzga cercana a su fin. Además, sale disminuido físicamente de la prueba de los siglos."*[43]

Así, se da un ambiente de angustia existencial. Un ejemplo de ello es el surgimiento de grupos radicales como los flagelantes. Pero, en contraste a esas manifestaciones, ortodoxas o no, de mayor pietismo, también surge un vitalismo explosivo, caracterizado por un gran desenfreno y por la pasión hacia los bienes terrenales. De hecho, diversos autores coinciden en describir un ambiente de mayor vicio, lujuria, crimen y ostentación después de la Peste.[44] Según Julio Valdeón, son dos formas de enfrentar la angustia ante una existencia precaria, porque, *"¿qué actitud podían adoptar los supervivientes de tan dura prueba?, ¿apurar al máximo esta vida*

[40] Delumeau, Jean; *El Miedo en Occidente*, pág. 214. Idea presente tambien en Amasuno Sárraga.
[41] Ibídem, pág. 329
[42] Deschamps, *Ouvres Completes*, VII, balada MCCXL; en Delumeau, Jean; *El Miedo en Occidente*, pág. 344
[43] Delumeau, Jean; *El Miedo en Occidente*, pág. 348
[44] Ziegler, Villani, Valdeón

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

*pasajera, aferrándose a los placeres mundanos, o, por el contrario, retirarse del mundo, preparándose a bien morir y a ganar la vida eterna?"*[45]

Antes de 1350, las circunstancias que podían anticipar la muerte eran más o menos predecibles y específicas: guerra, partos, hambre, accidentes y enfermedades. Pero, con la Peste se hace notar la amenaza de las plagas, con una magnitud nunca antes vista. Para algunos autores, la Peste marcará un antes y un después en la mentalidad acerca de la idea de la muerte. Otros, le restarán importancia, y dirán que su impacto sólo contribuyó a exacerbar una actitud que venía gestándose desde antes. Sin embargo, todos concuerdan con que la gran mortandad producida por la Peste Negra, dejó una huella muy profunda en la mentalidad del hombre bajomedieval. La muerte se volverá, más que nunca, parte de la vida cotidiana. Se vuelve obsesiva, enfatizando su rechazo del mundo y a nivel devocional, aumentan las prácticas para procurar la salvación.

Un segundo estudio de Delumeau fue acerca de la culpa, subrayando el excesivo pesimismo que se vive ante la vida, al estar limitada por la muerte. Ésta se considera, según la tradición evangélica, un castigo por los pecados del mundo. En este contexto y después de comprender el impacto producido por la gran mortandad de la Peste negra, ese sentimiento de culpa aumenta y por eso, el pesimismo está tan presente en la Europa bajomedieval y renacentista, subrayando la atención por lo macabro, el sentimiento de que el mundo es anciano y va empeorando hasta su inevitable final.

Defiende la idea de que en la mentalidad occidental presente entre los siglos XIII y XVIII, además del miedo ante todas las amenazas que se ciernen sobre Europa, como las crisis religiosas, las pestes, las guerras y las invasiones, el hombre tiene un profundo sentimiento de culpa, además del miedo.[46] Una actitud muy influida por el *De Contemptus mundi*, con su menosprecio del mundo y del hombre, que se inscribe dentro de una tradición muy antigua, con raíces bíblicas y presente en los padres de la Iglesia, como Boecio y San Agustín.[47]

Delumeau da a entender que la inquietud por el pecado cobra gran importancia en la mentalidad pleno y bajomedieval, debido al trato que comienza a dársele a través del sacramento de la confesión, la obligación de confesarse, los tratados acerca de los tipos de pecado y los manuales para los confesores. Incluso, los laicos se inscribirían dentro de este esfuerzo y esa sería la razón por la cual Dante hace su *Divina Comedia*, resaltando los premios o

[45] Valdeón, Julio; *El Impacto de la Peste*, pág. 69
[46] Delumeau, Jean; *Le Péché et la peur. La culpabilisation en Occident*, Fayard, 1983, pág. 7
[47] Delumeau, Jean; *Le Péché et la peur*, págs. 15-17

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

castigos recibidos después de la muerte.[48] Sin embargo, yo discrepo con esta teoría, ya que concibo estos esfuerzos como un reflejo de la inquietud que va gestándose a partir de dos procesos paralelos: el aumento de la devoción, de la mano de las reformas de la Iglesia y el esfuerzo de los predicadores mendicantes, y la presencia cada vez más acentuada de la Muerte en tiempo de crisis.

Por otro lado, en este ambiente de culpa y miedo que caracteriza, según Delumeau, a la época posterior a la Peste, es muy influyente la actitud de los predicadores, quienes, exhortando a sus fieles a llevar una buena conducta, siendo buenos cristianos, recordando el ejemplo Redentor de Jesús: "el clérigo Olivier Maillard afirmó en un sermón que Cristo había recibido en la flagelación ¡5.475 latigazos!"[49] También insisten constantemente en la naturaleza pecadora del hombre: "*Our entire life is a spider´s web of sins spun by the devil"*[50]dirá San Bernardino de Siena.

Un ambiente de gran tensión es el que viven las ciudades y villas europeas, con gran cantidad de enfermos, moribundos y cadáveres, que muchas veces no son atendidos por quienes habitualmente se encargan de ellos, por temor al contagio. Algunos, conscientes de que la Peste puede sorprenderlos en cualquier momento, arrebatándoles la vida de un golpe, abandonan sus responsabilidades: descuidan sus cultivos, abandonan sus riquezas y propiedades, o huyen hacia otros lugares. Por otro lado, ante la ignorancia y el deseo por hallar explicaciones y soluciones, aumentan las sospechas, la intolerancia y se le atribuyen las culpas a grupos marginados o minoritarios, como leprosos y judíos, con las correspondientes persecuciones y malos tratos.

Además, muchas ciudades, al estar infectadas, optan por establecer cuarentenas, aislándose del mundo, lo que contribuye a crear un ambiente de mayor desesperación, ante la sensación de encierro y la situación de desabastecimiento provocadas por esta medida. Es natural que, al vivirse una situación difícil, con el peligro de una muerte inminente, aumenten ideas acerca de la vida y la muerte, que ya estaban en el pensamiento medieval: *"Se tenía la sensación de una vida efímera que podía acabarse en cualquier momento."*[51]

La Peste está presente en representaciones artísticas, poemas y crónicas, que subrayan su ataque inminente, la muerte súbita e inevitable, el miedo y la desesperación de sus

[48] Worcester, Thomas; *In the Fac. of Death: Jean Delumeau on Late-Medieval fears and hopes*; en *Death and Dying in the Middle Ages*, pág. 159-160
[49] Valdeón, Julio; *El Impacto de la Peste*, pág. 70
[50] Mormando, Franco; *What happens when we die? Bernardino of Siena on 'the tour last things';* en *Death and Dying in Middle Ages*, pág. 114
[51] Bueno Domínguez, María Luisa; *Espacios de Vida y Muerte en la Edad Media*, pág. 423

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

contemporáneos, cómo parece ensañarse con los más débiles (embarazadas, pobres y niños). Para Delumeau, estos testimonios que reflejan sufrimientos individuales y manifestaciones de angustia colectiva, constituyen un verdadero 'museo de horrores'[52]. Un ejemplo de ello es la crónica de un religioso en Milán, Fra Benedetto Ciquanta, que describe un brote de peste posterior a nuestra época, de 1630:

> *"confusión de los muertos, de los moribundos, del mal y de los gritos, los aullidos, o el espanto, el dolor, las angustias, los miedos, la crueldad, los robos, los gestos de desesperación, las lágrimas, las llamadas, la pobreza, la miseria, el hambre, la sed, la soledad, las cárceles, las amenazas, los castigos, los lanzaretos, los ungüentos, las operaciones, los bubones, los carbuncos, las sospechas, los desmayos."*[53]

En un ambiente de tanta intensidad no es extraño que el ser humano caiga en los extremos. En el plano religioso, muchos caerán en un excesivo pietismo o, por el contrario, en prácticas supersticiosas o heterodoxas. Y en cuanto a la actitud ante la vida y la muerte, aumentará el temor hacia ésta última, lo que lleva a acentuar dos actitudes aparentemente contradictorias: el amor desenfrenado hacia la vida, procurando gozar de sus placeres al máximo; o el rotundo desprecio hacia todo aquello que es perecedero, considerándolo superfluo. Una actitud que Julio Valdeón explica que no sólo es provocada por la Peste, sino que se inscribe dentro de un proceso anterior, que la gran epidemia vino a acentuar.[54]

A pesar de las representaciones de la Buena Muerte, la idea de la muerte más terrorífica, extendida en los siglos XIV y XV, ya existía. No todos llegaban a su muerte con la tranquilidad e ilusión que muestran las obras de Alfonso X o Gonzalo de Berceo. Lo que nos parecerá bastante lógico; ¿cuántas personas conocemos que no le teman a la muerte? Está claro que la Buena Muerte es un modelo muy difundido en los siglos XII y XIII, pero no representa el sentir de la inmensa mayoría. Es en el siglo XIV, tiempo de crisis, el momento en que saldrá a la luz la idea de una muerte más macabra, exponiendo los miedos de la sociedad en la Baja Edad Media. *"La muerte es el mal, el enemigo que siega implacablemente una vida a la que el hombre se siente cada vez más apegado."*[55]

A pesar de que la religiosidad no se deja de lado y todavía la gente procura una buena muerte, haciendo buenas obras, recibiendo los sacramentos y confesándose, la muerte tiene esa connotación negativa, que arrebata todo lo que hemos logrado en esta vida. Nadie está libre de

[52] Delumeau, Jean; *El Miedo en Occidente*, pág. 171
[53] Duazza, R., *La preponderanza spagnola*; en Delumeau, Jean; *El Miedo en Occidente*, págs. 171-172.
[54] Valdeón, Julio; *El Impacto de la Peste*, pág. 70
[55] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 59

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

ella, ni el mismo Cristo. Éste es el sentir expresado por el Arcipreste en su planto. Porque la muerte se le presenta como una limitante, que llega de forma inesperada y sin dar explicaciones. Ante esto, *"sólo le cabe acudir a Dios, mas no con la serenidad del que cree ciegamente, sino con la desesperación del que duda y se aferra a un sentido que no encanta, pero en cuya existencia necesita confiar…"*[56]

Los estudiosos generalmente atribuyen al impacto que trajo la Peste Negra este cambio de mentalidad con respecto a la muerte. Una peste que costó la vida a un tercio de la población europea, la que no estaba preparada para enfrentarla. Sin embargo, Emilio Mitre no la considera la causa de este cambio, sino sólo como una parte del proceso que condujo a él. En este ambiente más pesimista y de profunda devoción religiosa, son muchos factores anteriores a la peste los que ejercieron de 'caldo de cultivo' para gestar este ambiente, en el que la peste sólo contribuye a una mayor intensidad. [57] En este 'caldo de cultivo' para esta presencia tan fuerte que tendrá la muerte en la conciencia del hombre bajomedieval, no sólo están las crisis del siglo XIV, con sus pestes, su hambruna, sus crisis políticas y religiosas. También será influyente el nuevo espíritu de religiosidad iniciado en el siglo XIII, con los místicos y las órdenes mendicantes.

Por lo tanto, el cambio de mentalidad se produjo antes. Porque la crisis económico-social es anterior. Siguiendo esta postura, Martínez Gil cita a Alberto Tenenti, que habla del proceso de secularización que ponía en peligro la visión de una muerte cristiana. Y a Philipe Ariès, quien niega que lo macabro sea producto de una experiencia traumática como la peste. Aunque no está de acuerdo con la idea de Tenenti de un cristianismo medieval apegado a lo religioso en contraste con un Renacimiento apegado a lo terrenal, algo de esa teoría está presente en la siguiente afirmación que Martínez Gil ha tomado de Ariès: *"Las imágenes de la muerte y de la descomposición no significan ni el miedo a la muerte ni al más allá. Son el signo de un amor apasionado por el mundo terrestre, y de una conciencia dolorosa del fracaso al que está condenada cada vida de hombre."*[58]

Más allá de las teorías, el cambio de mentalidad se refleja en la literatura castellana. Por ejemplo, Gonzalo de Berceo nos presenta una muerte que no es dramática, una buena muerte, un paso a la otra vida y una espera al Juicio Final. Para Philipe Ariès, una 'muerte domada', o 'la muerte vencida' para Emilio Mitre, porque la gente la tiene absolutamente asumida y se prepara para ella. Una idea presente sobre todo entre los eclesiásticos y religiosos.

[56] Ibídem, pág. 63
[57] E. Mitre, *La Muerte Vencida. Imágenes e historia en el occidente medieval(1200-1348)*, páginas 90-91
[58] Phillipe Ariès; *El hombre ante la muerte*, Madrid 1983, pág. 115, en Martínez Gil, Fernando;Op. Cit., pág. 22

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Todo cambia en el siglo XIV. Por ejemplo, en *El Libro de Buen Amor*, a pesar de que es evidentemente religioso, ya hay una incipiente secularización, reflejada en el amor por la vida terrenal. Aunque la Iglesia sigue influyendo en la mentalidad de las personas, su discurso ya no es tan tranquilizador, explotando lo macabro para apuntalar el orden social y mantener la inamovilidad estamental. Y las danzas de la muerte serán, en este contexto, uno de los recursos utilizados. Una especie de consuelo para los estamentos más desfavorecidos, al proclamar la igualdad de todos ante la muerte. Donde todos tienen las mismas posibilidades de salvarse, si es que viven de acuerdo a su condición de noble, eclesiástico o campesino. Una idea que Don Juan Manuel defiende en sus escritos. Es entonces cuando aparecen los temas macabros, las danzas de la muerte y el *Ars moriendi*.[59]

María Morrás Ruiz-Falcó en su artículo *Las elites ante la muerte en la poesía cortesana del Cuatrocientos Castellano*, publicada en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, subraya la importancia de la literatura para conocer la actitud ante la muerte de las elites del siglo XV en Castilla. Un gran ejemplo es el *Rimado de Palacio*, de Pedro López de Ayala. María Morrás basa su estudio en los cancioneros y destaca lo aparentemente contradictorio que es la irrupción casi simultánea de los *Ars moriendi*, que fomentan la preparación para una Buena Muerte y por otro, de las Danzas Macabras, que presentan una visión más terrorífica. Para la autora, estas dos expresiones son dos matices extremos de un mismo sentimiento, de una *"preparación de la vida terrenal que tiene su origen en el ascetismo cristiano que tiene su máxima expresión en el Contemptus mundi."*[60] Es en este contexto, donde el temor por la descomposición física, ilustrado por los temas macabros, ejerce una función pedagógica, recordándole al hombre lo inevitable que es la muerte, exhortándole a prepararse adecuadamente para ella, para lo cual contará con manuales que le enseñen: los *Ars Moriendi*.

Una actitud que la autora denomina una representación 'bifronte' de la muerte, porque en los plantos, cancioneros y coplas a la muerte de determinados personajes, coexisten el miedo a la muerte, con la esperanza de que con ella se inicie una vida mejor. Una idea muy influida por los clásicos, como Platón con su *Fedón*, Séneca y Cicerón. Pero también por pensadores cristianos, que aportan la creencia en la misericordia divina, como Santo Tomás de Aquino, Petrarca y Boecio. El resultado de ello es que en los cancioneros *"coexisten el miedo a la muerte y la esperanza de vencerla, la fe en la salvación y la incertidumbre de alcanzarla, la*

[59] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 22
[60] Morrás Ruiz-Falcó, María; *Mors bifrons: Las elites ante la muerte en la poesía cortesana del Cuatrocientos castellano*, en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España Medieval;* pág. 162

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

*postura ascética que renuncia a este mundo para conseguir el otro y la perspectiva que ve en los actos terrenales la posibilidad de lograr simultáneamente salvación y fama."*[61]

Interesante resulta la idea expuesta por la autora, que atribuye a las lecturas de los estoicos Cicerón y Séneca una gran influencia en la actitud ante la muerte que caracterizará a los nobles castellanos bajomedievales. Según la autora, Séneca les enseña que la muerte no es una amenaza, cuando la vida ha sido vivida plenamente, y Cicerón presenta las glorias terrenales, propias de los gobernantes, estamento al que pertenecen los nobles, un signo de dicha plenitud. [62]

Martínez Gil comparte esta idea, explicando que con ella los nobles, en su calidad de laicos, ya no vivirán avergonzados, sintiéndose pecadores. El noble puede vivir virtuosamente y tener una buena muerte. *"Bastaba actuar de acuerdo con lo que exigía su estado. Así lo defendía explícitamente el infante don Juan Manuel y ni siquiera las supuestamente igualatorias danzas macabras decían nada en contrario."*[63]

En esta actitud ante la muerte también influyen los cambios escatológicos ocurridos durante la Alta y Baja Edad Media, concretamente, el triunfo de la idea del Purgatorio; unido al inicio de un cambio de mentalidad, desde un corporativismo a un mayor individualismo, el que siempre se destaca como un aporte de los dos últimos siglos de la Edad Media. Martínez Gil dirá que *"los tiempos escatológicos son relegados a un segundo término por la importancia que se concede al momento de la muerte terrenal."*[64] La preocupación del hombre ya no está tan centrada en la 'muerte segunda' o en el Juicio Final, sino que en el momento mismo de la muerte, en la agonía, en el juicio particular e incluso, en la descomposición física.

Es en este momento cuando cobra gran importancia el papel de la Iglesia; ya no sólo celebrando entierros y funerales, también presentes durante la agonía de las personas. Martínez Gil llama a este fenómeno la 'clericalización de la muerte', porque según él, serán los miembros del clero quienes *"controlan las ceremonias que necesariamente han de preceder a la buena muerte y, en consecuencia, poseen la llave de la salvación."*[65]Además, recuerda cómo la práctica de enterrarse dentro o junto a los templos va en aumento, al igual que el uso de hábitos religiosos como mortajas y la importancia que se dará a las misas como sufragios para aliviar las penas de las ánimas del Purgatorio.

[61] Ibídem, pág. 183
[62] Ibídem, pág. 185
[63] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 130
[64] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 26
[65] Ibídem, pág. 26

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Una interpretación que puede conducir a errores, ya que algunos verán en esto un medio de concientización de masas por parte de la Iglesia, usando la muerte como un medio para convencer a los laicos de ser buenos cristianos, por medio del miedo. Otros pueden ver en este fenómeno un modo de financiarse económicamente, ya que los sufragios, eran llevados a cabo gracias a las donaciones que los laicos entregaban en vida o en sus testamentos. Por eso, algunos hablan de una 'economía de salvación'.

Un ejemplo del cambio de actitud frente a la muerte producido por las crisis del siglo XIV lo encontramos en la obra del Arcipreste de Hita. En palabras de Víctor Infantes, citando a R. Lapesa, a pesar de que en *El Libro del Buen Amor*, Juan Ruiz intenta a veces reflejar un sistema de valores tradicional, *"el sistema de valores que realmente actúa en su poema es muy otro: en él los términos que corresponden a 'bien' y 'mal' no son 'espíritu' y 'carne', sino 'vida' y 'muerte'."*[66] Además, el Arcipreste presenta una actitud ante la muerte más rebelde y crítica, ya que deja de lado la noción de muerte justa e igualadora. Porque considera que la Muerte, al llevarse a justos y pecadores por igual, es injusta. La literatura como un reflejo de la mentalidad acerca de la muerte en el siglo XV, es un tema que se tratará más adelante, en el capítulo dedicado a la actitud ante la Muerte en la Baja Edad Media.

Una actitud que Infantes sintetiza con las palabras de A. Castro en *España en su historia*, explicando cómo los tiempos han cambiado y la Muerte se está convirtiendo en 'la gran inspiradora'. Así, explica que en la literatura medieval española, si bien siempre se mencionó el tema, será desde la obra del Arcipreste cuando la muerte comienza a cobrar protagonismo, recogiendo la tradición anterior, pero dándole un tratamiento diferente, con una actitud más irónica.[67]

Martínez Gil explica cómo en Castilla se abandona la visión tradicional de la muerte como algo natural, transformándola en algo temible. Surgen las danzas macabras y otras expresiones artísticas que personifican a la muerte, basándose en su aspecto terrenal más temido: la descomposición física. Y los *Ars moriendi*, para ayudar a las personas a tener una Buena Muerte. Y en todo este proceso, el autor subraya la importancia de la fe. *"La muerte es una experiencia personal, a la que hay que prepararse durante toda la vida, que inspira temor y espanto y ante la que la religión se presenta como única vía de salvación."*[68]

[66] Infantes, Víctor; *Las Danzas de la Muerte. Génesis y desarrollo de un género medieval (siglos XIII-XVII)*, pág. 199
[67] Ibídem, pág. 199-200
[68] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 131

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

A pesar de que esta actitud más temerosa y obsesiva ante la muerte puede tener su gestación en un proceso más largo, iniciado en los siglos anteriores, a mi juicio está claro que el impacto de la Peste contribuyó a una acentuación de este sentimiento que no se habría producido de no ser por esta gran mortandad. Siguiendo la postura de Delumeau, creo que la peste produjo un gran miedo en Occidente, que influyó en una actitud más angustiosa ante la vida, acentuando las ideas difundidas por el *Vado mori* y el *Contemptus mundi*, que ya estaban presentes en la mentalidad medieval.

Un miedo originado por esta muerte, más presente que nunca: ven cómo mueren sus vecinos, sus seres queridos, sus enemigos. *"Sufriendo unos la enfermedad, otros el miedo, se ven enfrentados, a cada paso, bien a la muerte, bien al peligro. Los que ayer enterraban hoy son enterrados, y a veces encima de los muertos que ellos había sepultado la víspera."*[69] Ante esa situación, nadie puede permanecer indiferente. La incertidumbre, lo inútil que parecen todas las precauciones tomadas y el sentimiento de que Dios ha enviado este implacable castigo ante la actitud pecadora de la gente, son sentimientos que abundan en la mentalidad de la época.

El miedo provoca una actitud ante la vida angustiosa y acelerada. Ante el peligro de un contagio inevitable, que trae la muerte súbita, en medio de unos terribles sufrimientos, muchos evitan hacer grandes planes a futuro o emprender grandes proyectos. Otros, por el contrario, optarán por acelerar los procesos y cumplir sus propósitos lo más pronto posible. Ahora el futuro es incierto, por eso se enfatiza en el presente, aprovechándolo al máximo o despreciándolo, conscientes de lo fugaz y perecedero que puede ser:

> *"Detención de las actividades familiares, silencio de la ciudad, soledad en la enfermedad, anonimato en la muerte, abolición de los ritos colectivos de alegría y tristeza: todas estas rupturas brutales con las costumbres cotidianas iban acompañadas de una imposibilidad radical para concebir proyectos de futuro, ya que a partir de entonces la 'iniciativa' pertenecía completamente a la peste."*[70]

Otra consecuencia es el recelo y la desconfianza hacia el prójimo: cualquiera puede contagiarlos y ya no se es tan atento con los enfermos, sino que muchos son dejados a su suerte, o marginados fuera de las murallas de la ciudad. Ya se vio, en el capítulo dedicado a la Peste, el recelo de los sanos ante los enfermos, descuidándoles por temor a ser contagiados. *"¡Qué*

[69] Delumeau, Jean; *El Miedo en Occidente*, pág. 178
[70] Ibídem, pág. 183

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*diferencia con el trato reservado a tiempos normales a los enfermos, a quienes padres, médicos y curas rodean con sus diligentes cuidados!"*[71]

Julio Retamal en *Después de Occidente ¿Qué?*, describe el impacto que trajo la Peste para la población europea. No sólo significará un gran impacto demográfico, por la disminución drástica de población. El autor explica que antes, la muerte era concebida con serenidad, recordando que es Dios quien da y quita la vida, y que con ella se abrían las puertas de la Vida Eterna y el encuentro con Dios, y si se era pecador, quedaba confiar en la misericordia divina y en el poder de la oración de los vivos ante los intercesores.

Sin embargo, el impacto de la Peste fue tan grande, con su gran cantidad de víctimas, que quienes sobrevivían debían hacerse cargo de los moribundos y enfermos, descuidando el resto de sus actividades normales. Julio Retamal piensa que ello provocó que el clero descuidara sus obligaciones, corrompiéndose muchas veces y con ello fomentando su desprestigio y los cuestionamientos acerca de su autoridad y la fe. *"Se dudó del poder sacerdotal, se atribuyó a la corrupción del clero muchos de los males que se abatían sobre la Cristiandad. Los sobrevivientes, para tratar de conjurar el mal, se abandonaron a prácticas cada vez más sospechosas."*[72] El autor menciona prácticas como la nigromancia, la hechicería y el satanismo.

Según Julio Retamal, esta actitud de terror y desconcierto ante la pandemia, está muy relacionada con lo que él llama la "crisis de la Unidad de la Verdad", fenómeno propio del siglo XIV, cuando la tradicional unión entre lo sobrenatural y lo natural, entre fe y razón, característica de la Edad Media, se había roto. *"Los siglos XIV, XV y XVI son siglos pletóricos de Fe, pero ya no de la Fe tranquila, serena, segura de sí misma de la época de la Unidad, sino de una Fe alborotada, inquieta, angustiada incluso, que se interrogaba y se buscaba sin lograr encontrarse plenamente al estar cortada de la Razón."*[73]

Este autor, un detractor de la periodificación tradicional de la historia, discutiendo la validez de términos como 'Renacimiento' y 'Edad Media', considera que el verdadero milenarismo y los temores apocalípticos se inician con la crisis del siglo XIV y no en torno al año mil. *"Por primera vez en Occidente se produjeron fenómenos insólitos y aterradores, que parecían preludiar catástrofes y castigos que, a su vez, eran agoreros del Fin del Mundo."*[74] Estos 'fenómenos', además de cambios climáticos, eclipses, cometas o seísmos, fueron

[71] Ibídem, pág. 180
[72] Retamal Favereau, Julio; *Y después de Occidente ¿Qué?*,pág. 99
[73] Ibídem, pág. 96
[74] Ibídem, pág. 96-97

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

acompañados de todos los síntomas de la crisis bajomedieval: guerras, crisis económica, hambrunas y la peste.

Otros autores, como Luis Suárez concuerdan con esta idea de una ruptura en las mentalidades y en la religiosidad del siglo XIV. Ambos concuerdan en que en este fenómeno contribuyen varios factores, como la nueva espiritualidad de las órdenes mendicantes, especialmente la franciscana y la crisis que vivía la Iglesia, desde el 'cautiverio de Babilonia' que sufrió el Papado en Avignon, hasta el Cisma que desembocó en el conciliarismo. Sin embargo, la ruptura definitiva en el plano filosófico se produciría a partir de las ideas de Duns Scoto, que a fines del siglo XIII afirmaba que para conocer a Dios bastaba con la fe, ya que la razón era incapaz de comprender la existencia de Dios o la inmortalidad del alma. Las ideas de este maestro franciscano de Oxford, París y Colonia, fueron continuadas por Guillermo de Ockam y su "nominalismo", oponiéndose a la Escolástica Tomista.

Ockam abandona los principios filosóficos y *"entrará en una explicación mística, no esencialmente escatológica, en donde la unión con el Creador se dilata al futuro ultraterreno, sino a un aquí y ahora, que le llevó a la acusación de panteísmo."*[75] Consecuencia de ello será el cambio en la percepción de la muerte, que ya no será un paso a una mejor vida. Comienza entonces, una visión más pesimista ante la muerte, como una limitante a nuestros proyectos terrenales.

Como ejemplo de esta nueva actitud, Julio Retamal menciona la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, de principios del siglo XV. "*En cuanto uno se adentra en la lectura de este ensayo sobre conducta y moral, se da cuenta del profundo desapego del autor por el conocimiento de la doctrina y el énfasis que pone en la imitación del simple comportamiento de Cristo. En los primeros capítulos asevera claramente que de nada sirve conocer las definiciones de los teólogos, si no se practican las virtudes.*"[76] Para él, esta actitud tiene que ver con un cambio de religiosidad ocurrido durante el siglo XIV y en el que el misticismo de la *Devotio Moderna* se distanció mucho del anterior.

Es en este contexto que dicho autor considera el impacto negativo que trae la Peste en la idea de la muerte. No es el flagelo en sí mismo el responsable de estas manifestaciones más terroríficas de la muerte que encontraremos en el siglo XV, junto a los tratados de *Ars Morendi* y las continuas advertencias de *Memento Mori*. Es esta pandemia, surgida en un momento de

[75] Infantes, Víctor; *Las Danzas de la Muerte. Génesis y desarrollo de un género medieval (siglos XIII-XVII)*, pág. 51
[76] Retamal Favereau, Julio; *Y después de Occidente ¿Qué?*, pág. 97

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

crisis política y económica, unida con un cambio de mentalidad, la que producirá estas manifestaciones. Eso le lleva a afirmar que *"si el flagelo de la Peste Negra se hubiese producido en el siglo anterior, la armonía de Razón y Fe reinante entonces hubiera podido detener en buena medida los desbordamientos y desmanes de la población enloquecida de miedo."*[77]

Por su parte, Michel Vovelle subraya la crisis del siglo XIV como la causante de grandes rupturas en las mentalidades y en las formas de vida medievales. Por lo tanto, la Peste, junto a las otras manifestaciones de la crisis, no sólo habrían modificado las actitudes ante la muerte, sino que habrían producido una transformación mucho más generalizada y profunda: *"Más que la Peste Negra en la decadencia de la Edad Media, es la crisis de la sociedad feudal o de la caballería lo que determina la inestabilidad general de la que el auge macabro es sólo una de sus expresiones."*[78]

Georges Duby también subraya el terror a la muerte que surge a partir del siglo XIV, en contraste con la actitud más resignada que existía anteriormente. Si bien no menciona directamente a la Peste como la causa de esta transformación, habla de la influencia de la crisis global que se vivió en ese momento:

> *"El miedo vuelve al galope en el siglo XIV. La muerte es de nuevo trágica, un abismo negro y abierto. ¿Por qué? Eso atañe a las circunstancias. Ha tenido fin el progreso de todas las cosas que empujaban hacia adelante las conquistas campesinas. Europa se halla enfrentada con la recesión, el subempleo, la guerra y la peste."*[79]

Philipe Ariès piensa que la evocación de los horrores de la descomposición en el arte macabro y la literatura del siglo XV, con su hincapié en la corrupción y la descomposición de los cuerpos, fue un medio que usaron los mendicantes para conmover y convertir a la población urbana. Sin embargo, el autor reconoce que para que aquello tuviese éxito, debía existir una disposición de la gente para dejarse conmover. Cree que hoy en día, si se intentara algo así, el tema habría sido rechazado por repugnante. Lo mismo piensa que habría ocurrido si este esfuerzo se hubiese hecho antes del siglo XIV o después del XVI, porque *"habrían sido recibidas con la indiferencia de gentes demasiado familiarizadas con las imágenes de la muerte para conmoverse por ellas."*[80]

---

[77] Ibídem, pág. 99
[78] Vovelle, Michel; *Ideologías y Mentalidades*, pág. 118
[79] Duby, Georges; *Europa en la Edad Media*, pág. 166
[80] Ariès Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 111

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Ariès señala que resulta tentador relacionar la iconografía macabra con las mortandades y la crisis demográfica de los siglos XIV y XV, producto de las hambrunas y, sobre todo, de la Peste. *"Los Triunfos de la Muerte de Pisa y de Lorenzetti son contemporáneos de las grandes pestes de mediados del siglo. El esqueleto de Asís podría ser anterior. Sin embargo, no siempre aparece bajo la forma realista del cadáver o de la descripción de la muerte la perturbación provocada por el choque de la epidemia."*[81]

Por lo tanto, Ariès no se convence de la relación entre la crisis del siglo XIV, con su gran mortandad, y la obsesión por la muerte que se produjo en la mentalidad del hombre bajomedieval. Además, hace ver que muchos historiadores han puesto en duda la magnitud de la crisis y con ello, el impacto que ésta habría producido. Cree que los cambios en la idea de la muerte no los produjeron la crisis o las epidemias, sino que corresponden a un largo proceso en la forma en que el hombre se enfrenta a la muerte y la representa en el arte.

Prueba de ello es la descripción que hace del cambio en las costumbres funerarias que se da en los siglos XII y XIII. Explica cómo el hombre, de no tener problemas en ver el rostro del difunto al que se está velando, comienza a sentir miedo por verle y se le tapa el rostro. Esto a Ariès le hace pensar en que el arte macabro no busca tomar conciencia de la muerte, representando un realismo excesivo, como se ha dicho, porque cuando tiene la posibilidad de ver realmente el cuerpo muerto, lo evita.

> *"Antes, el muerto era expuesto y transportado desde su cama a su sepultura con el rostro descubierto. Luego, el rostro se tapa, salvo en las regiones mediterráneas y no volverá a ser nunca expuesto, incluso aunque su espectáculo pudiera despertar las emociones que precisamente el arte macabro quería suscitar. Así, pues a partir del siglo XIII tenemos, y sin que haya arrepentimiento, incluso en la época macabra, retroceso ante la vista del cadáver."*[82]

Por otro lado, Ariès hace notar que el arte macabro y los *Ars Moriendi* jamás presentan al agonizante vivo y desfigurado por el dolor, la angustia o el miedo, ni tampoco al cadáver intacto al que se vela y da sepultura. Según el autor, se representa lo que no se ve, por estar sepultado bajo tierra, *"el trabajo oculto de la descomposición, no resultado de una obsesión sino producto de una imaginación."*[83]

[81] Ibídem
[82] Ibídem, pág. 113
[83] Ariès Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 114

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Basándose en Tenenti, Ariès afirma que el sentimiento obsesivo por la muerte que va gestándose en la Baja Edad Media producirá dos actitudes aparentemente contradictorias, sobre las que se hablará en el capítulo siguiente: una actitud ascética, cuyo mejor exponente son predicadores como San Vicente Ferrer, quienes en su discurso enfatizan la corruptibilidad de los cuerpos; por otro lado, el incipiente humanismo cristiano, pero en vías de una secularización, con hombres como Petrarca, que enfrentan el dolor, apoyándose en su amor a la vida y al valor de ésta. [84]

Por su parte, Jacques Chiffolau, un autor muy influyente entre los historiadores de la mentalidad acerca de la muerte, también afirma que no puede considerarse a la Peste Negra como la única responsable del cambio de mentalidad y de la obsesión que se produce en torno a la muerte y la inquietud por el Más Allá.[85] Concuerdan con él Philipe Ariès, Martínez Gil y Emilio Mitre.

Sin embargo, un hecho es indiscutible: a partir del siglo XIV la idea de la muerte va haciéndose obsesiva. Un proceso que culminará en el siglo XVII. Este fenómeno se ve en el arte de estos siglos, donde las escenas de muerte, los moribundos y los transidos, vienen a sustituir las escenas escatológicas y más espirituales del Juicio Final y el Apocalipsis. *"El espectáculo del calvario, las cruces, los cuerpos de los ejecutados, reina aplastante sobre el arte del siglo XIV."*[86]

**La muerte en la Baja Edad Media**

En esta época de crisis generalizada, en la que la muerte está tan presente, debido a las hambrunas, las guerras y las epidemias, más que nunca se le concibe como algo que está siempre en la mentalidad de los hombres. La profunda fe del hombre medieval, que tanto marcaba su vida cotidiana, no le hacía dejar de temer a la muerte. Sí le consolaba el hecho de pasar a una vida eterna y mejor. Y aquello, le hacía preparase para tener un Buen Morir y no condenarse.

Pero, la idea de la muerte y la importancia que ésta irá adquiriendo en los últimos siglos medievales, no se debe exclusivamente a las crisis bajomedievales, si bien éstas contribuyeron a acentuarla. Hay que entender la idea de la muerte en la Edad Media como un proceso de larga duración que incluso podría desbordar los límites de tan extenso período, al identificar sus

[84] Ibídem, pág. 114
[85] Chiffolau, Jacques; *Histoire de la France religieuse. Du christianisme flamboyant a`làube des Lumières, pág. 14*
[86] Duby, Georges; *Europa en la Edad Media,* pág. 195

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

orígenes en la Tardoantigüedad, y prolongar sus efectos hasta la Edad Moderna. Diversos autores han estudiado, a lo largo de los siglos XX y XXI el tema de la Muerte en la Edad Media. Y todos concuerdan en que su presencia, amenazadora, pero al mismo tiempo rodeada de esperanza, está latente durante toda el Medioevo.

El hombre medieval, influido por su profunda fe, concebía su vida como un regalo de Dios y la muerte se le presentaba como el inicio de una nueva etapa que, si sus actos anteriores y su piedad se lo permitían, le llevaría al encuentro con Dios y a la vida eterna. Su vida y todos sus actos los concebía entonces, insertos dentro del plan divino. Por lo tanto, también en torno a la muerte *"se desplegaba un código de creencias, generando una serie de ritos cristianos con una gran carga simbólica, forma predominante del pensamiento medieval."*[87]

Es importante explicar qué significa la muerte. Johan Huizinga explica que ésta le supone al hombre tres problemas: el fin de la gloria terrenal, la descomposición de la belleza física y el mensaje transmitido por la Danza de la Muerte: que es inevitable para todos. La muerte significa el fin de aquello por lo que se ha luchado toda la vida. Las riquezas, la gloria, los conocimientos, la belleza física y todo lo que ha preocupado a las personas, todo lo que les ha implicado esfuerzo y preocupación, se acaba con la muerte.

Independiente de la vida que se haya llevado, de las glorias o miserias alcanzadas, nadie es inmune a la Muerte y todos participaremos de esa danza. Un precursor de las Danzas de la muerte son los versos que hablan del *ubi sunt?*, como el siguiente:

*"Est ubi gloria nunc Babylonia? Nunc ubis dirus*
*Nabucdonosor, et Darii vigor, illeque Cyrus?*
*Qualiter orbita viribus inscita (¿) praeterierunt,*
*Fama relinquitur, illaqu figitur, hi putruerunt.*
*Nunc ubi curia, pompaque Julia? Caesar a bisti!*
*Te tradentia, orbe potentior ipse fristi.*
---
*Nunc ubi Mariusatque Fabricius inscius auri?*
*Mors ubi nobilis et memorabilis actio Pauli?*
*Dira Philippica nox ubi coelica nuna Ciceronis?*
*Pax ubi civibus atque rebellibus ira Catonis?*
*Nunc ubi Regulus? Aut ubi Romulus, aut ubi Remus?*

[87] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 12

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*Stat rosa pristina nomine, nomina nada tenemos.”*[88]

El tema de este poema de Bernardo de Morlay, un monje cartujano del siglo XI, se repite en las obras de Dionisio Cartujano, Eustache Deschámps, Gerson, Chastellain y Villon. La muerte acaba con las glorias terrenales, la belleza, las conquistas y los imperios. Todo es pasajero. Sólo nos quedan los recuerdos y un pasado glorioso. En la literatura castellana, el *ubi sunt?* también fue influyente. En las Coplas de Manrique es un tópico que se repite con frecuencia, ya que este autor en su poema se lamenta de la vida, por ser fugaz y perecedera, cómo todo se corrompe y acaba inevitablemente:

*“donde estan los reyes todos?*
*pues toda su realeza*
*ya es fenecida*
*pues la sangre de los godos*
*el linaje y la nobleza*
*tan crecida.*

*Quantos por mas allegar*
*con tempestades y vientos*
*con la muerte*
*navegan de mar a mar*
*solo no estar contentos*
*con su suerte*
*á quantos vimos caer*
*y subgetos y perdidos*
*a otros vienen*
*Vnos por poco valer*

[88] “¿Dónde está la gloria de Babilonia? ¿Dónde el temible
Nabucodonosor, y el poder de Darío, y el famoso Ciro?
Como una rueda abandonada por sus fuerzas pasaron
Queda su fama, y se afirma, pero ellos se pudrieron.
¿Dónde están la Curia y el cortejo julios? ¡César, has desaparecido!
Y has sido el más cruel y el más poderoso del mundo.
¿Dónde están Mario y Fabricio, que no sabía lo que era el oro?
¿Dónde la honrosa muerte y la memorable acción de Paulo?
¿Dónde la divina voz filípica, dónde la celestial de Cicerón?
¿Dónde la benevolencia para con los conciudadanos y la animosidad contra los rebeldes de Catón?
¿Dónde está Régulo? ¿Y dónde Rómulo y dónde Remo?
Por su nombre subsiste la antigua Rosa, sólo nos quedan los nombres desnudos.”

Bernardo de Morlay, hacia 1140; citado en Huizinga, Johan; *El Otoño de la Edad Media*, pág. 195-196

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

*por quan baxos y abatidos*
*que los tienen."*[89]

Para entender la concepción y la actitud del hombre bajomedieval ante la muerte es necesario comprender también su actitud hacia la vida. Durante toda la Edad Media y por influencia del cristianismo, la vida se entiende como un peregrinar, donde la muerte no es el final, sino sólo una transición hacia otra vida más perfecta, que es la eterna. Por lo tanto, se presenta la muerte como el final de este peregrinar. Sin embargo, los síntomas del siglo XIV acentuarán este sentimiento y *"convirtieron a la muerte en un hecho presente en el vivir diario."*[90]

En ese sentido, el hombre medieval, ante una existencia que se le presenta difícil y efímera, encontrará en la muerte una especie de consuelo. *"Consciente de la tragedia de la condición humana, se muestra más proclive que el hombre moderno a una educación tanática, como si una buena muerte redimiera incluso de una vida poco edificante."*[91] A diferencia del hombre actual, no evade el tema de la muerte, sino que se le presenta como algo natural, a pesar del temor que ésta le inspira.

Durante el siglo XIII, la actitud ante la vida era más bien optimista, porque se vivía una época de progresos; desarrollo urbano, auge económico, un aumento en la población, etc. Sin embargo, el siglo XIV se nos presenta como época de crisis. Es entendible entonces, desde esta perspectiva, que se genere en la mentalidad de la época un 'pesimismo' e incluso un 'miedo a la vida'. Esto también repercute en la idea de la muerte, no porque este miedo a la vida la haga más deseable, ni prepare mejor a la gente cuando le llegue ese momento, sino que la hará más presente, más 'cotidiana'.

Esta actitud ante la vida, pesimista ante su fugacidad, se conoce como el *Contemptus mundi*, el desprecio del mundo. Una visión pesimista de la vida terrenal, considerando sus placeres como superfluos e incitando a una actitud ascética, en desprecio por los placeres del cuerpo. A pesar del optimismo con que se concibe la mentalidad del siglo XIII, esa actitud ya estaba presente. Recordemos que el precursor de ella es Inocencio III con un escrito que, precisamente, se titula así.

[89] Manrique, Jorge, *Coplas a la Muerte de mi padre*, folio 26
[90] Valdeón Baruque, Julio; *Aspectos de la Vida Cotidiana en Castilla*; en "Vida Cotidiana en la España Medieval", Actas del IV Curso de Cultura Medieval, Madrid, 2004, pág. 19
[91] Núñez, Manuel y Portela, Ermelindo; *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, Prólogo, pág. 8

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Al hablar de la actitud ante la vida, es importante mencionar el concepto que se tiene de ésta, como un peregrinar. Una idea que se manifiesta principalmente en lo religioso, con las nuevas formas de piedad impulsadas por las prédicas de los mendicantes desde el siglo XIII e intensificada por la crisis del siglo XIV, que también contribuirá a crear nuevas formas de vivir la fe, desarrollándose cada vez con más fuerza y un reflejo de ello es el mayor acercamiento que experimentan los laicos hacia la vida religiosa, motivados por las prédicas de las órdenes mendicantes. Un testimonio citado por Julia Pavón y Ángeles García de la Borbolla, es el siguiente testamento de Juan de Flotas, fechado en 1510:

> "*In Dei nomine amen. Sea cosa manifiesta a quantos esta present publica carta de testament veran et oyran. Que como por el pecado de nuestro padre Adam toda natura humanal sea obligada e subyugada a la muerte corporal de la quoal persona alguna en carne, en esta miserable e transitoria vida presta en adit ni escapar no puede. Et como no haya cosa mas cierta a los peregrinantes en la present vida que la muerte ni mas incierta que la hora de aquella. Acerca de lo qual el verdadero Redemptor e Salbador Ihesu Christo en su sagrado evangelio amonesatado no dize estat aprestados ca no sabeys el dia ni la hora quando vendra el señor a vos llamar. Ca bien aventurados sean aquellos servidores a los quales quando vendra el señor a llamar et los hallara velantes.*"[92]

Este ambiente de crisis generalizada que se vive en el siglo XIV, influirá en la actitud ante la vida que adoptará el hombre, que tomará dos caminos aparentemente contradictorios: por un lado el miedo y desprecio a la vida, al considerarla algo pasajero y a concebir todos sus placeres y alegrías como una frivolidad. Y por otro, se irá gestando un sentimiento casi hedonista, de aquellos que al darse cuenta de que la vida es corta y que en cualquier momento puede acabarse, intentan aprovecharla al máximo. Ariès dirá que ambas actitudes *"son el signo de un amor apasionado por el mundo terrestre, y de una conciencia dolorosa del fracaso al que está condenada cada vida del hombre."*[93]

Por otro lado, es interesante hacer notar que esta actitud es promovida a través del arte, la literatura y las prédicas. Quienes mencionan la influencia del *De Contemptus mundi* y los cambios ocurridos en las representaciones artísticas, están de acuerdo en señalar la función pedagógica de estas obras. Se fomenta el crear conciencia de nuestra mortalidad y con ello, de la fugacidad de la vida y lo superficial que resultan todos los placeres terrenales, al no ser

[92] AGN, *Protocolos Notariales*, Tudela, Juan Martínez Crucero, c. 5, f.24 r.-29 v; en Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 110
[93] Ariès Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 115

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

imperecederos como el alma. En ese sentido, las dos actitudes: la pesimista y preocupada por la muerte, y la hedonista, que busca el placer, no serían sino dos caras de una misma realidad: la primera sería un ideal promovido, que busca combatir la segunda actitud, que va ganando seguidores.

Partiendo del principio de que todo hombre, independiente de la época en que haya vivido, le ha temido a la muerte, es destacable cómo en la Baja Edad Media la muerte está más presente que nunca, y así lo reflejan las manifestaciones artísticas y literarias. Sin embargo, para Francesca Español, la crisis del siglo XIV no es la causa del surgimiento de los temas macabros, sino sólo un factor que contribuyó a aumentarlo, intensificando un proceso que venía gestándose desde los siglos anteriores.[94] Explica que los temas macabros pueden remontarse al siglo XIII. Además, recuerda la redacción *De Comtemptus mundi* y a autores como Ramón Llull, que ya reflejan en sus escritos una actitud de desprecio a la vida, al estar limitada por la muerte inevitable.

> "*¿On son, fil, tants emperadors, reys, comptes, barons, prelats qui són, pastas désta vida? ¿Neo n és Alexandre que fo senyor de tot lo mon?"*[95]

La autora recuerda que esta actitud puede remontarse aún más atrás. Porque en los epitafios de los siglos XI y XII ya se percibe esa actitud: "*Quod sumus ist fuit"*[96] Para ella, es parte de una tradición muy antigua, que ni siquiera es propia de Occidente. En ese sentido, el siglo XIV, con sus catástrofes, *"no gestó lo macabro pero potenció su vertiente más repulsiva"*[97], es decir, sólo habría contribuido a exacerbar ese carácter, haciendo de la muerte un tema más cercano y cotidiano, resaltando lo macabro y su dramatismo.

Este ambiente de pesimismo ante la vida, que se presenta como algo fugaz y pasajero, debido a esta Muerte amenazante, que puede aparecer en cualquier momento, interrumpiendo los proyectos, como se vio anteriormente, estará presente en la literatura y, más tarde en el arte. Francesca Español explica que lo macabro en el siglo XV se pondrá 'de moda'. Así, aparecerán representaciones teatrales de la danza de la muerte, como la celebrada durante la coronación de

---

[94] Español, Francesca; *La Imagen de lo macabro en el gótico hispano*, Cuadernos de Arte Español, Historia 16, 1992, pág. 6

[95] "¿Dónde están hijo, tantos emperadores, reyes, condes, barones, prelados? ¿Dónde está Alejandro que fue dueño del mundo?

Doctrina Pueril, LXXXVIII, 11; en Español, Francesca; *La Imagen de lo macabro en el gótico hispano*; pág. 7

[96] Español, Francesca; *La Imagen de lo macabro en el gótico hispano*, pág. 8

[97] Ibídem

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Fernando de Antequera en 1414 y se harán joyas con estos motivos, como las cabezas de la muerte en oro que poseía Juana la Loca.

El miedo a la vida que conlleva este pesimismo, unido a la piedad, la intensa religiosidad de la época y la excesiva sensibilidad, contribuirán al aumento de estas manifestaciones artísticas y literarias, que presentan o ilustran la fugacidad de esta vida terrena limitada por la Muerte, destacando la corrupción del cuerpo muerto. Una imagen macabra y terrorífica, que se mantendrá hasta los albores de los tiempos modernos, recordando todo aquello que significa la muerte: nadie está ajeno a ella y nada de lo conseguido en la vida terrenal, es eterno. Así, será frecuente encontrar hasta el siglo XVI esta imagen de la muerte representada *"con abominable diversidad en los sepulcros el cadáver desnudo, corrupto o arrugado, con las manos y los pies retorcidos y la boca entreabierta, con los granos pululantes en las entrañas."*[98]

La vida no sólo se concibe como algo fugaz y pasajero, sino también como una existencia difícil, que implica mucho esfuerzo y sufrimiento. La vida en tiempos de crisis se concibe, más que nunca, como una lucha constante por sobrevivir. Una vida corta, limitada por una muerte que puede llegar en cualquier momento, y plagada de obstáculos que hay que enfrentar. Y además, todo lo positivo que puede alcanzarse en esta vida, requiere de gran esfuerzo y no siempre éste nos garantiza que sea duradero. Una actitud que Huizinga sintetiza así: *"El miedo a la vida; negación de la belleza y de la dicha, porque hay unidos a ellas dolores y tormentos (...) asco por la vejez, la enfermedad y la muerte, también los colores de la corrupción."*[99]

Una visión pesimista de la vida, porque todo en ella es esfuerzo y dolor. Casarse es un problema, porque la esposa puede resultar una mala mujer. Pero, si es buena, también puede ser malo, porque otros hombres la codiciarán y cortejarán. Y tener hijos también traerá dolores, porque los niños pueden enfermarse y morir. O bien, crecer para convertirse en malas personas, trayendo nuevos disgustos. Esta visión pesimista es frecuente en Deschamps, muy citado por Huizinga. Aunque, la obra más influyente en esta actitud es el ya citado *De Contemptus mundi*:

> *"Concipit mulier um innuditia et fetote, parit cum tristitia et dolore, nutrit cum angustia et labore, custodit cum instancia et timore."*[100]

---

[98] Huizinga, Johan; *El Otoño de la Edad Media*, pág. 198
[99] Ibídem, pág. 198
[100] "Concibe la mujer con suciedad y fetidez, pare con tristeza y dolor, amamanta con dificultad y trabajo, vigila con ansiedad y temor."
Inocentius III, *De contemptus mund*, t. CCXVII, pág. 702; citado en Huizinga, Johan; Op. Cit., pág. 199

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Es tan fuerte la relación entre esta concepción pesimista de la vida y la cotidianeidad de la idea de la muerte, que es una de las razones que lleva a pensar nuevamente en la influencia de la crisis en esta intensidad y presencia constante que va adquiriendo la idea de la muerte en la vida cotidiana. En este ambiente de pesimismo hacia la vida fugaz y perecedera, el presente es visto como algo decadente, en contraste con un pasado glorioso, el que es añorado. Es lo que Huizinga llama 'la nostalgia de una vida más bella'. Eso les lleva a exaltar los valores aristocráticos y la caballería, por un lado, y por otro, la vida sencilla de los pastores y los campesinos, desde una óptica muy bucólica. Una idea presente en las *Coplas a la Muerte de mi padre* de Jorge Manrique:

*"O quan dulce es el contar*
*el bien que si le perdimos*
*lo cobramos*
*pues que solo en lo pensar*
*de plazer alli gemimos*
*y lloramos*
*o como aquel florecer*
*de aquel tiempo assi pensado*
*da labor*
*como a nuestro parecer*
*cualquiera tiempo passado*
*fue mejor."*[101]

En los testamentos navarros estudiados por Julia Pavón y Ángeles García de la Borbolla, es posible encontrar párrafos que claramente expresan la influencia del *Contemptus mundi*, y su concepto de lo fugaz y perecedero que resulta todo lo terrenal. Un ejemplo de esta actitud se halla en el testamento de Martín de Rutia y su esposa Catalina de Larraya, fechado en 1502:

*"...entendido que la flaqueza de la humanal natura no ha en si firmeza ni esta durable ni perpetua et a las cosas que en este mundo han esencia visible tornan a no ser et fallecer et sea cosa cierta a toda criatura humana vna vez morir."*[102]

[101] Manrique, Jorge, *Coplas a la Muerte de mi padre*, folio 17
[102] Albizo y Saínz de Murieta, Juan; "Catálogo del Archivo Parroquial de San Saturnino de Pamplona", págs. 247-268; en Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 106

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

En el *Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz, también está presente la influencia del *Contemptus mundi* y su idea de una existencia fugaz y perecedera. Por eso, el Arcipreste de Hita redacta estos versos, en los que habla sobre los distintos tipos de amor, demostrando cómo el único amor bueno es el amor a Dios. Todos los demás sentimientos, hacia seres mortales u objetos materiales, todos corrompibles por el paso del tiempo, son malos amores:

*"Commo dize Salamo, e dize la verdat,*
*que las cosas del mundo todas son vanidat,*
*todas son pasaderas, van se con- la hedat,*
*ssalvo amor de dios, todas sson ligviandat."*[103]

Por otro lado, el hecho de que este pesimismo no sea más o menos pronunciado en los distintos lugares, recuerda que existe otra consecuencia de la crisis del siglo XIV: se va gestando una actitud ante la vida marcada por el deseo de vivir lo mejor posible, mientras se pueda. Lo que muchas veces se traducirá en una actitud más hedonista, tendiente a disfrutar desenfrenadamente de los lujos y del placer. En la literatura del siglo XV esta actitud se convertirá en un tópico: el *Carpe diem*.

Julio Valdeón Baruque, en su artículo *Aspectos de la vida cotidiana en Castilla*, destaca esta actitud como una consecuencia de la Peste y la crisis bajomedieval: *"Las catástrofes del siglo XIV, como es bien sabido, provocan un ansia desenfrenada de vivir, que se manifestó, entre otros terrenos, en una auténtica locura por vestir ropas lujosas. De nada servían las críticas incesantes de los predicadores contra esos excesos."*[104]Llama la atención cómo, a pesar de lo mucho que se menciona el esfuerzo de los predicadores por fomentar entre sus fieles una actitud virtuosa, que los prepare para una Buena Muerte, ya que ésta, en tiempos de guerra, peste y crisis está siempre presente; se ve una marcada tendencia a disfrutar al máximo de la vida terrenal, con todos los placeres y los lujos que ello implica.

Por otro lado, Jacques Heers resalta, en medio de este pesimismo, la tendencia de la época a los temas oscuros, tétricos y mórbidos, presentes en la literatura y el arte. Además del aumento de la popularidad y la creencia en las leyendas populares, cargadas de historias de brujerías y demonios, que fomentarán a crear un ambiente de superstición e intolerancia, y con ello, una mayor tensión en la sociedad. [105] Es dentro de este contexto que surgen las danzas de la muerte y otras representaciones iconográficas, que vienen a resaltar la corrupción del cuerpo

[103] Ruiz, Juan; *El Libro del Buen Amor*, verso 105
[104] Valdeón Baruque, Julio; *Aspectos de la Vida Cotidiana en Castilla*; en "Vida Cotidiana en la España Medieval", pág. 17
[105] Heers, Jacques; *Occidente durante los siglos XIV y XV*, Ed. Laber, Barcelona, 1968, pág. 296

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

después de la muerte, como una alegoría de que todo lo terrenal es perecedero, ya que la muerte bailará, inevitablemente con todas las personas, sin considerar su estatus social y sus riquezas que, a fin de cuentas, son también efímeras, ya que no trascienden, a diferencia del alma. Una actitud que se refleja en la obra de Manrique:

*"Es nuestra gloria flor vana*
*y nosotros somos heno*
*que florece*
*y esta verde en la mañana*
*y dandole el sol en lleno*
*cae y perece*
*quié tan loco que creyó?*
*ser para siempre el gozar*
*desta era*
*Mas que duro lo que vio*
*Pues que todo ha de passar por tal manera."*[106]

A pesar de que lo habitual es temer a la muerte, se ve en la literatura, el arte y la religión de la época, un esfuerzo por presentar la muerte como algo natural, que incluso es deseada o esperada tranquilamente por algunos. De hecho, en la *Danza General*, la actitud más celebrada es la protagonizada por el monje y el ermitaño, los únicos de los 33 personajes que asisten al baile con la muerte aceptando el fin de sus días tranquilamente, sin temor ni rebeldía, ya que ésta es inútil:

*"Dize el Monje*
*409.- Loor e alabanza sea para siempre*
*410.- el alto señor que con piedad me lieva*
*411.- a su santo Reyno, adonde contenple*
*412.- por syenpre jamas la su majestad;*
*413.- de carçel escura vengo a claridad,*
*414.- donde avré alegria syn otra tristura;*
*415.- por poco trabajo avre grand folgura.*
*416.- muerte, non me espanto de tu fealdad."*[107]

*"Dize el Ermitaño*

[106] Manrique, Jorge, *Coplas a la Muerte de mi padre*, folio 18
[107] *La Danza General de la Muerte*, pág. 29

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*473.- La muerte Reçelo, mager que so biejo.*
*474.- señor iesuchristo, a ty me encomiendo,*
*475.- de los que te sirven tu eres espejo;*
*476.- pues yo te serví la tu gloria atiendo.*
*477.- sabes que sufrí lacena biviendo*
*478.- en este disierto en contenplaçion,*
*479.- de noche e de dia faziendo oraçion,*
*480.- E por mas abstinencia las yervas comiendo.*

*Dize la Muerte*
*481.- Fazes grand cordura; llamarte ha el señor*
*482.- que con diligencia pugnastes servir:*
*483.- sy bien le servistes avredes honor*
*484.- en su santo Reyno do aves a venir,*
*485.- pero con todo esto avredes a yr*
486.- en esta mi dança con vuestra barcaça;
487.- de matar a todos aquesta es mi caça.*"*[108]

Una idea expuesta por Manrique en sus coplas:

*"De partir tengo plazer*
*pues de aquel alto feñor*
*hoy llamado*
*porque el pero que he de ver*
*en mi carne al criador*
*que me ha criado:*
*dues mi alma recebir*
*su proppio cuerpo alli espera*
*y tu figura*
*Que consiento en mi amor*
*con voluntad plazentera*
*clara y pura.*

*Destas tinieblas do estoy*
*salir continuo en extremo*

[108] Ibídem, pág. 33

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*he desseado*
*pues se que a ver aquel voy*
*ante quien hallar me temo*
*muy culpado*
*vamos pues he de partir*
*y seguir otra carrera*
*no es cordura*
*Que querer hombre vivir*
*quando Dios quiere que muera*
*es locura."*[109]

Una demostración de la influencia de los mendicantes en la mentalidad bajomedieval. Porque es a través de las órdenes mendicantes que se difunde la idea de que para vencer a la muerte, como Jesús, hay que imitar el ejemplo de San Francisco, que llegó a *"unirse a Cristo en sus sufrimientos y sus humillaciones y para ello contemplar sin cesar las imágenes de la vida y de la muerte de Jesús difundidas profusamente por todas partes."*[110]

Sin embargo, a pesar de que se intente no fomentar la rebeldía y el temor ante la muerte, a veces éstos son inevitables. Eso le sucede al Arcipreste de Hita, a partir de la muerte de Trotaconventos. Aunque, consciente de que todos somos mortales, la súbita muerte de su amiga, le hace desesperar y quejarse ante la muerte, que se lleva implacable la vida humana, sin avisos ni demoras:

*"¡ay muerte! ¡muerta sseas, muerta e mal andante!*
*mataste a- mi vieja, matasses a-mi ante*
*enemiga del mundo que non as semejante,*
*de tu memoria amarga non es que non se espante.*
*…….*
*non catas señorio debdo ni amistad,*
*con todo el mundo tyenes continua en-amistat,*
*non ay en-ty mesura, amor nin piedad,*
*sy non dolor, tristesa, pena e grand crueldad."*[111]

[109] Manrique, Jorge, *Coplas a la Muerte de mi padre*, folio 58
[110] Duby, Georges; *Europa en la Edad Media*, pág. 195
[111] Ruiz, Juan; *El Libro del Buen Amor*, versos 1520 y 1522

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

El horror que experimenta Juan Ruiz ante la muerte, como la gran enemiga del mundo, le lleva a reprocharle a ésta incluso la muerte de Cristo. Es tan extremo el pesimismo experimentado por el arcipreste, que incluso pareciera que esta muerte cruel no es tan justa como se pretende, ya que también se lleva a los virtuosos, a los santos, y al mismo Cristo. Sin embargo, reconoce la acción Redentora de la Pasión de Cristo, y cómo éste vence a la muerte:

*"El Señor que te fizo, tu a-este mataste,*
*Jhesu Xpisto dios E ome tu aqueste penaste,*
*al que tiene el çielo e la tierra a-este*
*tu-le posiste miedo e tu lo demudaste.*
*……..*
*Nol cataste nil viste, vyo te el, byen te cato,*
*la su muerte muy cruel a- el mucho espanto,*
*al infierno E a- los suyos Ea-ty mal quebranto;*
*tul mataste vna otra, el por siempre te mato."*[112]

Como se vio anteriormente, durante la Edad Media, el ideal de gloria y fama, tan importante en la Antigüedad y revivido con fuerza en el Renacimiento, no se había perdido y prueba de ello es la importancia que tendrá la figura del caballero, ensalzada en los cantares de Gesta. Pero, *"la religiosidad imperante la había mitigado, porque los nuevos ideales iban orientados hacia lo trascendente más allá de de la muerte."*[113] Sin embargo, contrastando con la actitud pesimista y de desapego a lo mundano, surge desde el siglo XIII una corriente que ensalza el deseo de fama y gloria, desarrollándose extraordinariamente en los siglos XIV y XV. Una corriente que deja de lado la resignación ante la muerte, manifestando el temor que ésta le causa.

Por otro lado, y a pesar de vivirse en una sociedad estamental, situación aceptada por todos, las idea de la muerte imperante recuerda que ante ésta, todos somos iguales. Porque tanto el rey, como el mendigo o el sacerdote morirán. A pesar de que sus ritos fúnebres sean más o menos ostentosos, la muerte llega igual para todos, con los sufrimientos de la agonía, la corrupción del cuerpo y el enfrentamiento del alma al juicio de Dios. Esta idea de una muerte 'democrática', tan presente en las Danzas de la Muerte, se ve también en la literatura, en obras como la de Manrique:

[112] Ruiz, Juan; *El Libro del Buen Amor*, versos 1556 y 1558
[113] Huete, Mario; *Las Actitudes ante la Muerte en tiempos de Peste Negra en la península ibérica, 1348-1500*; en Cuadernos de Historia Medieval 1 (1998), pág. 28

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

*"Qui so nos pues Dios hazer*
*yguales quando el ser dio*
*de un metal*
*yguales en el nacer*
*y en el morir ordeno*
*ley general*
*aquí los aceptos reales*
*los principes y aldeanos*
*pobrezidos*
*Allegados fon yguales*
*los que biven por sus manos*
*y los ricos."*[114]

En este sentimiento de mayor intensidad es muy influyente el papel que jugarán las órdenes mendicantes. Con sus prédicas públicas, cuyo fin era acercar a los fieles laicos a un mayor entendimiento de la fe, para que ejercieran una práctica mayor y más comprometida de sus creencias, también consiguieron desarrollar entre ellos una mayor preocupación por la muerte, las limitantes que ésta implica y una preocupación mayor por estar preparados para ese inevitable momento.

En ese sentido, llama la atención que el primer vivo que responde a la Muerte en la *Danza General de la Muerte* sea el predicador, dando un sermón en el que recuerda a sus feligreses que todos vamos a morir:

*"Dize el Predicador*
*33.- Sennores honrados, la sancta escriptura*
*34.- demuestra e dize que todo omne nasçido*
*35.- gestara la muerte maguer sea dura,*
*36.- ca traxo al mundo un solo bocado,*
*37.- ca Papa o rey o obispo sagrado,*
*38.- cardenal o duque o conde exçelente,*
*39.- el emperador con toda su gente*
*40.- que son en el mundo, de morir han forçado."*[115]

[114] Manrique, Jorge, *Coplas a la Muerte de mi padre*, folio 19
[115] *La Danza General de la Muerte*, pág. 4

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Por otro lado, la descomposición física es uno de los aspectos más aterradores de la muerte y una de las pruebas más concretas del significado del final de la vida terrenal. Además, en una sociedad tan preocupada por lo externo y tan amante de la belleza, la corrupción física que implica la muerte es la amenaza más visible de ella y el recuerdo de lo fugaz que es la belleza física. Talvez, por ello, se consideraba una prueba de santidad la incorruptibilidad de los cadáveres. En su *Libro de Buen Amor*, Juan Ruiz se detiene al describir con gran detalle y emotividad cómo la belleza se desvanece, a medida que el cuerpo se corrompe:

*"Dexas el cuerpo yermo a-gusanos en –fresa,*
*al alma que-lo pruebra lievas tela de priesa,*
*non es ommne çierto de tu carrera aviesa,*
*de fablar en ti, muerte, espanto me atraviesa.*

*Eres en – tal manera del mundo aborrecida,*
*que por bien que- lo amen al omne en-la vida;*
*en punto que tu vienes con tu mala venida,*
*todos fluyen del luego como de rres podrida.*
……

*los ojos tan fermosos pones los en-el techo*
*çiegas los en vn punto, non ha en-si provecho,*
*en-mudeçes la fabla, fases en-rrosquescer el pecho,*
*en-ty es todo mal, rrecurra E despecho.*
……..

*Tyras toda verguença, desfeas fermosura,*
*des-adonas la graçia, denuestas la mesura,*
*en-flaquesçes la fuerça, enloquesçes la cordura,*
*lo dulçe fases fiel con tu mucha amargura."*[116]

Es una época en que la cobran muchísima importancia las apariencias. Las ceremonias, tanto laicas como religiosas, van revistiéndose de un lujo y una pompa excesivas, donde los gritos, los llantos y, en el caso de los funerales, los lamentos y el desgarrarse las vestiduras, se harán frecuentes. *"Eran ilimitadas las posibilidades de exagerar pomposamente el dolor, que constituyen el polo opuesto, de la exaltación hiperbólica de la alegría en las desmesuradas*

[116] Ruiz, Juan; *El Libro del Buen Amor*, versos 1524, 1525, 1546 y 1548

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*solemnidades de la corte."*[117]En un mundo donde lo externo tiene tanto valor, y existe este temor a la descomposición física, no es extraño que la Peste Negra, que en su forma bubónica corrompe notoriamente el cuerpo, cause un impacto psicológico profundo, que no lleve sino a acentuar este sentimiento.

Del siglo XIII es *Le mirroir de vie et de mort*, de Robert de l'Omme, que enfatiza en el peligro de los siete pecados capitales. Pero en el siglo XIV surgen numerosos escritos que resaltarán la actitud moral ante la vida, recordando que la vida es un peregrinar, como el *Castillo de la Perseverancia*, *Los Cuentos de Canterbury* y *Le pèlegrinage de la vie humaine*, de Guilleme de Degueileville. Todos enfatizan la lucha diaria que libra el hombre contra el pecado durante toda su vida, una lucha que deben ganar para poder entrar al Cielo. Swanson dirá que el pecado es la *"mayor distracción (o atracción) de la vida."*[118] La función de la Iglesia es ayudar a cada hombre a vencer esta batalla contra la tentación y el pecado, ofreciéndoles consejo y 'armas' contra él, como la confesión y la penitencia.

Un estilo de vida cuyo mayor exponente será la Imitación de Cristo, de Tomás de Kempis. Un texto que expone los principios de la *Devotio Moderna*, cuya piedad está marcada por una actitud contemplativa, que busca la perfección imitando el ejemplo de Cristo, su esfuerzo, sinceridad, libertad y humildad, como medios para alcanzar la santidad. Sin embargo, esta corriente desarrollada en los albores de la Edad Moderna, le resta importancia al conocimiento de la doctrina cristiana y al cumplimiento de los preceptos de la Iglesia.

Otro aspecto de este pesimismo que parece invadir al hombre bajomedieval, es producido por la conciencia de su naturaleza pecadora. Una idea muy presente en la doctrina cristiana, y muy difundida por los predicadores. En esta vida, concebida como un camino de peregrinación, el gran enemigo del hombre es él mismo, por su natural tendencia a ser corrompido por las tentaciones y el pecado. Por eso, es tan importante el procurar llevar una vida virtuosa, moderada y recibir la Gracia a través de los Sacramentos. Estos conceptos están presentes en la obra de Manrique:

*"Culpa del primer formado*
*nos dexo a los hijos de Eva*

[117] Huizinga, Johan; *El Otoño de la Edad Media*, pág. 72
[118]"sin was a major distraction (or attraction) of life"

Swanson, R. N.; *Religión and devotion in Europe. 1215-1515*, pág. 194

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

*en destierro*
*do purgamos el peccado*
*llorando en aquesta cueva*
*el gran yerro*
*fino ha hecho de santino*
*aca el alma y va quitada*
*de peccar*
*Este mundo es el camino*
*para el otro que es monda*
*sin pelear."*[119]

Sin embargo, a pesar del pesimismo, el rechazo por los placeres mundanos y la presencia constante de la muerte en la vida cotidiana, el hombre medieval, al igual que el hombre actual, le teme a la muerte. Es cierto que su fe, le presenta un consuelo, en la esperanza de la vida eterna y la resurrección. Pero el miedo a la muerte es inevitable. Aunque parezca contradictorio con lo descrito anteriormente, lo que produce el temor ante la muerte es precisamente, el amor que se siente por la vida. Porque a pesar de este ambiente pesimista, el hombre ama la vida, considerándola un regalo de Dios. El pesimismo y el 'rechazo del mundo' son producidos por lo efímera que es esta vida, limitada por la muerte inevitable. *"Se ama la vida y precisamente por eso, tiene tanta importancia la muerte, entendida sí cristianamente como el principio de la vida eterna, pero también e indisolublemente, como el final de ésta."*[120]

En ese sentido, las dos actitudes ante la vida que presenta el hombre bajomedieval ante la muerte, no serían contradictorias, sino dos caras de la misma moneda: algunos, conscientes de que la muerte les arrebatará todo cuanto han conseguido en vida, rechazan todo aquello por superfluo, centrándose en lo espiritual. Pero otros, en cambio, se dan cuenta de que a pesar de la muerte, si sus vidas han sido heroicas y coherentes con su 'estado' (actitud propia de los nobles, cuya misión dentro del *ordo* medieval es luchar en la guerra, para procurar la paz y seguridad de su reino), entonces sus logros sí trascenderán, ya que alcanzarán la fama póstuma, gracias a sus gestas.

Un autor que combina ambas actitudes es Enrique de Villena (1384-1434). Su *Tratado de la Consolación*, escrito hacia 1424, es un ejemplo de esta nueva actitud ante la muerte, sin dejar de lado la resignación cristiana, es decir, un *"ejemplo medieval tardío del género griego y*

[119] Manrique, Jorge, *Coplas a la Muerte de mi padre*, folio 21
[120] Portela, Ermelindo y Pallares, M. Carmen; *Muerte y Sociedad en la Galicia Medieval (siglos XII-XIV)*; en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, pág. 23

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

*latino de la consolatio mortis.*"[121]Escribe sobre la muerte, la fortuna, la brevedad de la vida y el menosprecio del mundo, aceptándolos estoicamente, convencido de que la muerte es sólo el paso a una mejor vida. Pero, al mismo tiempo, resalta la fama y la gloria póstuma:

> "*Pues agora que partidos del mundial estrechura e llegados a la espaçiosa region etérea onde feliçidat copiosa alcanzaron, perpetuando buena nombradía, dexando odor de buena fama*"[122]

Una idea que Mario Huete indentifica en otros autores como el marqués de Santillana (1398- 1458) y Juan de Mena (1411- 1456), que van dejando cada vez más de lado la resignación y el *Contemptus mundi*, exaltando la gloria y la fama, a la que un noble, que ha vivido una vida caracterizada por las virtudes propias de su estado, debe aspirar. Hasta que, en la obra de Jorge Manrique (1440-1479), se presenta una obsesión por la muerte, como el fin inevitable de los dolores e inquietudes y expresión de la voluntad divina, sin dejar de resaltar la importancia de la gloria terrenal. Citando a Lida de Malkiel, el autor dirá que la muerte es *"la última hazaña que el hombre ha de afrontar, es el término y apoteosis de la vida terrestre y no, en buena doctrina cristiana, el comienzo de la existencia verdadera."*[123]

Hay que recordar que es en el siglo XIV cuando se inicia lo que tradicionalmente se conoce como Humanismo. Que a pesar de que autores como Burckhardt han identificado como una mentalidad que rompe con lo anterior, iniciando una nueva era, más conocida como el Reanacimiento, caracterizada por su secularización y su antropocentrismo, en contraste al teocentrismo medieval, hoy esta 'ruptura' no se concibe de un modo tan radical, y se considera que los primeros humanistas, como Petrarca o Boccaccio, todavía se inscriben dentro de una tradición 'medieval', demostrando una profunda devoción religiosa.[124] Si bien Boccaccio escribe el *Decamerón*, muy escandaloso en su época, por el desenfreno moral que presenta, su posterior amistad con Petrarca y la dirección espiritual que recibió de un monje cartujano, le harán 'convertirse' y escribir su moralizante *Corbaccio*.

Los primeros humanistas, por lo tanto, son hombres de una profunda fe, acentuándose con ellos la importancia de la Humanidad de Cristo y aumentando la importancia del culto a los santos y más que nunca, a la Virgen María. La muerte, para los humanistas, se presenta como el

[121] Huete, Mario; *Las Actitudes ante la Muerte en tiempos de la península ibérica, 1348-1500*, pág. 30
[122] Enrique de Villena, *Tratado de la Consolación*, Ed. D. E. Carr; en Huete, Mario; *Las Actitudes ante la Muerte en tiempos de la península ibérica, 1348-1500*, pág. 31-32
[123] Huete, Mario; *Las Actitudes ante la Muerte en tiempos de la península ibérica, 1348-1500*, pág. 33
[124] Suárez Fernández, Luis; *Humanismo y Reforma Católica*, pág. 78

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

final del camino, cuando *"se entraba en la decisión suprema: la compañía de Jesús y María o la entrega en poder del diablo. Éste es el encuentro definitivo."*[125] Este sentimiento explica la importancia que se le concederá en el siglo XV al morir bien, y es una de las causas que llevan a la creación de los *Ars Moriendi* y a la importancia que cobrarán las indulgencias, penitencias sustitutorias de los castigos del Purgatorio, permitiendo la purificación del alma antes de la muerte.

Las autoras de *Morir en la Edad Media*, explican qué entiende el hombre medieval por el miedo a la muerte, en concordancia a este ambiente cargado de simbolismos en el que vive. Recuerdan la importancia que la doctrina de la Iglesia concede a la esperanza y la alegría, a la hora de enfrentarse a la muerte, siguiendo el ejemplo de Cristo en su Pasión. Por otro lado, la muerte se le presenta al hombre como la gran limitante de sus proyectos terrenales: le hace ver que no es inmortal, y que todo cuanto consiga en la tierra será fugaz y perecedero.

Sin embargo, su fe le recuerda que es con la muerte que alcanzará su total trascendencia, ya que es ella quien le abre las puertas hacia la Vida Verdadera. Es entonces, cuando se encontrará con Dios. Pero, y eso es lo más temido, también con su justicia. Es el momento en que debe responder y rendir cuentas por todos los actos cometidos en su vida.

Según la antropología tomista, el hombre es unidad substancial de cuerpo y alma. Su cuerpo es una entidad física, corruptible y mortal. En cambio su alma, a pesar de crearse en el mismo momento que el cuerpo, subsiste a él, porque es espiritual, incorpórea e inmortal. Esta subsistencia se inicia con la muerte, porque es entonces cuando cuerpo y alma se separan. Ese es el concepto que el hombre medieval tiene de la muerte: la separación definitiva de su cuerpo y alma. Sólo volverán a unirse después del Juicio Final, con la Resurrección de los Muertos.

Se comprendía que el momento de la muerte podía producir temor e incluso desesperación en el moribundo, y por ello surge el *Ars moriendi*, que advierte acerca de las tentaciones que puede sufrir una persona que agoniza. Sin embargo, la mentalidad medieval, presente en los sermones, en los tratados filosóficos y también en los citados Tratados de la Buena Muerte, exhorta a no temerle a la muerte en sí, sino más bien a la condena o 'muerte segunda'.

El mayor temor del hombre medieval es hacia la condena. Así lo han demostrado Julia Pavón y Ángeles García de la Borbolla en su investigación, explicando que en la *"retórica*

[125] Suárez Fernández, Luis; *Humanismo y Reforma Católica*, pág. 60

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*notarial formulada en clave de temiendo las penas infernales, es uno de los símbolos sensibles de la religiosidad en relación con la escatología cristiana."*[126]Las autoras afirman que dicha fórmula está presente durante todo el Medioevo en los testamentos navarros. Sin embargo, hacen notar que desde el siglo XIII, junto a ella, se hace frecuente el encomendarse a la misericordia de Jesucristo, cuando se declara temer las penas del infierno. Para ellas, un reflejo del creciente cristocentrismo que van adquiriendo los cultos locales y regionales.

Están conscientes de que es muy posible que a pesar del carácter sumamente religioso que presentan los testamentos, éstos no sean una prueba fehaciente del sentimiento real de cada uno de los testadores. Algo imposible de saber. Sin embargo, el hecho de que la preocupación por la salvación y el temor de la condena esté tan presente, demuestran que era una inquietud presente en la mentalidad de la época, o al menos fomentada por las autoridades eclesiásticas, muy arraigada y difundida.

Adeline Rucquoi hizo un estudio de 77 testamentos en Valladolid, fechados entre 1370 y 1490. Afirma que en los siglos XIV y XV se produjo una nueva forma de percibir la muerte, porque ciertos conceptos relacionados con ella fueron evolucionando. La autora basó su conclusión en un minucioso análisis a partir de la presencia de temas como 'la muerte es cosa natural', el miedo, la preocupación por el pecado, el Juicio, etc. [127]

La autora demostró que se produjo un cambio de mentalidad frente a la muerte en el siglo XV, pasándose de una actitud resignada, que considera la muerte como algo natural, a un mayor temor, que se refleja en los escritos, porque *"aparecen en los testamentos las menciones relativas al infierno y al diablo, que hasta el siglo XV estaban totalmente ausentes de tales actas y ajenas a la mentalidad de los testadores."*[128]

Además, Rucquoi destaca cómo van aumentando a lo largo del siglo XV las preocupaciones por procurar la Salvación, reflejado en una mayor encomendación a los santos, como San Miguel o San Francisco, pero sobre todo hacia la Virgen, recordando que el culto mariano va cobrando cada vez más fuerza. Por otro lado, también van aumentando las proclamaciones de ortodoxia en los documentos, donde lo más común es encontrar la profesión de fe en la Santísima Trinidad. Incluso, hay testamentos que reproducen, total o parcialmente, el Credo.[129]

[126] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 96
[127] Rucquoi, Adeline; *De la Resignación al Miedo. La Muerte en Castilla en el siglo XV*; en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, pág. 53
[128] Ibídem, pág. 58
[129] Ibídem, pág. 62

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Actitudes en concordancia con el cambio de mentalidad que se vive, en una época de Cisma, de reformas monásticas que a veces desembocan en violentas reacciones, la mayor preparación intelectual y moral del clero y la influencia de predicadores como San Vicente Ferrer, fomentando las conversiones y proclamando que el fin del mundo se acerca. Esos cambios producirán una evolución, de una religión de gestos y manifestaciones, a una fe más interiorizada.

Es probable que muchas personas no hayan sentido dichas inquietudes y las hayan añadido a su testamento como una simple formalidad. Sin embargo, en *Morir en la Edad Media*, se destaca el despliegue de elocuencia y sensibilidad que muestran algunos documentos, como prueba de su espontaneidad, y con ello, de su sinceridad. Por lo tanto, la actitud reflejada por los testamentos, puede considerarse parte de una mentalidad fomentada por la Iglesia, pero querida, respetada y asumida por muchos.[130]

## Segunda Parte: El Tiempo de Muerte

### La Asistencia a los difuntos: el Arte del Bien Morir

En la Edad Media, el 'Tiempo de Muerte' se iniciaba cuando la persona sentía la llegada inminente de ésta. Por eso, en su agonía, el moribundo era asistido y acompañado. Situación que el *Ars Moriendi* en el siglo XV vendrá a regular y fomentar. Quien asiste al difunto, no sólo le acompaña con su presencia; también procura su tranquilidad, reza por el destino de su alma e invita al enfermo a dejar resueltos sus asuntos terrenales, mediante la confección de un testamento, si aún no lo ha hecho; y a prepararse para morir en Gracia con Dios, facilitándole y fomentándole la administración de sacramentos. *"Bien morir es recibir la muerte con paciencia y acomodar la propia voluntad a la de Dios."*[131]

Ya en la era carolingia era posible encontrar prácticas litúrgicas de asistencia a los moribundos. Pero es sólo en el siglo XV con los *Ars Moriendi* cuando esta práctica es tratada en forma específica y con gran detalle. Talvez, debido a una mayor inquietud por tener una buena muerte, después de un siglo donde ésta estuvo más presente que nunca, con las guerras,

[130] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 97
[131] Martínez Gil, Fernando; *Del modelo clerical a la Contrarreforma: La Clericalización de la muerte*; en *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España* medieval, pág. 222

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

hambrunas y sobre todo, por la Peste, responsable de gran cantidad de muertes prematuras, impredecibles y, para la mentalidad medieval, 'antinaturales'.[132]

Así describe Philipe Ariès en *El hombre ante la muerte*, la escena presentada por los *Ars Moriendi*:

> *"El enfermo va a morir. Al menos lo sabemos por el texto donde se dice que está crucificado por el sufrimiento. No aparece apenas en las imágenes en que su cuerpo no está muy enflaquecido, en que todavía conserva la fuerza. Según la costumbre, la habitación está llena de gente porque siempre se muere en público. Pero los asistentes no ven nada de lo que pasa, y por su parte el moribundo no los ve. No es que haya perdido el conocimiento. Su mirada se centra con una atención feroz en el espectáculo extraordinario que es el único en vislumbrar, seres sobrenaturales han invadido su habitación y se apretujan a su cabecera. A un lado, la Trinidad, la Virgen, toda la corte celestial, el ángel guardián; al otro Satán y el ejército monstruoso de los demonios. La gran asamblea del enfermo. La corte celestial está ahí, desde luego, pero ya no tiene todas las apariencias de una corte de justicia. San Miguel ya no pesa en su balanza el bien y el mal. Ha sido reemplazado por el ángel guardián, más enfermero espiritual y director de conciencia que abogado o auxiliar de justicia."*[133]

La muerte se presenta entonces, como la última batalla que debe librar el ser humano, para ganar la salvación de su alma. Su enemigo son las tentaciones ofrecidas por los demonios, conocedores de su debilidad, y su aliado el ángel de la guarda, quien le ofrece las buenas inspiraciones para enfrentar los malos pensamientos.

Francisco Gago, editor de la reedición del *Arte de Bien Morir* consultado, explica cómo este Manual de la Buena Muerte, a pesar de ser un compendio de la tradición cristiana acerca de la muerte, no puede considerarse un tratado teológico, ya que la profundidad alcanzada no es la suficiente. Además su objetivo era otro, más bien práctico: *"Su lectura servía, no tanto para mitigar el miedo al dolor físico de la muerte, como para eliminar en la medida de lo posible el trauma moral y espiritual experimentado en el lecho de muerte."*[134]

[132] Dualow, Donald F., *Dying Well: The Ars Moriendi and the Dormition of the Virgin*; en *Death and Dying in Middle Ages*, pág. 179
[133] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 97
[134] *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, Edición y estudio de Francisco Gago, Presentación del Editor, pág. 27

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Los *Ars Moriendi* surgen en el siglo XV, en el entorno del Concilio de Constanza. Recogiendo la tradición anterior, son tratados que fomentan una actitud pacífica y positiva ante la muerte, considerando que un buen morir es clave para alcanzar la salvación, *"un manual o método para aprender a morir bien, esto es, cristianamente, en paz, serenidad, gracia de Dios, con garantía de salvación."*[135]

La muerte es inevitable para todos y, con la crisis, las epidemias y las guerras, está cada vez más presente. Se hace cada vez más necesario el prepararse para que el momento no pille a sus víctimas desprevenidas. Así surgen estos *Ars Moriendi*, para fomentar la preparación para una buena muerte. *"Morir se convertía en un verdadero arte que había que aprender para superar de modo airoso la prueba y evitar las asechanzas del demonio, pues éste trataba de aprovechar por todos los medios la última oportunidad de inclinar a un alma hacia el mal."*[136]

A raíz del Concilio de Constanza (1414-1417), que terminó con el Cisma de Occidente y permitió que la Iglesia recuperara su misión pastoral, comienza a circular el *Ars bene moriendi*, de autor anónimo. Gracias a la imprenta, a la condena de herejías y a la normalidad recuperada tras el Cisma, tuvo gran difusión. Además, contribuyó en su éxito lo trascendente del tema, la brevedad de su texto, el dramatismo con que describe y representa con dibujos las tentaciones, y la claridad con que presenta la auténtica actitud cristiana ante la muerte, en un clima optimista y de confianza en la salvación.

Al parecer, el manuscrito original del *Ars Moriendi* fue escrito por un dominico del Priorato de Constanza, imprimiéndose en 1456 en Renania, extendiéndose rápidamente por Europa. Sin embargo, recoge una tradición que se remonta a los orígenes de la Iglesia, ya que desde un principio se vio en la muerte el momento clave para la salvación de las almas. Por lo tanto, la importancia que concede a la Reconciliación, a la profesión de fe y al viático, no son nuevas. Ildefonso Adeva recuerda que esto ya está documentado en el Concilio de Nicea (325).

Tradición continuada por las letanías, la salmodia y la encomendación de las almas. Posteriormente, se establece el sacramento de la Extremaunción, que tomará el lugar del viático y se crean los primeros manuales, como *Ordines ad visitandos infirmos*. Hacia 1403, Jean Gerson, teólogo y canciller de la Sorbonna, escribe *De scientia mortis*. Un opúsculo en cuya introducción estimula a asistir a los moribundos, como un acto de amistad y caridad cristiana.

[135] Adeva Martín, Ildefonso; *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*; en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España Medieval*, pág. 296
[136] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida.Muerte y Sociedad en Castilla durante la Baja Edad Media*, pág. 142

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

El opúsculo de Gerson se considera el gran precursor y está dividido en cuatro partes: comienza exhortando al enfermo para que acepte la muerte como venida de la mano de Dios; continúa formulando las preguntas con que debe orientar al moribundo hacia el arrepentimiento; posteriormente se enumeran oraciones cortas para pedir misericordia a Dios Padre, Jesucristo, la Virgen, los ángeles y los santos. La cuarta parte está destinada a guiar la labor del asistente: que averigüe si el enfermo hizo testamento, si ha recibido los sacramentos, que escoja las lecturas adecuadas, que coloque las imágenes benditas a las que el moribundo tenga más devoción, insistir en la confesión, procurar un ambiente de paz y tranquilidad, etc.

El *Opusculum* será muy influyente. En su estudio acerca de los *Ars Moriendi*, O'Connor afirma la importancia de esta obra, como el primer Catecismo de la doctrina cristiana.[137] Una obra que se popularizó gracias a la acción del episcopado francés, que obligó al clero a leer una parte de él en cada misa dominical. El *Opusculum*, al parecer se escribe antes del Concilio, entre 1408 y 1409. O' Connor cree que esta obra era conocida por los asistentes del Concilio, basándose en el *Avisata* o Plan de Reforma, hecho por la Universidad de París, como un modelo para concilios nacionales franceses y romanos, donde se menciona un tratado, compuesto por un canciller parisino, donde se exponían los principios generales de la fe cristiana (*tractatus compositus per Cancellorum Pariesien, tractans de generalibus principiis nostrae fidei...).*[138]

El título *Ars Moriendi* se aplica a dos obras diferentes del siglo XV. Ambos habrían surgido de forma simultánea, de contenido y redacción similar. Difieren en que uno de ellos es más extenso que el otro. El primero es llamado por los expertos *CP*, porque comienza con la frase: "*Cum de praesentis vitae miseria"* y al segundo *QS*, porque inicia diciendo: "*Quamuis secundum Philosofum".* Una clasificación sugerida por Mary Catherine O'Connor, estudiosa de los Tratados de la Buena Muerte, en una investigación llamada *The Art o f Dying Well*.

Hacia 1489 se publica en España el primer *Ars Moriendi*, en Zaragoza, por Juan Hurus: *Arte de bien morir*. Sólo se conserva un ejemplar, en la Biblioteca Blodeiana de Oxford. Sigue la versión *QS*, concordando con el del *Ars* latino reproducido por Alberto Tenenti, con la misma sucesión de las cinco tentaciones y las cinco inspiraciones del ángel, acompañados por once grabados. Las citas presentes en este capítulo pertenecen a una reedición de dicha obra.

Aunque el autor, o autores, del *Ars Moriendi* son desconocidos, se cree que habría pertenecido a la Orden dominicana y habría participado en el Concilio de Constanza (1414-1418). La autora de *The Art of Dying Well*, a pesar de que intentó averiguar el nombre del

[137] O'Connor, Mary Catherine; *The Art of Dying Well. The Development of the Ars Moriendi*, pág. 22
[138] Ibídem, pág. 51

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

supuesto autor, buscando frailes dominicos en los documentos conciliares sin resultado, sí aporta en su investigación numerosos argumentos para demostrar que el anónimo creador del Tratado de la Buena Muerte, habría pertenecido a la Orden de los Predicadores.

En primer lugar, resalta el gran peso intelectual de muchos frailes dominicos y su gran aporte a la cultura bajomedieval, explicando cómo ellos vendrán a ser una especie de relevo en la misión cultural antes ejercida por los benedictinos en la Alta Edad Media.[139] Una idea que queda demostrada al mencionar algunos destacados dominicos, como Santo Tomás de Aquino, San Alberto Magno, Vicente de Beauvais y Jacobo de la Vorágine.

Por otro lado, la autora, analizando las citas presentes en el *Ars Moriendi*, explica cómo el autor, además de hacer referencia a la Sagrada Escritura y a los Padres de la Iglesia, se refiere frecuentemente a pensamientos expuestos por frailes dominicos. Además, el énfasis en la ortodoxia, presente en el tratado, es algo muy propio de esta orden. Por último, la autora comenta otra evidencia: generalmente, los manuscritos hallados que son copias de los *Ars Moriendi*, se encuentran junto a otros manuscritos de dominicos.[140]

A pesar de que los tratados de la buena muerte son un buen ejemplo de la clericalización de la muerte, y tienen un carácter evidentemente religioso, Adeva Martín recuerda que los *Ars Moriendi*, al igual que la obra precursora de Gerson, no están destinados exclusivamente a los religiosos, sino que fomentan la necesidad de una buena muerte para todos: laicos y eclesiásticos. Lo novedoso que aportan los *Ars Moriendi* son las cinco tentaciones con las que el demonio intenta ganarse el alma del moribundo, que a su vez es defendido por el ángel bueno, que en oposición a las tentaciones, le ofrece las cinco buenas inspiraciones.

El *Ars bene moriendi* concede gran importancia a la presencia del asistente. Éste es quien debe acompañar al moribundo en sus últimos momentos, procurando que éste muera en paz, tranquilo, sin miedos, con sus asuntos terrenales resueltos lo más posible, y en la gracia de Dios. El asistente debe ser un fiel cristiano, no necesariamente un clérigo, y puede ser tanto un hombre como una mujer. Lo más importante es que conozca bien la doctrina cristiana, la forma de pensar del moribundo y que entienda la agonía como una lucha ascética.

El *Arte de Bien morir* está dividido en seis partes. En la primera se presenta la muerte como una enviada de Dios y, como tal, debe ser aceptada voluntariamente, independiente del momento y la forma en que se presente. Se insiste en la importancia de prepararse para ese

[139] Ibídem, pág. 56
[140] Ibídem, págs. 56-58

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

momento, procurando conseguir la Gracia, a través de los sacramentos, el arrepentimiento y la penitencia.

> *"Por ende, ante de todas cosas, sea inducido e amonestado el enfermo a aquellas cosas con que aya e alcançe la salud de la ánima, e son necesarias para salvación. Primeramente, que crea assí como buen cristiano los artículos de la fe, segund que la Santa Madre Iglesia los tiene e cree. Segundo, que sea alegre porque muere en la fe de Nuestro Señor Ihesu Christo en la obediencia e unidad de su Santa Iglesia. Tercero, que propaga en su corazón de enmendar su vida, si más viviere, e de non pecar más, ni ofender a Dios ni a sus próximos. Cuarto. Que perdone por amor de Dios a los que le han ofendido e pida perdón de aquellos que él ha injuriado. Quinto, que tome las cosas ajenas. Sexto, que conosca e crea que Ihesu Christo murió por salvar a nosotros e por él, e que de otra manera non puede ser salvo, sino por mérito de la su Santa Pasión, por lo qual faga gracias a Dios en quanto puede. E si a estas cosas respondere de buen corazón, señal es que es del número de los que se han de salvar."*[141]

Después de subrayar la importancia de la preparación para una buena muerte, recordando al lector la vida virtuosa que ha de llevar y las precauciones que ha de tomar para vivir una buena muerte, el Tratado presenta en esta primera parte cómo su lectura será de gran ayuda para conseguir estos propósitos:

> "*cualquier que quiere de dessea bien morir, considere diligentemente las cosas contenidas en este libro, e conseguirá grand ayuda, e utilidad para se defender de las temptaciones del diablo, e alcanzar la gloria del paraíso, la qual nos quiera otorgar Dios en todo poderoso"*[142]

La segunda parte describe las cinco tentaciones y las cinco buenas inspiraciones para combatirlas. Las cinco tentaciones propias de la agonía son: la infidelidad o dudar de la fe; la desesperación por miedo a la justicia divina; la vanagloria, es decir, complacerse en exceso por las buenas obras realizadas; la impaciencia, producto de los dolores y el sufrimiento de la agonía; y la avaricia, entendida como el apego hacia todos los bienes terrenales. Cada una de ellas es descrita de forma terrorífica, porque son incitadas por terribles demonios. Pero, por otro lado, para combatirlas están los ángeles, que a cambio presentan las cinco buenas inspiraciones.

[141] *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, págs. 83-84
[142] Ibídem, pág. 85

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Así, la primera tentación hace al moribundo dudar de su fe en Dios. Además, le engaña, diciendo que la fe y las buenas acciones no sirven, ya que todos se salvan, independientemente de sus actos:

> *"Esta fe o creencia que tú tienes, non es como tú la crees o segund que la predica, ni ay infierno alguno: todos avemos de ser salvos. E aunque el ombre faga muchas cosas que sean aquí avidas por malas, o se mate así mesmo o adore a los ídolos, assí como fazen los reyes infieles e grandes ombres."*[143]

Es combatida por una buena inspiración que recuerda al agonizante que el diablo es mentiroso y le engaña para que dude de su fe. Por eso, el ángel le exhorta a morir en la fe, poniendo como ejemplo a los Patriarcas, a Job, los mártires y los Apóstoles. Para ello recomienda rezar el Credo, ya que la profesión de fe ayudará al moribundo a reafirmar sus creencias:

> *"non creas en las temptaciones pestíferas e malvadas e falsos consejos del diablo; mas guárdate d'él, porque es mentiroso e malicioso, ca por mentiras e falsías él engañó a Adán e Eva, nuestros padres."*[144]

Para resistir la tentación de caer en la desesperación, el ángel resalta lo grande que es la misericordia divina. Para ello, recuerda célebres episodios en los que Dios perdonó a San Pablo por perseguir a los cristianos, a San Pedro por negarle tres veces o a la mujer adúltera por su pasado. Además, el *Ars Moriendi* recomienda evitar la presencia de cualquier persona que recuerde al enfermo sus pecados. Sin embargo, resalta principalmente la infinita misericordia de Dios:

> *"non debes desesperar por pecador que seas, ca Ihesu Cristo es muerto por los pecadores et non por los justos, assi como Él mesmo dize: 'non vine llamar los justos, mas los pecadores'*[145]*. "*[146]

Ante la impaciencia, el ángel bueno inspira a recordar la caridad o amor de Dios. Le da a entender que no debe quejarse, porque eso es una manifestación de falta de caridad, porque las enfermedades son un castigo, por lo tanto, es injusto lamentarse. Además, una dolencia soportada estoicamente puede ser un pago adelantado de las penas del Purgatorio.

---

[143] Ibídem, pág. 88
[144] Ibídem, pág. 89
[145] Mateo 9:13; Marcos 2:17; Lucas 5:32
[146] *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, pág. 94

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*"Ombre, aparta tu coraçón de la impaciencia e ira, por la qual el diablo por sus mortíferas malas temptaciones procura por dampñar a tu ánima; porque por la impaciencia e murmuración, e saña se pierde la ánima, assí como se salva por la paciencia."*[147]

La tentación de la vanagloria se combate con la exhortación que hace el ángel resaltando la humildad. Ante el recuerdo que el demonio hace al difunto de sus glorias pasadas y de lo triste que es el dejarlas atrás con su muerte; el ángel le recuerda al agonizante que no sólo ha realizado obras buenas: también ha sido un pecador y por lo tanto, debe ser humilde y no olvidar que Dios es misericordioso.

*"tú non podrías fazer cosa alguna meritoria e buena, salvo mediante e ayudante la su gracia, segund que se prueva esto por palabras de Nuestro Señor diziente: 'sin mí non podéis fazer cosa alguna'*[148]*."*[149]

La avaricia es la tentación que, según los *Ars moriendi*, afecta más a laicos que a eclesiásticos, ya que los segundos, si han cumplido con su voto de pobreza, no sufrirían ante la perspectiva de abandonar los bienes que han conseguido en su vida terrenal. Esta tentación insta al moribundo a rebelarse contra la muerte, porque ésta significa separarse de sus seres queridos y sus riquezas, además de dejar inconclusos sus proyectos.

*"¡O mezquino de ombre! Tú ya desamparas todos los bienes temporales, que por muy grandes trabajos e cuidados has adquirido e ayuntado; e también dexas a tu muger e fijos, parientes e amigos muy amados, e todas las otras cosas deletables e deseadas, en cuya compañía star et perseverar aun grand solaz e alegría te sería, e non menos a ellos grand bien se seguirá de tu presencia."*[150]

Ante la avaricia, la Buena Inspiración del Ángel insiste en que el hombre no puede dejarse vencer por el diablo, exhortándole nuevamente a la humildad y la fe, recordándole que aquello es mucho más importante que todas las riquezas y glorias terrenales, ya que éstos son temporales y perecederos, a diferencia de la Vida Eterna, premio para fieles y humildes.

[147] Ibídem, pág. 101
[148] Juan 15:5
[149] *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, pág. 107
[150] Ibídem, pág. 111

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*"¡O ombre, aparta tus orejas de las falsas e mortíferas sugestiones e consejos del diablo, con que te piensa e procura engañar e cegar! E ante, todas cosas olvida e pospone todos los bienes e cosas temporales del todo, cuya memoria, por cierto, ninguna cosa de salud te puede causar edar, mas antes muy grand impedimento e estorno de tu salud espiritual."*[151]

La tercera parte del *Ars Moriendi* presenta un interrogatorio que debe hacérsele al enfermo, para provocar su arrepentimiento y la reafirmación de su deseo de morir en la fe católica y la confianza en la salvación obtenida por Jesús con su sacrificio. Posteriormente, se invita a imitar la muerte de Cristo, en oración y encomendación a Dios Padre, y en resignación a la voluntad divina.

En la quinta parte del Tratado, se hace un llamado a la responsabilidad de los cristianos de asistir a los enfermos para que mueran bien, aconsejándoles cómo hacerlo. Se insiste en la oración y los sacramentos. Si el moribundo está en condiciones, debe rezar, invocando a Dios, a la Virgen, los ángeles y los santos.

Finaliza con la insistencia en la necesidad de conocer el *Ars moriendi*. Porque la vida, así como otras cosas, se valora por su fin. Esta última parte también contiene oraciones, para que el asistente recite con el enfermo si es posible, o en lugar de él. Se recomienda, por ejemplo, una oración que se atribuye a San Agustín:

*"La paz de Nuestro señor Ihesu Cristo e la virtud de la su Pasión, e la señal de la Santa Cruz e la integridad de la Señora Virgen Santa María, e la bendición de todos los santos e santas, la guarda de los ángeles e las ayudas de todos los escogidos sean entre mí e entre todos los mis enemigos, visibles o non visibles, en esta hora de la mi muerte. Amén."*[152]

En palabras de Idelfonso Adeva Martin, el *Ars Moriendi* es un opúsculo modesto, sin mayores pretensiones científicas ni literarias, pero su importancia para entender la mentalidad del cristiano en el siglo XV es clave *"porque, si en la muerte se decide el destino eterno y sobrenatural del cristiano, hay que conjeturar que en él y en la literatura por él inspirada se decanta la quinta esencia de la fe y de los actos y medios imprescindibles para salvarse."*[153]

[151] *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, pág. 113
[152] Ibídem, pág. 118
[153] Adeva Martín, Ildenfoso; *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*, pág. 302

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

El principio en que se basa el *Ars Moriendi* es la idea de que en el momento de la muerte el demonio tienta con más fuerza a los hombres, aprovechándose de su debilidad o su tendencia a la desesperación.

> *"el diablo, enemigo de todo el linaje humano, trabaja con todas sus fuerças por trastornar e derribar al enfermo en el artículo de la muerte de la fe totalmente, o a lo menos por le fazer desviar e titbar e dubdar en ella, por quanto el que dubda en la fe, infiel es."*[154]

Ariès dirá que la hora de la muerte sustituirá en importancia la hora del Juicio Final. Citando a Savonarola, autor de uno de estos Tratados, la hora de la muerte se presenta de este modo: *"Hombre, el diablo juega al ajedrez contigo y se esfuerza por cogerte y darte jaque mate en ese punto (la muerte). Estate pues preparado, piensa, en ese punto, porque si ganas en ese punto, has ganado todo lo demás, pero si pierdes, cuanto hiciste no valdrá nada."*[155]

Tomando en cuenta que el hombre muchas veces olvida que es mortal y vive como si su vida fuera eterna, este Tratado se presenta como un *Memento mori*: nada es eterno y la muerte, por mucho que se intente ignorarla y a pesar de que talvez hoy se goce de excelente salud, llegará inevitablemente y talvez más pronto de lo que creemos.

La preparación para la muerte incluye dos niveles: una próxima y otra remota. La remota es aquella que aconseja vivir una buena vida, en coherencia con los principios cristianos, en la gracia de Dios. Un hombre que vive una buena vida, no debe temer a la muerte, porque ésta se presenta como la puerta a su salvación y no como un castigo. *"Así el Ars bene moriendi es en realidad Ars bene vivendi"*[156]

La preparación próxima es aquella que se realiza en vísperas de una muerte cercana o cuando se padece una grave enfermedad. Generalmente requiere de la presencia de asistentes, que ayudan al moribundo a estar completamente preparados para que esa muerte sea, efectivamente, el acceso a la salvación. Porque se considera, como se ha dicho anteriormente, que es durante la agonía cuando el demonio más se esfuerza por tentar a los hombres y así, por muy virtuosa que haya sido la vida de una persona, si cae en las últimas tentaciones, puede condenarse. Por eso, se le da tanta importancia a la presencia del asistente. De hecho, *"aunque*

[154] *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, pág. 87
[155] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 98
[156] Adeva Martín, Ildenfoso; *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*, pág. 305

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*el beneficiario último es el moribundo, el interlocutor inmediato del Ars moriendi es el asistente del agonizante."*[157]

Esta idea de Adeva Martín se ve en el *Arte de Buen Morir*, que subraya la importancia de la presencia de este asistente, que acompañe al enfermo en sus momentos finales, le acompañe con sus rezos o bien, si es que el moribundo ya no está en condiciones, rece por él, se ocupe de cumplir con las últimas voluntades del agonizante y de que reciba sus últimos sacramentos:

> *"cada uno debe con grand diligencia e cuidado prever de algund amigo o compañero devoto, idóneo e fiel, el qual le sea e esté presente en su fin e muerte, para que le conseje e conforte en la constsancia de la fe, e lo invite e provoque a ver paciencia e devoción, confianza e caridafd e perseverança en todas buenas obras, dándole esfuerzo e animando en la agonía e batalla final, e diziendo por é algunas devotas oraciones."*[158]

Por otro lado, se consideraba que el cuidado de los enfermos y moribundos era un principio de caridad cristiana. Asistirlos era más que una obra de misericordia: también era un paliativo. Además, es un acto inscrito dentro de la nueva espiritualidad desarrollada a partir del siglo XIII, en la que se identifica al enfermo con el Cristo que sufre. Por ello, era una actitud muy fomentada, mucho antes de los *Ars Moriendi*. Así lo demuestran Julia Pavón y Ángeles García de la Borbolla, mencionando cómo lo establecen los estatutos de distintas cofradías navarras, como un acto solidario y de vínculos personales.[159]

Los Tratados de la Buena Muerte otorgan una serie de consejos, sugerencias e instrucciones para que el asistente procure al moribundo al que asiste, una buena muerte. Se insiste en que debe anunciársele al enfermo la proximidad de la muerte. Además, debe facilitársele la recepción de los sacramentos. Dos aspectos que parecen bastante lógicos a ala hora de procurar tranquilidad y un estado de gracia al moribundo.

En cambio, la descripción de las tentaciones propias de la agonía, aspecto que otorga originalidad a estos tratados, puede parecer, a simple vista, como algo terrorífico, que no aporta a la tranquilidad del enfermo. Sin embargo, la descripción de las tentaciones va acompañada por las inspiraciones divinas, como estrategias para vencer la tentación. Por último, se intenta evitar

[157] Ibídem, pág. 305
[158] *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, pág. 118
[159] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 72

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

que el enfermo caiga en un estado de rebeldía contra Dios o contra su situación, instándole a abandonarse en la misericordia divina, tal como hizo Cristo en su Pasión.

Muchas veces quien debe anunciar la muerte es el médico. De hecho, así lo recomienda el IV Concilio de Letrán (1215), al relacionar la enfermedad con el pecado. Dicho concilio impuso a los médicos la obligación de avisar a sus pacientes en peligro de muerte la proximidad de ésta y la necesidad de acudir al confesor. Quien asiste al moribundo debe presentarle la muerte como la llegada de un amigo; ya que es la mano de Dios, paternal y amorosa, quien la ocasiona. Debe identificársele como su entrada a la vida eterna, si se prepara adecuadamente. La muerte sólo es mala para los pecadores. Para los arrepentidos y los buenos es positiva, porque Dios la envía abriéndoles las puertas del Cielo. Se pretende con ello alejar al enfermo del miedo y la desesperación, que podrían debilitar su alma frente a las tentaciones postreras.

El *Ars bene moriendi*, a diferencia de otras manifestaciones literarias anteriores, considera que las circunstancias de la muerte son irrelevantes. Ya no se cree que una muerte violenta sea motivo de condena: si se ha vivido virtuosamente y se está preparado, no hay nada que temer: lo más importante es estar en la gracia de Dios. Un aspecto en el que las catástrofes demográficas ocasionadas por la Peste Negra, pueden haber influido. Porque con la explosión violenta de la mortandad a causa de esta pandemia, la muerte inesperada y fulminante se hace cada vez más común. El pensar en una buena vida como garantía de salvación fue quizá, un modo de tranquilizar y evitar el terror que produce la muerte.

Una segunda etapa en la preparación para la muerte son los testamentos y sacramentos. Los primeros se presentan como una forma de dejar ordenados los asuntos 'terrenales' del difunto: la manutención de su familia, la disposición de sus bienes y riquezas, el pago de deudas, etc. Aunque también los testamentos, al disponer e legado de algunos bienes a órdenes religiosas o parroquias, también se presentan como un medio de salvación espiritual. Porque estas donaciones están destinadas a financiar oraciones por la salvación de su alma. *"El uno limpia el alma de preocupaciones terrenas, los otros garantizan el estado de perdón y de gracia de Dios Padre y serenan la conciencia; con lo que se consigue el fin último de la preparación para la buena muerte."*[160]

Los sacramentos tienen una función importantísima en el aspecto espiritual, ya que son los que conceden la Gracia y quien muere en ella, alcanza la salvación o al menos, tiene menos posibilidades de condenarse. Porque en el *Ars Moriendi* será clave la idea del Purgatorio.

[160] Adeva Martín, Ildenfoso; *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*, pág . 311

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Porque daba esperanzas al pecador moribundo. Ya que si se arrepentía, cumplía con sus sacramentos, hacía testamentos y penitencias, en resumen, tenía una "Buena Muerte", aunque no pudiera ir al Cielo, se salvaba de condenarse, teniendo que expiar sus culpas en el Purgatorio. *"Mientras el cuerpo se descomponía sin remedio hasta el día de la resurrección final, el alma pervivía en un lugar escatológico, probablemente el purgatorio, donde era sometida a una dolorosa catarsis imprescindible para la salvación final."*[161]

El Sacramento de la Extremaunción es el más identificado con la hora de la muerte. Consiste en la aplicación de óleos sagrados sobre las manos, cabeza y pies del moribundo, al tiempo que se recitaba una oración para tranquilizar al ungido. Todo supervisado y dirigido por un sacerdote, quien anteriormente había asistido la Confesión del moribundo. Posteriormente, el enfermo recibe por última vez la comunión: el Viático. El óleo santo era concebido como un símbolo de redención, como el 'bálsamo' que cura las heridas. Como el pecado se identifica con la enfermedad, el perdón de éstos equivale a la sanación. Y es precisamente lo que busca este Sacramento: redimir los pecados, además de confortar el cuerpo y el espíritu.

La introducción de una liturgia en la Extremaunción demuestra de manera más solemne la presencia de lo sagrado en este acto, donde el moribundo se abandona en las manos del sacerdote, representante de Dios en la tierra. Detrás de la liturgia había varios mensajes: se propone la acogida del alma del moribundo en el cielo y al mismo tiempo, su acogida en la sociedad, que es quien le velará, le amortajará y organizará su funeral, participando además de su cortejo. Las autoras de *Morir en la Edad Media*, mencionan esta liturgia como la 'primera liturgia', que acaba cuando los asistentes a ella acompañan al difunto al lugar donde se celebrarán los funerales, donde tiene lugar la 'segunda liturgia'.

Un personaje importante en los *Ars Moriendi* son los ángeles de la guarda. El culto a los ángeles es una constante durante la Edad Media. Sin embargo, hasta el siglo XIV tenían mayor culto y representación iconográfica los ángeles psicopompos, como San Miguel y San Gabriel. Surge, coincidiendo con la mayor participación de los laicos en lo espiritual y el mayor individualismo, el culto al ángel guardián, que será muy importante en los *Ars*: *"Ante el estrado de los jueces, un defensor, el ángel de la guarda, planta cara a los demonios erizados que están afuera."*[162]

Presenciar una buena muerte, es decir, aquella en la que el moribundo se enfrenta con resignación y lleno de paz, es algo recomendado, ya que ese tipo de muerte debe ser el modelo a

[161] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 142
[162] Duby, Georges; *Europa en la Edad Media*, pág. 196

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

imitar. Las muertes de aquellos que la enfrentan con miedo, sin resignación y desesperados, son un escándalo en esta mentalidad, porque es ese clima de inseguridad y miedo es más probable que la agonía culmine en una condena. En principio, una muerte violenta tendría el mismo efecto negativo.

Este concepto de la Buena Muerte como un modelo a imitar, es la razón por la cual la muerte se concibe como algo público. Este carácter puede manifestarse en distintos momentos: en la agonía misma, donde el enfermo está rodeado por gran cantidad de acompañantes; en los cortejos fúnebres, de gran concurrencia, especialmente si se trata de personajes públicos; y también en la difusión posterior de la descripción de la muerte, desde el púlpito o en los *Ars Moriendi*.

A pesar del carácter público de la muerte y de la importancia concedida a los acompañantes en el momento de la agonía, los tratados continuamente recuerdan que debe prohibirse el acercamiento al lecho mortuorio de cualquier persona que perturbe la paz del moribundo. Se enfatiza especialmente en alejar a todo aquél que recuerde a éste sus pecados anteriores (compañeros de juerga, amantes, enemigos, etc.). Pero, también se recomienda que no estén presentes los seres queridos más cercanos al enfermo, porque la tristeza de éstos o la idea de que va a separarse de ellos, puede afectarle. Porque la Buena Muerte debe ser tranquila y pacífica. No basta con los sacramentos y oraciones. El agonizante necesita tranquilidad, ya que así es menos vulnerable a las tentaciones.

> *"que pocos son los que stén con sus próximos, fielmente preguntándolos e amonestándolos, infundiendo oraciones e plegarias por ellos! Porque comunmente aun los enfermos non piensan de morir, e por quanto el marido o la muger restante, e los fijos e parientes que entienden de heredar sus bienes, llorándolo por que les dexe más bienes. E lo que peor es au dexan entrar a personas devotas que los confortarán, por recelo que les fagan mudar el testamento o mandas."*[163]

Martínez Gil considera que el Ars Moriendi no surge como consecuencia de la gran mortandad provocada por la Peste Negra, a pesar de que cronológicamente coincide. Porque, para él, obras como el *De Comptemptus mundi* y el *Dies Irae*, a las que considera sus precedentes, son muy anteriores a la Peste. *"Resulta tentador poner en relación los estragos de*

[163] *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, págs. 118-119

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

*la peste negra con la irrupción de lo macabro y la difusión del Ars Moriendi en la Baja Edad Media europea.*"[164]

Si bien, concuerdo con él al concebir estas manifestaciones como parte de la evolución de una mentalidad escatológica iniciada mucho antes de las catástrofes del siglo XIV, es la magnitud de dichos acontecimientos la que, a mi juicio, contribuyó a exaltar y a intensificar estas manifestaciones. Un autor que concuerda con esta idea es Ildenfonso Adeva Martín. Así lo expuso en su artículo *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*, publicado en el libro *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España Medieval.*

> *"A lo largo de los siglos XIV y XV confluyeron en Europa un conjunto de causas de orden social, sanitario y religioso que pudieron hacer la muerte más temible de lo que es en sí. Baste pensar en el poso de Pánico dejado por la peste negra (1347-1453). Todas estas circunstancias convivían con el demonio traumático de la cristiandad por causa del Destierro de Avignon (1309-1377), del Cisma de Occidente (1378-1417) y de las herejías revolucionarias del inglés Wycliff (1328-1384) y del checo bohemio Juan de Hus (1370-1415). Al final de este retablo de calamidades nace el anónimo Ars moriendi.*"[165]

La autora de *The Art of Dying Well*, también concuerda con esta imagen de una época donde las catástrofes ocurridas, al generar tanta mortandad, han producido que la idea de la muerte esté más presente que nunca, y por eso, se hace tan obsesivo su tratamiento en el arte, la literatura y la religión. "*The subject of death, popular in literature as far as literature goes, has never been more popular than in the late Middle Ages, when the frequent and devastating visitation of the plague made it a commonplace event.*"[166]

El *Ars Moriendi* es contemporáneo a las Danzas de la Muerte. Pero, a diferencia de éstas, que representan la muerte como un fenómeno colectivo, afectando a gran cantidad de personas, estos Tratados de la Buena Muerte representan una muerte más íntima e individualizada. Un moribundo, en su lecho, cuya alma lucha por su salvación, enfrentándose a las tentaciones de los demonios y asistido por los ángeles, *"la intimidad de un enfermo cuyos últimos momentos se ven perturbados por la disputa de su alma a que se entregan ángeles y demonios.*"[167]

---

[164] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 131
[165] Adeva Martín, Ildefonso; *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*; pág. 294
[166] O'Connor, Mary Catherine; *The Art of Dying Well*, pág. 3
[167] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág.140

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

El *Ars Moriendi* es una manifestación que, a simple vista, se presenta como contradictoria a las Danzas de la Muerte. Porque éstas presentan el Triunfo de la muerte, resaltando lo macabro y terrorífico, mientras los *Ars Moriendi* fomentan una actitud serena ante la muerte, evitando los miedos y angustias que hagan al hombre caer en las tentaciones. Sin embargo, no es así. Son dos actitudes ante la muerte que incluso pueden ser complementarias: la Danza representa la muerte inevitable, que puede llegar en cualquier momento, sin avisar y no hace distinción entre ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, nobles o plebeyos, laicos o eclesiásticos. En ese sentido, el *Ars Moriendi* sería el modo de tranquilizar a quienes son sorprendidos por esta muerte cuya danza es interminable, para enfrentarse con serenidad a ese momento.

Por otro lado, cada vez es más discutible la teoría de presentar las Danzas de la Muerte como representaciones profanas del miedo a la muerte. A pesar de su carácter de danza y que muchas veces se asegura que su origen estaría en una representación teatral o musical, que lo acercan más a lo profano, su constante referencia al *memento mori* y el *ubi sunt?*, coinciden con los esfuerzos de la Iglesia bajomedieval, de crear consciencia de lo inevitable que es la muerte, destructora de aquello que en la vida podríamos considerar importante, como riquezas, gloria o posición social, pero que en realidad es perecedero.

Sin embargo, el *Ars Moriendi*, más que tratar acerca de llevar una buena vida, nos habla de prepararse para la muerte. No importa tanto que tan santo o pecador fue el moribundo, lo importante es su actitud frente a la muerte: que se confiese, que haga limosnas, que rece, etc. Obviamente, haber llevado una buena vida es importante. Pero para quienes no la llevaron, la Buena Muerte se presenta como la posibilidad de no caer en la condena eterna, sino en el Purgatorio.

Infantes los presenta como la solución propuesta por la Iglesia ante la problemática de esta muerte, que más presente que nunca en el siglo XIV, se vuelve obsesiva y causa temor. Los *Ars Moriendi* vienen a recordar la postura cristiana ante la muerte, recordando que es un paso a una mejor vida, y que hay que enfrentarla con tranquilidad, pero procurando estar en Gracia con Dios. Así, el Tratado de la Buena Muerte, *"buscaba el efectismo y el arrepentimiento y para ello no dudaba en acudir a una serie de expresivas imágenes (demonios y ángeles en lucha por el alma del difunto, representaciones alegóricas de tormentos, etc.)"*[168]

[168] Infantes, Víctor; *Las Danzas de la Muerte. Génesis y desarrollo de un género medieval (siglos XIII-XVII)*, pág. 84

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

El *Ars Moriendi* se presenta como un reflejo de la nueva actitud que va tomando el hombre ante la vida, y con ello, también ante la muerte. Ya no concibe su vida en la tierra como un peregrinar hacia una vida mejor, sino que cree que hay que disfrutar de ésta, sin olvidar que somos seres mortales y que todo se acaba. Y en esta nueva actitud, será muy influyente el creciente individualismo, que en lo religioso se manifiesta en las ideas que van difundiéndose acerca del Purgatorio y el juicio particular. Así, *"el ars constituyó el punto de partida de unas concepciones idóneas para el hombre moderno, individualista y profano, creyente pero apegado a la tierra."*[169]

Martínez Gil en su artículo *Del modelo clerical a la Contrarreforma*, destaca cómo la actitud ante la muerte presente en la Baja Edad Media se prolonga durante la Edad Moderna, al menos hasta el siglo XVIII. Los *Ars Moriendi* son un ejemplo de esta pervivencia. El autor explica cómo estos tratados continúan durante el siglo XVI y destaca, por ejemplo, el de Alejo de Venegas, publicado en 1537, en Toledo. Con el Concilio de Trento, los *Ars bene moriendi* se multiplicarán, de la mano de las órdenes mendicantes y los jesuitas. Sin embargo, el autor advierte que no hay que considerar estos tratados de la Buena Muerte como un reflejo inequívoco de la realidad. *"Su contenido es sólo un modelo ideal al que los promotores del género, fundamentalmente eclesiásticos, querían que se ajustasen los comportamientos colectivos."*[170]

Por otro lado, los *Ars Moriendi* coinciden con el proceso religioso que se vive en la Iglesia desde el siglo XIII, de dar más participación a los laicos, y no tacharlos de pecadores y condenados, por el hecho de no tomar los votos. Así lo explica Swanson, quien afirma que hasta 1300, la idea de la Buena Muerte estaba reservada para los santos, y a partir de entonces se 'democratiza'[171]. El desarrollo del *Ars Moriendi* en el siglo XV, llega a reafirmar la idea de que, si bien no todos somos santos, todos podemos aspirar a morir como ellos, si seguimos los consejos del Manual, que procuran la tranquilidad y el estado de Gracia del moribundo.

Alberto Tenenti explica cómo dentro de esta nueva sensibilidad cristiana que está surgiendo, el *Ars Moriendi* se inscribe dentro de esta tendencia a subrayar lo inevitable que es la muerte, lo corruptible que es el cuerpo humano y lo fugaz de la vida terrenal, subrayando la descomposición física. Una nueva sensibilidad, donde los laicos participan activamente y estos Tratados tienen una función claramente pedagógica, ya que es importante enseñar a los laicos la

[169] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 153
[170] Martínez Gil, Fernando; *Del modelo clerical a la Contrarreforma: la clericalización de la muerte*, pág. 221.
[171] Swanson, R. N.; *Religión and devotion in Europe. 1215-1515*, Cambridge Medieval Texts Books, Cambridge University Press, 1995, pág. 202

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

correcta doctrina y la conducta ideal que debe tener un cristiano, evitando así que caiga en herejías, desviaciones y, lo más grave, que se condene. Así, la obra de Gerson y los *Ars moriendi* demuestran una mayor preocupación de los miembros del Clero para procurar la asistencia de los moribundos, además de presentar un sentido de la muerte más profundo. [172]

Para Philipe Ariès, los *Ars Moriendi*, junto a las Danzas de la Muerte y todas las representaciones que se hacen sobre la muerte en el siglo XV, corresponden a la evolución de un proceso ocurrido a lo largo de toda la Edad Media y reflejado en el arte. Así, en torno al año mil, surge la figura del Cristo Glorioso del Apocalipsis acompañado por los resucitados, a los que desde el siglo XII se dividirá entre bienaventurados y condenados, para luego en el XIII centrar la preocupación en el Juicio Final. Idea que concuerda con la aceptación que va adquiriendo la idea del Purgatorio y la noción de concebir la resurrección y el Juicio como dos momentos separados. Ello haría que el momento mismo de la muerte fuera cobrando cada vez más importancia.[173]

**Ritos funerarios**

Los ritos funerarios se presentan como la última oportunidad en la que el difunto será honrado por sus más cercanos. Olvidar a quienes han muerto o no darle la ceremonia y sepultura correspondiente, se consideraba una desgracia. Los mayores testimonios historiográficos acerca de los funerales son descripciones de exequias reales. Éstas, a lo largo de los siglos, van convirtiéndose en un despliegue de sensibilidad exacerbada, ya que, dado el carácter sacro que se le concede al rey, como el garante en la tierra de la voluntad divina, toda demostración externa de dicho poder era válida, como un recordatorio para sus súbditos.

En este contexto, toda ceremonia relacionada con la persona del rey, era ostentosa y buscaba emocionar a los súbditos: coronaciones, bautizos, matrimonios, designación de un heredero, exequias. Con su solemnidad, en este mundo que concede gran importancia a lo simbólico, debían reflejar los poderes del soberano, la justicia y orden en los que lo ejerce y legitimar su linaje. Esto explica la creciente solemnidad y ostentación que van adquiriendo los funerales reales, cuyos máximos exponentes están en Francia e Inglaterra.

En los funerales reales, se destacan tres símbolos externos que manifiestan el poder real: el lavatorio, la unción y la mortaja. Además, solían exponer durante días el cuerpo del rey difunto, vestido de acuerdo a su dignidad real, para que pudiesen ir a visitarlo por última vez. La despedida de un rey en el mundo terrenal debía ser un acto memorable, del cual todos sus

[172] Tenenti, Alberto; *Il senso della morte el'amore della vita nel Rinascimento*, pág. 67
[173] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 92-96

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

súbditos se hicieran partícipes, conmovidos por el dolor de perder a su rey. Un soberano, con un funeral lujoso y emotivo, llorado por su pueblo, se consideraba una demostración de su buen actuar como gobernante.

> *"En un primer momento se procedía al lavatorio purificador con agua caliente o tibia, para continuar con una unción a base de bálsamos y perfumes. Por último, sería envuelto en un paño de lino encerado, dejando la barba sobre su pecho y colocando un sudario de seda sobre el rostro. Antes de proceder a su pública exposición y velatorio sería vestido con sus ropajes y engalanado al portar los objetos simbólicos propios de su rango como la corona o diadema, cetro o anillo."*[174]

Una costumbre iniciada en los funerales de Eduardo II de Inglaterra, en 1327. La efigie de madera era el centro de la exposición, parte del cortejo fúnebre, y a veces era expuesta en la Iglesia y luego colocada sobre la tumba. Pasará a ser un distintivo de los funerales reales, aunque también estará presente en los ritos fúnebres de la nobleza y el alto clero. En Francia, esta costumbre se inició con el funeral de Carlos VI en 1422. Y en España, a pesar de las numerosas estatuas yacentes, no hubo efigies regias en las exequias. En su lugar, se erigían los instrumentos de la realeza, como el cetro y la corona.

Otra diferencia con respecto a las costumbres francesas, es que en España no se difundió el repartir entre los familiares las reliquias de un rey, como se hizo con San Luis entre la nobleza francesa. Sólo hubo una excepción, con Alfonso X, porque así lo ordenó éste en su testamento. Pidió que llevasen su corazón a Tierra Santa y el resto de su cuerpo fue repartido entre Santa María de Murcia y la Catedral de Sevilla. Después, ningún otro rey lo haría y la reina Isabel la Católica lo prohibió.

> *"E otrosí mandamos, que luego que fináremos, que nos saquen el corazón e lo lleven a la sancta tierra de Ultramar, e que lo sotierren en Iherusalen, en el monte Calvario, allí do yaza alguno de nuestros abuelos, e si levar non lo pudiesen que lo pongan en algund lugar do esta fasta que Dios quiera que la tierra se gane, e se pueda levar en salvo."*[175]

Los funerales reales eran muy ostentosos en Francia. Los clérigos iban a buscar el cuerpo a las casas, organizando grandes procesiones. Pero, también los nobles y burgueses adinerados tenían funerales ostentosos, caracterizados por ese despliegue de lujo y emotividad.

[174] Idoate, Florencio; *Ceremonial de la Coronación, Unción y Exequias de los Reyes de Inglaterra;* en Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág 81
[175] R. del Arco, *Sepulcros de la Casa Real de Madrid*; en Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 78

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Se buscaba conmover al pueblo, haciéndole partícipe del dolor de perder a un funcionario público o gobernante, como si se tratase de un pariente o amigo cercano, fomentando una especie de sensación de desamparo u orfandad cuando moría un rey. Un ejemplo que ilustra esta situación es la siguiente escena descrita por Huizinga:

> *"Un duelo oficial hacía entonces sobre el individuo la misma impresión que una calamidad pública. Cuando el entierro de Carlos VII, el pueblo se desbordó totalmente de emoción al ver el fúnebre cortejo: todos los funcionarios de la corte (...) Iban en el cortejo seis pajes del rey sobre caballos totalmente revestidos de terciopelo negro (...) El pueblo refería, lleno de emoción, cómo de pesar uno de aquellos mozos no había comido ni bebido nada en cuatro días."*[176]

Para Castilla no hay muchos ejemplos de esculturas que plasmen la muerte de reyes y nobles. Algunos ejemplos son el sepulcro del infante don Felipe, hermano de Alfonso X, en la Iglesia de Santa María de Villalcázar de Sirga. Que representa varias escenas fúnebres: su muerte, rodeado de religiosos, contrastando con lo que se expone en las *Cantigas*, donde nunca hay religiosos asistiendo a laicos moribundos; la ceremonia del entierro y un grandioso cortejo, donde a falta de religiosos hay escuderos, cantores, caballeros y la viuda acompañada por sus damas de honor y las plañideras.

Sin embargo, esta ausencia de religiosos en los cortejos no se mantendrá así, haciéndose cada vez más comunes. Además, se difundirá la costumbre de amortajarse con el hábito de una orden religiosa. La tomarán los reyes en el siglo XIII, por influencia de las órdenes mendicantes, siendo incorporada por gran parte de la población en el siglo XV. Martínez Gil en *La Muerte Vivida*, explica que hasta el siglo XIII, lo normal era enterrarse vestido como correspondía a la condición de cada difunto. Una costumbre que irá imponiéndose y que es, a los ojos del hombre medieval, interpretada como un acto de humildad. [177] Así, los ritos fúnebres de la Baja Edad Media añadirán a su ostentación y emotividad una mayor religiosidad.

Acerca de esta costumbre, Manuel Núñez Rodríguez redactó un artículo en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y el arte de la Edad Media*, titulado precisamente *La Indumentaria como Símbolo en la Iconografía Funeraria*, basándose en testamentos que documentan el uso del hábito religioso como mortaja y sobre todo, de monumentos funerarios que representan a sus difuntos vistiéndolos en lugar de sus ropajes habituales. Entre las razones que explican este fenómeno, el autor menciona el hecho de que se empieza a vivir una piedad

[176] Huizinga, Johan; *El Otoño de la Edad Media*, pág. 20
[177] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, 1996, págs. 81-83

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

más individualista, cobrando sentido la idea de un Juicio particular por sobre la de un Juicio Final. Ser sepultado vestido de franciscano o con el hábito de cualquier otra Orden, era interpretado como el enfrentarse a la muerte y al Juicio con humildad. Por otro lado, sería el reflejo de un deseo por alcanzar la salvación, manifestado en la opción por abrazar un estilo de vida penitencial, que le redimiera de sus pecados.

El autor explica cómo se difundió esta costumbre, coherente con el aumento de las nuevas formas de piedad que va desarrollándose desde el siglo XIII y la importancia que van cobrando los santos pertenecientes a las órdenes mendicantes, como San Francisco, Santo Domingo o Santa Clara, como intercesores, junto a los habituales, como la Virgen, el apóstol Santiago y San Juan Evangelista. Es en los testamentos donde se ve el deseo de algunos por ser enterrados *"sin objetos personales, guiados por el deseo de alcanzar a las puertas de la muerte la santa pobreza que San Francisco encomendó e mandó."*[178] Incluso hubo reyes, como Sancho IV y Enrique III de Castilla, que fueron enterrados con el hábito franciscano y representados en sus yacentes vistiéndolos. Reyes que *"romperán con la tradición del manto escarlata y los atavíos en oro y seda tan característicos de la muerte coronada."*[179]

Una usanza que contrasta con lo habitual en los sepulcros de nobles y caballeros, representados generalmente con todos los objetos que realzan su condición militar: vestiduras, armas y escudos. Se ve en ellos el deseo por la gloria póstuma, recordando sus heroicas hazañas. La Iglesia no condena los hechos bélicos, ya que según la teoría de los tres órdenes o estamentos, es el deber de la nobleza tomar las armas, en defensa de las causas justas. Aquellos que optan por el hábito religioso y son representados vistiéndolo en sus sepulcros, como los dos reyes castellanos anteriormente mencionados, lo hacen para demostrar su deseo de trascendencia espiritual, renunciando a las glorias terrenales.

Entre los hábitos elegidos para llevar como mortaja, el más usado era el franciscano. La figura de San Francisco de Asís fue muy influyente en los siglos posteriores a su muerte. El mayor modelo a imitar de esta nueva espiritualidad que se estaba gestando. Por otro lado, también se escogía su hábito tomando en cuenta su carácter de intercesor, en una época en la que la idea del Purgatorio cobraba cada vez más fuerza. [180]

[178] Núñez Manuel; *La Indumentaria como símbolo en la Iconografía Funeraria*, en *La idea y el sentimiento de la muerte en el arte y a historia de la Edad Media,*, pág. 10
[179] Ibídem, pág. 12
[180] *Florecillas*, Parte Segunda, Cons. III; en Núñez Manuel; *La Indumentaria como símbolo en la Iconografía Funeraria*, pág. 15

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Por otro lado, a Núñez le llama la atención la presencia de yacentes vestidos de franciscanos. Porque usar el hábito de mortaja es una cosa, pero otra muy distinta es tener el derecho a representarse en una escultura usándolo. Porque, al parecer, las órdenes no eran demasiado rigurosas a la hora de permitir el uso de sus hábitos en laicos como mortaja o en días de penitencia. Sin embargo, no podían arriesgarse a que cualquiera fuese representado para la posteridad vistiéndolos. Por eso, el autor cree que quienes pudieron hacerlo, eran aquellos que pertenecían a Orden Terciaria, en la que *"eran acogidos todos aquellos que sin abrazar la vida religiosa aspiraban a vivir el cristianismo, o si se quiere ese estilo de muerte".* [181]Además, el vestir un hábito para ser sepultado, está revestido de un carácter ejemplificador, cuando ese difunto es un rey. Porque el gobernante debe ser un modelo de conducta y el hábito es un símbolo de virtud y humildad.

En cuanto a los funerales de la gente común, que no podía acceder al embalsamamiento, por costoso y reflejar una connotación política que ellos no poseían, el ritual era más sencillo. El sacerdote acudía a asistir al moribundo, concediéndole la absolución. Para ello, portaba tres símbolos; la cruz, el agua bendita y la luz (cirios o velas). Cuando ya había muerto, se lavaba el cuerpo y luego se le amortajaba con un sudario de lienzo, un hábito religioso u otros ropajes. Lo más habitual eran los sudarios, que podían ser de ricos paños bordados, de lino o de telas más toscas como el cáñamo. En general, los sudarios eran acordes a la situación social del difunto o a su devoción religiosa, esta última manifestada en aquellos que elegían hábitos religiosos como su último vestido.

El cadáver amortajado era rodeado por sus seres queridos, que lloraban y rezaban junto a los clérigos. Además de recitar oraciones, como Letanías, Salmos y la *Commendatio animae*, también cantaban. Al mismo tiempo, el cadáver era rociado con agua bendita y se quemaban inciensos. Muchas veces, la presencia y participación del clero era solicitada en los testamentos.[182]

Las *Partidas* recomiendan no enterrarse con oro y plata, a no ser que sean personas de los estamentos más altos, por razones más bien prácticas: porque era perder ricas vestiduras que un vivo podía aprovechar mejor y porque podía incitar a los ladrones a profanar tumbas y robarlas. De hecho, los grupos más humildes, que no podían darse el lujo de amortajar lujosamente a sus muertos, los vestían con túnicas o sábanas blancas, muy sencillas.

[181] Núñez Manuel; *La Indumentaria como símbolo en la Iconografía Funeraria*, pág. 16
[182] Gómez Barcena, M. Jesús; *La liturgia de los funerales y su repercusión en la escultura gótica funeraria en Castilla*, en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, pág. 37

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Los cortejos se inician con el traslado del cuerpo desde el lugar del velatorio, generalmente la casa del difunto, hasta el lugar donde será sepultado. Es en este momento, más que nunca, cuando la muerte se transformará en algo público. Porque los ritos celebrados en la casa son más privados, reservados para los más cercanos y los clérigos. En cambio, en el cortejo pueden participar todos los que le conocieron.

El cortejo es un modo de potenciar la alcurnia social y el potencial económico del difunto. Una vez más, el *memento mori* se hace presente, esta vez en un acto público, donde la espontaneidad y la emotividad están a flor de piel, porque *"servían para recordar al pueblo de Dios la fragilidad de la naturaleza humana, la necesidad de apoyo divino y la irracionalidad de la vida si no tenía un objetivo trascendental."*[183]Por otro lado, los cortejos fúnebres se presentan como una buena instancia para que el clero, acorde a su misión pastoral, recuerde a las personas la fe que todo cristiano debe tener en la Resurrección, presentándola como un consuelo por la pérdida de un ser querido.

En todos lados, los funerales tenían el mismo carácter de respeto y honra hacia el difunto, y la finalidad de acompañarle, participando en el cortejo, las oraciones y ceremonias, en el final de su peregrinación por la vida terrenal. Idea presente en Gómez Barcena, cuando, basándose en las ideas de Vovelle y Francesca Español, dice que eran *"la última exposición de honor del difunto y en la manera de desarrollarse tenía mucho de espectáculo urbano."*[184] Sin embargo, sus formas variaban, adaptándose en cada sitio a las costumbres populares, siempre compatibilizando las prescripciones litúrgicas.

El cortejo era presidido por la cruz, *"imagen plástica del triunfo sobre la muerte."*[185]El Cristo crucificado debía encabezar el cortejo, seguido por los párrocos o religiosos, representantes de Dios en la tierra que conducían al difunto a la casa de Dios. Por eso, cuando éstos iban a recoger al muerto a su casa, para llevarlo a la iglesia, llevaban consigo la cruz parroquial. Un acto cargado de simbolismos, acompañado por la oración de responsos o la recitación de salmos, mientras se tocaban las campanas de la iglesia.

El féretro iba en el centro del cortejo. Según la condición social del difunto, éste era transportado en literas o ataúdes, por sus familiares o amigos más cercanos, distinguidos generalmente por llevar un luto muy riguroso y a veces lujoso. Si pertenecía a una cofradía, los miembros de ésta también participaban. Así, esta muchedumbre desfilaba en silencio por las

[183] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 84
[184] Gómez Barcena, M. Jesús; *La liturgia de los funerales y su repercusión en la escultura gótica funeraria en Castilla*, pág. 41
[185] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 85

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

calles, aunque algunos oraban en voz baja, mientras otros lloraban. Y a pesar de lo mucho que las autoridades intenten evitarlo, a veces las demostraciones de pesar eran excesivas: llantos, gritos, rasgado de vestiduras, etc.

Otro aspecto destacado en los cortejos es la presencia de la luz. La procesión que acompaña el cuerpo del difunto va iluminada por candelas, antorchas y velas. Nuevamente, estamos en presencia de un acto simbólico, porque la luz es una alegoría de la resurrección de Cristo. Por otro lado, son frecuentes los mendigos incluidos en el cortejo. Elegidos por el mismo difunto, quien en su testamento establece que deben asistir, a cambio de que se les diese alimentos y vestidos. Un acto de caridad póstuma, una *"función social de índole espiritual pues se le consideraba eslabón intermediario en el camino de la salvación."*[186]

Cuando el cortejo llegaba a la iglesia, tenía lugar la misa de Réquiem. Posteriormente, el cortejo volvía a formarse, para conducir al fallecido a su sepultura. Después, volvían a casa del difunto, donde continuaban rezando por su alma y celebraban un banquete. Una vez más, se asiste a un acto alegórico, donde se recordaba la memoria de quien acababa de morir. Costumbre más arraigada en el medio rural. En las ciudades, muchas veces el Banquete era reemplazado por una donación a alguna institución religiosa.

Esta atmósfera cargada de emotividad en la que se desarrolla el cortejo es propia, al parecer, de todas las festividades de la Baja Edad Media. Así al menos lo presenta Huizinga en su *Otoño de la Edad Media*, donde nos explica que en esa época *"llorar era distinguido y bello"*[187], siendo frecuente hacerlo como parte de la solemnidad propia de funerales, discursos, despedidas, bienvenidas, encuentros, etc. Los autores que han estudiado el luto y sus manifestaciones en la Baja Edad Media, concuerdan en subrayar su intensidad y 'colorido'. Más que nunca, la sociedad bajomedieval, a la que Huizinga en su *Otoño de la Edad Media* ha descrito caracterizada por la gran intensidad con que expresa sus sentimientos, y así *"el revestimiento de la emoción con una forma sugestiva alcanzó su más alto desarrollo en el luto."*[188]

Julio Valdeón Baruque en su artículo *Aspectos de la Vida Cotidiana en Castilla*, describe la importancia de la muerte de una persona, como un acontecimiento que marca la vida cotidiana de los que le rodean. Este autor describe lo que él denomina el 'tiempo de muerte', que podía durar un año entero, y comprendía todo el dolor de la pérdida, el luto, los ritos

[186] Gómez Barcena, M. Jesús; *La liturgia de los funerales y su repercusión en la escultura gótica funeraria en Castilla*, pág. 49
[187] Huizinga, Johan; *El Otoño de la Edad Media*, pág. 21
[188] Ibídem, pág. 72

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

fúnebres, las misas de aniversario, etc. *"Ese 'tiempo de la muerte' se iniciaba con la vela del cadáver y seguía con la procesión fúnebre, auténtico 'teatro de la muerte'."*[189]

Llama la atención la forma en que Valdeón Baruque se refiere a los ritos fúnebres, exaltando su teatralidad. Huizinga en su *Otoño de la Edad Media*, recuerda constantemente la intensidad con que se vive en la Alta Edad Media cualquier acto público. Destaca la importancia del llanto, como una forma de rendirle un homenaje póstumo al difunto y nos recuerda la presencia de las plañideras o 'lloronas' en las ceremonias y los plorantes en la escultura fúnebre.[190] Una tradición que María Jesús Gómez Barcena dice que puede remontarse al Evangelio: *"cuando llegó Jesús a la casa del jefe al ver a los flautistas y a la turba de plañideras dijo, retiraos que la niña no está muerta, duerme."*[191]

Volviendo a la descripción del 'tiempo de muerte' de Valdeón Baruque, el cortejo fúnebre culminaba con el entierro del difunto, en el cementerio o en la Iglesia y una comida, donde los familiares y amigos acompañaban a los deudos. Además, nos recuerda que la muerte, al igual que hoy, tenía un costo económico. El entierro, los clérigos que actuarían como intermediarios para la salvación del muerto, las misas, los aniversarios y las mandas piadosas, se pagaban. Por eso, el autor, recordando esta visión tan difundida por las Danzas de la Muerte, de que ésta es igual para todos, opina que dichos gastos distorsionan esa imagen de una muerte igual para todos, ya que entonces, *"desaparecía el sentido democratizador de la muerte, pues los ricos estaban en mejores condiciones que los pobres para hacer frente a esos gastos."*[192]Esa idea está presente también en otros autores como Manuel Núñez[193] y María Jesús Gómez Barcena.[194]

Lo anterior es interesante, ya que es muy frecuente escuchar que en una sociedad estamental y con grandes desigualdades socioeconómicas, como es la bajomedieval; la muerte, al ser inevitable para todos, independientemente de nuestra condición, es el único aspecto en el que todos somos iguales. Sin embargo, para estos autores no lo sería, desde el punto de vista de las manifestaciones externas.

[189] Valdeón Baruque, Julio; *Aspectos de la Vida Cotidiana en Castilla*; en "Vida Cotidiana en la España Medieval", pág. 19-20
[190] Huizinga, Johan; *El Otoño de la Edad Media*, 1985, pág. 74
[191] Mt., 9, 23; en Gómez Barcena, María Jesús, Op. Cit., pág. 46
[192] Valdeón Baruque, Julio; *Aspectos de la Vida Cotidiana en Castilla*, pág. 20
[193] Núñez Manuel; *La Indumentaria como símbolo en la Iconografía Funeraria*, pág. 11
[194] Gómez Barcena, M. Jesús; *La liturgia de los funerales y su repercusión en la escultura gótica funeraria en Castilla*, pág. 34

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

En general, el luto se asociaba al color negro. Pero, la gente se vestía muy elegante y con sus trajes más hermosos para los funerales, para honrar al difunto. Por eso, más que el color, lo importante era la calidad del paño que se vestía. En Francia, por ejemplo, el rey viste de rojo cuando está de luto. En Al Ándalus ya se asociaba el negro con el luto, lo mismo en Castilla.[195] Sin embargo, habrá leyes destinadas a moderar el lujo excesivo, para que no se pierda el verdadero sentido del duelo. Por otro lado, hay testamentos donde se expresa el deseo de que los familiares no lleven luto.[196]

Otras prendas características del luto eran la chía para los seglares, que cubre el rostro; la coba, una vestidura recta sencilla; dejarse crecer la barba desordenada; y cortarle la cola al caballo. Las viudas, además de vestirse de luto, debían recluirse, apartarse de la sociedad y no casarse después de un tiempo. Y, en el caso de la monarquía francesa o borgoñona, la reclusión implicaba estar encerrada en la habitación y recostada en la cama. Además, la habitación debía estar cubierta de negro. El luto debía ser notorio: con manifestaciones intensas de dolor, llantos, gritos, vestiduras más sencillas y de negro riguroso. Debía contrastar con la alegre, ruidosa y colorida vida cotidiana. [197]

Sin embargo, Johan Huizinga cree que, a pesar de la intensidad de las formas externas para expresar el dolor, éstas a veces eran tan exageradas, que no siempre eran sinceras. El autor explica que es natural sentirse triste y desesperado ante la muerte de un ser querido, y lo más probable es que muchas de estas manifestaciones hayan demostrado un dolor sincero. Sin embargo, cree que en otros casos, estas manifestaciones tan exageradas de los sentimientos, hacían que éstos fueran más efímeros. Huizinga afirma aquello, basándose en lo poco que se respetaban los lutos. Sobre todo, al observar lo pronto que se casaban los reyes viudos después de perder a sus esposas. *"Cuando la emoción es así tratada y revestida de formas bellas, fácilmente se pierde."*[198]

En las *Cantigas* y en la obra de Gonzalo de Berceo se ve cómo la gente vive el duelo con mucho dolor, describiendo su desesperación. Gritos, desgarros de vestiduras, tirarse los cabellos, etc. Y en los cortejos fúnebres las lloronas o plañideras, presentes también en las tradiciones judía y musulmana. Sin embargo, la Iglesia estaba en contra de estas prácticas. Porque la tradición cristiana cree que la fe en la vida eterna es un consuelo para los deudos: si el difunto ha vivido como un buen cristiano, no hay razón para desesperarse, ya que ha pasado a

[195] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 110
[196] Gómez Barcena, M. Jesús; *La liturgia de los funerales y su repercusión en la escultura gótica funeraria en Castilla*, pág. 43
[197] Huizinga, Johan; *El Otoño de la Edad Media*, pág. 73
[198] Ibídem, pág. 76

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

una vida mejor. La esperanza en la resurrección debía hacer, al menos en teoría, menos dolorosa la idea de la muerte de un ser querido.

La legislación fue cubriendo todos los aspectos de la vida cotidiana del hombre medieval, en concordancia con sus creencias religiosas. En ese sentido, la muerte no será una excepción. El rito funerario va adquiriendo cada vez más importancia. Esto lo demuestran la gran cantidad de instituciones políticas, religiosas y urbanas que van regulando los comportamientos ante la muerte. Además, la legislación civil era muy similar, en cuanto a principios, a la eclesiástica. La Iglesia se presenta como una mediadora entre Dios y los hombres, a través de los sacramentos, ceremonias y oficios religiosos, que constituyen *"un conjunto de símbolos cercanos y muy representativos"*[199] Martínez Gil en *La Muerte Vivida*, recuerda los esfuerzos de la Iglesia por moderar la exacerbada sensibilidad, fomentando una actitud tranquila ante la muerte, basándose en pasajes de la Sagrada Escritura, como esta epístola de San Pablo:

> *"No queremos, hermanos, dejarnos en la ignorancia acerca de los muertos, para que en modo alguno os aflijáis, como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, así también reunirá consigo a los que murieron en Jesús."*[200]

Se vive entonces un gran contraste entre la serenidad propuesta por los ritos fúnebres cristianos, que van configurándose a lo largo de estos siglos, y las expresiones exageradas de dolor que protagonizan los asistentes a los cortejos fúnebres y entierros. Porque la Iglesia pretende que el rito sea sereno, ya que esa tranquilidad es prueba de la esperanza en la resurrección y, es esa misma idea, la que debe consolar y tranquilizar a los deudos.

Ariès en *El hombre ante la muerte*, explica la contradicción que se produce entre esta práctica, tan difundida por llorar sonoramente a los muertos de una forma casi teatral, con plañideras y gestos exagerados de dolor; y los esfuerzos que hace la Iglesia por moderar estas prácticas, recordándose a la gente la esperanza en la resurrección. Prácticas mal vistas por la Iglesia primitiva, que las consideraba paganas.[201]

[199] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 69
[200] 1 Ts 4, 13-14
[201] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 129

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

*"También los Obispos ordenaron a sus clérigos que si al acercarse con la cruz a la casa mortuoria oían los duelos prohibidos y los llantos que se volvieran, dejando el cadáver sin sepultar, y no acceder en nueve días a enterrarlo en sagrado."*[202]

Por lo tanto, a pesar de que la literatura bajomedieval castellana ensalza el dolor y el duelo por la muerte de un ser querido, la postura oficial de la Iglesia lo prohibía. Una actitud que en España se remontaba a los concilios visigóticos, manteniéndose durante toda la Edad Media. Las Siete Partidas también prohibirán los excesos. A pesar de que el padre del propio Alfonso X tuvo un cortejo de un dramatismo memorable:

*"Et quien vio tanta dueña de alta guisa et tanta doncella andar descabennadas et rascadas, rompiendo las fazes et tornandolas en sangre et en la carne biva. ¿Quién vió tanto ome dando bozes mesando sus cabellos et rompiendo las fuentes et faziendo en sy fuertes cruezas?"*[203]

En *Morir en la Edad Media*, las autoras estudiaron el caso navarro, consultando los Fueros y constataron que esa actitud moderada era fomentada una y otra vez a lo largo de los siglos. Talvez, su reiteración sea una prueba de lo poco que se cumplían. Los cortejos masivos, con expresiones exageradas de dolor, eran muy populares, pero perturbaban el orden de la ciudad y muchas veces, distorsionaban el sentimiento de luto y respeto que debe guardarse en esas situaciones. Además, en tiempos de epidemias, era prudente evitar cualquier tipo de aglomeraciones. [204]

A juzgar por su emotividad, dramatismo y colorido, podría pensarse que, de esculpirse los ritos fúnebres, los cortejos serían los más representados. Sin embargo, Gómez Barcena hace notar que no es así. Mucho más representado es el rito privado, realizado en la casa del difunto. Una excepción es el sepulcro de Don Felipe de Villalcazar de Sirga, en Palencia.[205]

En cuanto a las ceremonias religiosas que acompañan los ritos fúnebres, hay que distinguir entre liturgia de la muerte, que son las misas que acompañan a los funerales, y la liturgia *post mortem*, que son las celebraciones encargadas para la encomendación del alma del

[202] Gómez Barcena, M. Jesús; *La liturgia de los funerales y su repercusión en la escultura gótica funeraria en Castilla*, pág. 48
[203] Descripción del entierro de Fernando III, *Crónica General de España*, en Gómez Barcena, M. Jesús; *La liturgia de los funerales y su repercusión en la escultura gótica funeraria en Castilla*, pág. 47
[204] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 55
[205] Para una descripción del sepulcro: Torres Ballesteros, Nuria; *La muerte como aspecto de la vida cotidiana medieval: los sepulcros de Villasirga*; en "Vida Cotidiana en la España Medieval", Actas del VI Curso de Cultura medieval, celebrado en Aguilar del Campoo (Palencia) en 1994, Ediciones Polifemo, Madrid, 2004

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

difunto, más relacionadas con el tema de los testamentos. Al parecer, las primeras liturgias por los muertos eran, según Ariès, acciones de gracias, en las que se recordaba la muerte de los justos, santos y mártires.

Al buscar los orígenes de esta costumbre entre las fuentes bíblicas de esta costumbre, el único ejemplo lo proporciona el Libro de los Macabeos[206], donde se exhorta a rezar por el alma de los soldados muertos en batalla, que habían caído en la idolatría. Sin embargo, el autor explica que, en principio, no se hacía misa de Réquiem a todos los difuntos, sino sólo a clérigos y laicos importantes. Será desde el siglo XIII cuando se difunda la costumbre de celebrar misa antes de inhumar al difunto.

La liturgia está compuesta por un conjunto de símbolos eficaces, transmisores del conocimiento y los valores morales necesarios para la vida material y espiritual del hombre. Sin embargo, ese afán de transmisión de conocimientos y valores a través de símbolos se extendió a los ritos profanos, como ceremonias políticas, representaciones artísticas y otros actos de la vida cotidiana. Se hace entonces necesario distinguir entre liturgia y rito, porque este carácter simbólico y pedagógico que va adquiriendo lo profano, podría producir confusiones. El rito es toda actividad, más o menos reglamentada, producto de una tradición cultural, materializada con gestos y palabras. En ese sentido, la liturgia es un rito, donde se rinde culto a Dios a través de los sacramentos.

Las autoras de *Morir en la Edad Media*, distinguen tres tipos de liturgia funeraria. Porque la liturgia de los difuntos está compuesta por dos: la liturgia primera, que es aquella que sigue a la Extremaunción, cuando el enfermo recibe el viático o última comunión; y la liturgia segunda, que es la misa de los funerales. La liturgia *post mortem*, en cambio, son todas aquellas ceremonias, realizadas después de la sepultura del difunto, encaminadas a orar por la salvación de su alma: aniversarios, setenarios, treintanarios, etc.

La liturgia *post mortem*, compuesta por aquellas misas encargadas para procurar la salvación del alma del difunto, muchas veces ha sido malinterpretada como una especie de 'compra de la salvación'. En ella, cobra importancia el papel de los familiares o personas más cercanas al difunto, encargados de hacer cumplir su última voluntad, destinada a evitar la condena eterna de su alma.

[206] 2 M 12, 38

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Es en los testamentos donde los autores han hallado las voluntades de las personas a que se hagan grandes cantidades de misas por su alma: treinta, cien, mil…El encargo de treinta misas se llamaba 'gregoriano', ya que era una costumbre atribuida al papa Gregorio Magno. Algunos encargaban series de cien misas a distintas órdenes y otros un 'anual', es decir, 360 misas, una por día.

El autor de *El hombre ante la muerte*, recuerda que los sacerdotes medievales decían misa todos los días y a veces más de una. Misas que se hacen pensando en los difuntos y por eso, se procura celebrar la mayor cantidad posible. *"Después de Carlomagno, la misa, todas las misas, se convirtieron en misas de muertos, a favor de ciertos muertos, y también de misas votivas a intención de ciertos vivos, siendo escogidos éstos y aquéllos con exclusión de otros."*[207]Aunque, los Concilios muchas veces intentaron limitar el número de misas efectuadas por el sacerdote a una diaria, con excepción del día de Navidad. Según Ariès, el hecho de recordar a los muertos en las misas, tanto dominicales como de aniversario, así como el mencionarlos en las oraciones, corresponde a la idea de que los muertos, de alguna forma, 'conviven' con los vivos.

Para los cristianos, celebrar misa es renovar el sacrificio de Cristo en la Cruz por la Redención de los hombres. Asistir y participar de ella, es participar de ese sacrificio y con ello, de los méritos obtenidos con esa infinita fuente de Gracia. El encargo de misas *post mortem* se presenta como una ayuda, sobre todo para aquellos difuntos cuyos actos no permitieron alcanzar inmediatamente la salvación, debiendo pasar una temporada en el Purgatorio. Además, la misa *post mortem* es un ejemplo de cómo la Iglesia militante y la Iglesia purgante están unidas: la Militante ruega por la salvación de la Purgante, dirigiendo sus súplicas a la Iglesia triunfante, para que ésta actúe de intercesora ante Dios. Además de ser un acto solidario, la memoria y preocupación por los difuntos tiene una función pedagógica: recordar las personas que también ellas morirán algún día: *memento mori*. Por otro lado, se consideraba que quienes participaban de la liturgia *post mortem* reparaban en vida las faltas cometidas, ya que esta 'segunda liturgia' se concebía como una prolongación de la asistencia y compañía al difunto.

Algunos hombres manifestaban ya en sus testamentos el tipo de funerales que deseaban recibir. Así lo afirma María Jesús Gómez Barcena, que ilustra dicha idea con ejemplos como el siguiente:

[207] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 134

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

"*Item mando que el mi cuerpo sea sepultado en el Monasterio de Santa Clara…y quiero ser enterrado con el hábito de Santo Domingo…item mando que el día de mi enterramiento se digan las misas e se hagan las otras obsequias que se pudiesen buenamente hacer y acostumbran sus hechos a las personas de mi estado. E que en el dicho dia den a los frailes e monjas de los monasterios de la dicha ciudad, sendas pitanzas para su mantenimiento.*"[208]

Un deseo que Adeline Rucquoi en su estudio de los testamentos vallisolitanos del siglo XV, también constató. La autora destaca la tendencia a la 'codificación', es decir, el hecho de que muchos testadores especifiquen los ritos fúnebres, ofrendas y honores que quieren recibir, tomando en cuenta el Estado al que pertenecen, siendo frecuentes las fórmulas "*se suelen dar a los enterramientos de los tales como yo*", "*la que mis testamentarios entendieren segund mi estado*" o "*como se acostumbra faser a los omes de mi manera*"[209]

Por otro lado, Rucquoi percibe en otros testamentos, principalmente a partir de la segunda mitad del siglo XV, una actitud que parece opuesta a la anterior: el deseo de humildad y sencillez, que los testadores desean manifestar con unas exequias sin grandes lujos ni excesivas demostraciones de dolor. Un ejemplo es el siguiente testamento:

*"e ruego e encomiendo a la dicha mi muger que ella haga e hordene mis obsequias lo mas honestamente que se pueda, syn hazer en ello muchas costas e demasías como otros hazen, salvo sola mente mirando el provecho de mi anima e apartando todas otras cosas de vana gloria segund sabe que yo con ela muchas vezes platique."*[210]

Por lo tanto, los ritos fúnebres también reflejan las posibles actitudes con que el hombre medieval enfrenta la muerte. Para algunos, sus exequias son su 'despedida del mundo terrenal' y desean que ésta sea con los mayores honores posibles, según el estado al que pertenecen, resaltando las virtudes propias de su estamento, como la gloria. En cambio otros desean que sus funerales sean un reflejo de lo que es su fe, más allá de su posición social o sus riquezas, considerándolas perecederas y por lo tanto, superfluas y vanas. Por eso, resaltan la humildad y sencillez, recordando que con la muerte van al encuentro con Dios y su Juicio.

[208] Testamento de Alfonso Enríquez de Quiñones III, almirante, 1482; De Castro, Manuel; *El Real Monaterio de Santa Clara de Palencia y los Enríquez, almirantes de Castilla*, en Gómez Barcena, M. Jesús; *La liturgia de los funerales y su repercusión en la escultura gótica funeraria en Castilla*, pág. 36
[209] Rucquoi, Adeline; *De la Resignación al Miedo: La Muerte en Castilla en el siglo XV*, pág. 54
[210] Archivo Montserrat, Monasterio de Vega, Pergamino nº 81; en Rucquoi, Adeline; *De la Resignación al Miedo: La Muerte en Castilla en el siglo XV*, pág. 55

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

La misa de funeral se realiza en una iglesia decorada especialmente para la ocasión, principalmente en el coro, que es donde está la capilla ardiente. En ella se cantan oraciones del Oficio de Difuntos, como el *Subvenite*, que llama a los ángeles a que salgan a esperar por el difunto. Las misas de Réquiem son llenas de solemnidad y cantadas. En la absolución, se pide misericordia por el alma del difunto, como un complemento de la absolución que el sacerdote le concedió en su lecho mortuorio. El cadáver es bendecido, incensado y rociado con agua bendita, mientras se recitan oraciones. Luego, es conducido al sepulcro, entonándose cánticos como el Benedictus: *Ego sum ressurrectio et vita.*[211]Una escena que es posible describir, gracias a su presencia en los monumentos funerarios de los siglos XIII y XIV, como los del Infante Felipe en Villalcazar de Sirga y el de la abadesa Urraca López de Haro en Santa María de Cañas en Logroño.[212]

En cuanto a los velatorios, Julia Pavón y Ángeles García de la Borbolla explican que es un asunto muy atendido por la legislación española bajomedieval. El hecho de recoger el cuerpo del difunto, dotándole de las mayores dignidades, era muy fomentado. Se creaba en el velatorio una atmósfera de protección hacia los restos mortales, considerada como un símbolo de la asistencia prestada al cuerpo de Jesucristo muerto en la cruz. Una idea que ya está presente en autores tardoantigüos como San Agustín, quien advierte que dichos ritos tienen mayor significado para los deudos que para el mismo muerto, porque ayudan más en el consuelo de éstos y en cambio, no aportan nada a la salvación de aquél. Pero, los fomenta como un acto de humanidad y de amor al prójimo.[213]

La costumbre de velar a los difuntos se remonta a la tradición evangélica, práctica difundida por el cristianismo, aunque con ciertas influencias paganas. No tiene funciones sagradas, a diferencia de la liturgia *post mortem*. Se presenta más como un acto de amor y respeto hacia el difunto, que como un esfuerzo por lograr que su alma alcance la salvación. Además, el velatorio se inscribe dentro de los actos simbólicos propios de esta época, al considerar la presencia del difunto en ese lugar, donde sus más cercanos le rezan y acompañan, tratando a su cuerpo compasivamente, procurando su higiene, como un acto de compasión.

Durante el velatorio, en la noche siguiente a la muerte de la persona, se realiza la vigilia o celebración del Oficio de los Difuntos. Una oración reglamentada, que es posible encontrar frecuentemente en los libros de Horas u otros libros de oraciones. Existen varios modelos, aunque el más completo es el oficio monástico, lleno de lecturas, antífonas, salmos y otras

[211] Gómez Barcena, M. Jesús; *La liturgia de los funerales y su repercusión en la escultura gótica funeraria en Castilla*, pág. 44
[212] Ibídem
[213] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 80

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

recitaciones piadosas que claman por el auxilio y la misericordia divina, que podían extenderse durante toda la noche. Algunos testadores deciden qué vigilia desean recibir y así lo estipulan en su testamento.

En cuanto a la influencia que pudo ejercer la Peste Negra en la administración de estos ritos, ya se ha visto cómo se vio afectada. La importancia del espacio propio para ser sepultado, de los ritos fúnebres para honrar a quien muere y procurar su salvación, ante la desesperación, el miedo al contagio, la gran cantidad de difuntos qué atender; se deja de lado. *"Ni cortejo, ni lágrimas, ni cirios los honraban, pues se había llegado al extremo de que nadie se preocupaba por los hombres que morían."*[214] Sin embargo, con el fin de cada ciclo epidémico, se retorna a la actitud anterior. Por lo tanto, no produce un cambio de actitud ante las tradicionales manifestaciones de respeto y amor que se hacen a los seres queridos cuando mueren, ya que es una situación momentánea, motivada por los difíciles momentos que se viven.

**Los lugares de sepultura: cementerios, templos y panteones**

El destino del cuerpo del difunto es una preocupación que siempre ha existido entre los hombres. A pesar de que se tiene conciencia de que el cuerpo es corruptible y no inmortal como el alma, es necesario colocarlo en un espacio digno. No sólo como una medida de higiene. Sepultar a los muertos se concibe también como un acto de solidaridad, humanidad y como un modo de honrar al difunto. Por eso, para los cristianos, los lugares de sepultura son considerados sagrados.

Desde tiempos de los romanos, los muertos se enterraban fuera de los recintos urbanos. Costumbre seguida por los primeros cristianos. Sin embargo, durante la Edad Media, se difundió la usanza de crear cementerios propios de las Iglesias, que no llegaron a convertirse en cementerios generales, porque sólo admitían a algunos difuntos. Por eso, para la mayoría, lo normal era enterrarse en los cementerios parroquiales.

Ariès explica que el sepultar a los muertos fuera de las ciudades se debía a que los antiguos, a pesar de su 'familiaridad' con la muerte, sabiéndola inevitable y parte de la vida, temen convivir con los difuntos, que éstos vuelvan a perturbar su tranquilidad y por eso *"el culto que consagraban a las tumbas y a los manes tenía por objeto impedir a los difuntos 'volver' para perturbar a los vivos."*[215] Los muertos eran enterrados fuera de la ciudad y sus lugares de sepultura debían ser respetados, condenándose la profanación de tumbas. Al

[214] Bocaccio, Giovanni; *El decameron*, pág. 11
[215] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 33

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

principio, los cristianos continuaron esa costumbre. Pero, poco a poco, se pasa de una actitud de repugnancia ante la idea de sepultar los difuntos en templos dentro de la ciudad, a convertirlo en algo habitual hasta el siglo XVIII.

Ariès destaca la singular actitud de algunos anacoretas y cenobios en los primeros siglos de la cristiandad, que no deseaban ser enterrados, queriendo que su cuerpo quedara abandonado en el desierto, a merced de las inclemencias del tiempo y los depredadores, como un modo de *"marcar mejor la ruptura entre las supersticiones paganas y su alegría por el retorno a Dios."*[216] Sin embargo, esta actitud fue dejándose de lado, porque se pensaba que quien no era sepultado, no resucitaría.

Talvez, el origen de la costumbre de hacer cementerios dentro de las ciudades se halla en los primeros tiempos del cristianismo, cuando se creaban capillas sobre las tumbas de los mártires. Para proteger sus reliquias. Porque se teme mucho la profanación de tumbas e incluso se pensaba que alguien cuya tumba era profanada, tenía menos posibilidades de resucitar. Los romanos prohibían la profanación de tumbas. Pero, desde el siglo VII, muchas de estas reliquias fueron trasladas a basílicas dentro de las ciudades y se crean cementerios alrededor de ellas. Porque se cree que enterrarse junto a un santo les asegura una mayor protección espiritual. Esto produciría otra diferencia con los paganos, que no concebían la tumba como un lugar sagrado.[217]

Ariès explica que el sepultarse junto a los restos de un mártir comienza a ser una actitud difundida y deseada. Discrepa con Leclercq, que afirma que dicha costumbre se debe al deseo de procurarse la misma protección que las reliquias ante la profanación. Porque hace notar que, dada la sencillez de las tumbas cristianas de los primeros tiempos, no tenía sentido que sus tumbas se profanaran. Como el principal motivo de las profanaciones era económico y los cristianos no se enterraban con tesoros o valiosos objetos, no tenía sentido robar sus tumbas. Por el contrario, el autor cree que la costumbre de enterrarse *ad sanctos*, es decir, junto a los restos de un mártir, se debe a la búsqueda de otro tipo de protección: la espiritual. Así, al sepultarse junto al santo, estaba cerca de las oraciones dirigidas a éste y con ello creía asegurarse *"la protección del mártir, no sólo al cuerpo del difunto, sino a su ser entero, para el día del despertar y del juicio."*[218]

Por otro lado, junto a las tumbas de los mártires, en las necrópolis extramuros, van construyéndose basílicas. Costumbre que se inicia entre las comunidades cristianas de África.

[216] Ibídem, pág 34
[217] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 177
[218] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág 36

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Para Ariès, el primer ejemplo de sepulturas al interior de los templos: *"Las basílicas cementeriales se distinguieron durante mucho tiempo de la iglesia del obispo, de la catedral, que, en el interior de la muralla y a veces estaban llenas de muertos, atraídos no siempre por los mártires que allí habían sido los primeros venerados, sino por los muertos que habían sido enterrados a su lado."*[219] La ciudad crece y de pronto, los suburbios donde se encuentran las necrópolis y sus basílicas, quedan dentro de la ciudad, porque ésta ha ampliado sus muros y la gente empieza a instalar sus casas junto a las basílicas. Ya no tiene miedo ni repulsión por estar junto a los muertos. Así, en el siglo VII, surgen los cementerios urbanos, dependientes de las catedrales o parroquias.

Martínez Gil explica la presencia de los cementerios cristianos en España, particularmente en Al Ándalus, donde se conservaba una legislación similar a la romana, prohibiéndose los cementerios dentro de las ciudades. Explica que los cristianos no tuvieron problemas, porque los cementerios cobijados por una Iglesia se distinguían de uno musulmán o judío por su ubicación en los arrabales de la ciudad. En cambio, los cementerios musulmanes y judíos se ubicaban en los caminos que conducían a las puertas principales de las ciudades. No eran, por lo tanto, lugares solitarios. A medida que avanza la Reconquista, van quedando en desuso, salvo en Toledo, donde los mudéjares siguieron enterrándose.

Según Martínez Gil *"…el cementerio no era un lugar de silencio y recogimiento, sino más bien de reunión e incluso de dirección. A él se acogían los perseguidos por la justicia, en él se alzaban casas que gozaban de ciertos privilegios fiscales; se comerciaba, jugaba y danzaba sobre las sepulturas."*[220] Para hacer esta afirmación, dicho autor se basa en las miniaturas presentes en las *Cantigas* de Alfonso X y *Las Siete Partidas*. Salvador Claramunt concuerda con esta imagen del cementerio como lugar público, de encuentro de comerciantes y escribanos, explicando que también se les consideraba lugar de asilo y refugio. Generalmente ubicados en el *atrium* de las iglesias, muchas veces albergan peregrinos o gente necesitada. De hecho, el autor recuerda que a veces se construían casa junto a ellos.[221]

Todos los cristianos se enterraban en estos cementerios parroquiales e incluso algunos se hacían sitio entre las naves del templo o las capillas laterales, pero lo más común era enterrarse en el cementerio. Quedaban excluidos de él todos los que no tenían derecho a ser enterrados en lugares sagrados, como los no cristianos, los suicidas, los herejes, los excomulgados, los usureros manifiestos y en general, todos los que se sabe que han muerto en

[219] Ibídem, pág 38
[220] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 88
[221] Claramunt, Salvador; *La Danza Macabra como Exponente de la Iconografía de la Muerte en la Baja Edad Media*: en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y el arte de la Edad media*, pág. 94

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

pecado mortal. El no poder ser enterrado en el lugar sagrado era un castigo y una humillación. El difunto quedaba como marginado de la comunidad cristiana y con ello, sus posibilidades de una salvación que evitase la 'muerte segunda' eran mínimas.

Basándose en su teoría de la 'clericalización de la muerte', para Martínez Gil los espacios de sepultura, generalmente ligados a un templo y considerados un lugar sagrado, posibilitaban a la Iglesia un nuevo mecanismo de control. A quien se le negaba la sepultura en un camposanto, se le estaba castigando como un pecador, marginándosele de la sociedad e incluso, según el autor, de la posibilidad de salvarse, porque eran enterrados lejos del resto de la comunidad cristiana, donde *"no llegaban el rumor de las oraciones ni los efectos de los sufragios, se rompía la comunión entre ricos y muertos, y con la condición de cristiano se perdía también, ostensiblemente, la posibilidad de salvación."*[222]

Aunque, en rigor, todo el mundo se considera Templo de Dios, la cercanía con respecto a las tumbas de los santos, beneficia a las almas en pena, ya que las oraciones que se hace a los santos, también les beneficiarían. A diferencia del mundo pagano, que considera normal la tumba solitaria, el cristiano medieval le tiene horror a ésta, ya que quien se entierra solo en el campo, es el que se considera indigno de sepultarse en el cementerio de la Iglesia. Es decir, los sacrílegos, excomulgados, condenados a muerte o suicidas.

Por otro lado, con el tiempo irán aumentando los entierros dentro de las Iglesias y catedrales. En principio, prohibidos, luego reservados sólo para miembros importantes del clero y la realeza, ya en el siglo XV se hacen muy comunes los enterramientos en las Iglesias. La legislación medieval insistía en la prohibición de enterrarse dentro de las Iglesias. Pero, una cosa es lo que dice la ley, y otra, lo que ocurría en la práctica. En principio, sólo se hacían excepciones con los clérigos.

La elección del lugar de sepultura se consideraba un acto libre y personal. Aunque estaba prohibido enterrarse dentro de los templos, hacerlo en los claustros o al interior de los templos se consideraba un privilegio, pagado con generosas donaciones. Ya los Concilios visigóticos lo prohibían y esa proscripción se mantuvo a lo largo de los siglos. Pero, talvez la insistencia con que se menciona en la legislación eclesiástica, sea una prueba de lo difundida que estaba la práctica y los deseos que había por erradicarla.[223]

[222] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 91
[223] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 182

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Ariès hace notar cómo los Concilios, al ir reiterando la prohibición a lo largo de los siglos, van aumentando las excepciones para obispos, abades, sacerdotes y *fideles laici*. Estos últimos eran los fundadores o benefactores del templo en cuestión, que contaban con la aprobación del abad, párroco u obispo para ser sepultados allí. Los reyes también serán considerados entre las excepciones porque, al ser ungidos, sus cuerpos se asimilaban a los de los sacerdotes, y los de éstos a los de mártires o santos.[224]

Según Martínez Gil, los clérigos irán mostrándose permisivos con estas prácticas, porque les significaban importantes ingresos. *"En efecto, la prohibición observada en las iglesias parroquiales, en las que había que conformarse con una sepultura en el cementerio anejo a ellas, llevó a algunas personas, casi siempre acaudaladas, a buscar la manga ancha de las órdenes, las cuales vieron en ello una no desdeñable fuente de ingresos."*[225] Philippe Ariès no comparte esta actitud tan tajante, recordando que el derecho a sepultura no puede comprarse, así como los sacramentos tampoco se compran. Pero, *"las derogaciones a la regla general, podían comprarse,"*[226]dirá el autor, sin hacer hincapié en el hecho de que los clérigos hagan un negocio de ello, como afirma Martínez Gil.

Las personas, al querer enterrarse dentro de los templos, creían que así estarían más cerca de las oraciones y con ello, más cercanos a la salvación. Además de enterrarse ahí, hacen importantes donaciones para financiar las misas y oraciones destinadas a pedir por el descanso eterno de su alma. Así, durante los últimos siglos de la Edad Media, las catedrales y parroquias van llenándose de sepulturas. Además, éstas van ricamente esculpidas y ornamentadas, porque son un medio para exaltar al difunto, como una gran persona, y también a su linaje. Los reyes y los nobles fomentarán la creación de panteones familiares, sobre todo en los monasterios y catedrales. Sepultarse en un templo es un privilegio. Pero, además dentro del templo, hay lugares más apetecidos y que son para los más destacados.

En cuanto a la ornamentación de los sepulcros, María Jesús Gómez Barcena en su artículo *La Liturgia de los funerales y su repercusión en la Escultura Gótica Funeraria en Castilla*, explica que en el siglo XIII se asiste a un impulso de la escultura funeraria. Lo que no quiere decir que antes no existiesen, cosa que la misma autora hace notar, recordando que en los sepulcros románicos el tema más representado era un grupo de religiosos orando alrededor del difunto, mientras su alma era conducida por los ángeles. Otras veces, se reproducía el cortejo

[224] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 47
[225] Martínez Gil, Fernando; *La muerte vivida*, pág. 91
[226] Aries Philippe, *El Hombre ante la* muerte, pág. 49

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

fúnebre, encabezado por el sacerdote, seguido por los acólitos que portan la cruz, el aceite y los cirios.[227]

Sin embargo, la autora explica cómo en el siglo XIV esos temas desaparecen, siendo reemplazados por escenas evangélicas y por motivos heráldicos. Para ella, una prueba de *"que la valoración y orgullo por el linaje desplazaba, en la decoración del sepulcro, a las exequias que podíamos considerar más adecuadas según su condición de cristianos."*[228] Idea que coincide con Martínez Gil, que consideraba los sepulcros *"instrumentos perfectos para desplegar la ostentación de clase."*[229]

En cuanto a las capillas funerarias, a diferencia de las que son consagradas a un santo, son espacios de sepultura privilegiados, adosados a la iglesia, a veces enrejados, dotados de un altar, sepulcro, retablos o una imagen devocional.[230] Al igual que los sepulcros reales, las capillas funerarias son un *"signo distintivo del poder."*[231]Otro espacio, destinado a quienes no pueden permitirse un sepulcro en el claustro, ni poseen una capilla funeraria, son los suelos de las iglesias. Generalmente frente al altar mayor, o en las gradas de acceso, comparten junto a otros su espacio, siendo distinguidos por sencillas lápidas.

Sin embargo, lo más habitual continúa siendo el cementerio. En principio, éstos están situados en los atrios de las Iglesias o en los carnarios, preferentemente en la parte semicircular que rodea el ábside de la construcción. En ellos es posible encontrar tumbas familiares. No necesariamente son panteones, a veces es una misma tumba donde están enterrados varios miembros de una familia, porque así lo desean. Un anhelo que en los testamentos analizados en *Morir en la Edad Media*, está presente, y que Philipe Ariès explica que comienza a tomar fuerza en el siglo XV. [232]

En cuanto a los epitafios, Ariès explica que en la Alta Edad Media se había perdido la costumbre de inscribir los nombres de los difuntos en su sepultura. La gente se distinguía las tumbas de sus seres queridos, con referencias como dibujos o por su ubicación. Pero en el siglo XII 'renace' la costumbre antigua de hacer epitafios que *"manifiestan más bien*

[227] Gómez Barcena, M. Jesús; *La Liturgia de los Funerales y su repercusión en la Escultura Gótica Funeraria en Castilla*, pág. 33
[228] Gómez Barcena, M. Jesús; *La Liturgia de los Funerales y su repercusión en la Escultura Gótica Funeraria en Castilla*, pág. 34
[229] Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, 1996, pág. 96
[230] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 189
[231] Yarza Luaces, Joaquín; *La Capilla Funeraria Hispana en torno a 1400*; en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y el arte de la Edad Media*, pág. 68
[232] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 69 y Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 187

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

*espontáneamente una necesidad nueva de afirmar su identidad en la muerte, movimiento casi contemporáneo al desarrollo de la iconografía del Juicio Final y de la obligación religiosa de testar.* ”[233]

Al principio, los epitafios sólo dicen el nombre del difunto. Posteriormente, se incluirá su fecha de muerte y una plegaria a modo de conclusión. Estas últimas se hacen más frecuentes en el siglo XIV, convirtiéndose en una *“invitación piadosa a los supervivientes para comprender mejor, mediante algo visto, la gran lección paulina de* la muerte.”[234]Muchas veces, los epitafios incluyen dentro de su plegaria una exhortación al caminante que pasa por ahí. Un mensaje que lleva explícita la idea del *memento mori*:

*“Lo que nosotros fuimos, tú lo eres ahora, lo que nosotros somos, tú lo serás.* ”[235]

**Los testamentos: espejos de la idea de la muerte**

Los Testamentos, representantes de la última voluntad del difunto, generalmente se conciben como la disposición que éste hace de sus bienes, cuando ya no esté. Sin embargo, se les considera una importante fuente de estudio a la hora de investigar la idea de la muerte y su evolución. Más que nada, por sus encabezados, donde el propietario se encomendaba a Dios o a los santos, por la salvación de su alma. Además, el hecho de que a veces se destine parte de sus bienes a financiar oraciones por la salvación de su alma, constituyen pruebas de una idea de la muerte como un paso hacia una vida eterna, que, dependiendo de los actos cometidos en vida, la forma en que haya vivido su fe y el cómo se prepare para la muerte, le significará la salvación o la condena.

Generalmente, quienes redactan un testamento, lo hacen porque perciben la pronta llegada de la muerte, dada su avanzada edad o, por el padecimiento de una enfermedad grave. Situaciones que las autoras de *Morir en la Edad Media* explican que los testadores dan a entender en sus testamentos. Además, la enfermedad se considera, legalmente, un atenuante. Porque, en el lenguaje jurídico, se identifica enfermedad con una dolencia corporal. Y no es legalmente invalidante el redactar un testamento estando enfermo. Pero, si dicha patología afecta la mente del testador, entonces, el texto redactado puede ser considerado nulo. Por eso, en

[233] Pavón, Julia y García de la Borbolla, María Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 184
[234] Ibídem, pág. 186
[235] Raunié, E., *Epitaphies de Paris*; en Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 186

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

los documentos es frecuente encontrar una declaración que afirma que el testador se encuentra en pleno uso de sus facultades mentales. [236]

En cuanto a su estructura, los testamentos presentan dos partes. La primera parte refleja la dimensión espiritual con que se concibe la muerte en la Edad Media. Comienza con un encabezado, que se presenta como un *corpus* religioso-espiritual, que varía en extensión y presenta una reflexión de la vida humana al calor de la Revelación. A continuación, se enumeran los compromisos religiosos que contrae el testador para preservar su memoria y garantizar la salvación de su alma. La segunda parte es de orden práctico y jurídico, ya que trata acerca de los bienes que posee el difunto, su reparto y con ello asegurar una transmisión hereditaria de ellos pacíficamente.

Es la primera parte de estos textos, dado su carácter espiritual, la que ha sido objeto de estudio de quienes investigan la idea de la muerte. En ella es posible identificar las preocupaciones del hombre medieval acerca del destino de su alma, y las precauciones que toma por tratar de asegurarse la vida eterna. También en estos documentos puede verse la actitud ante la vida, concebida por influencia del *Contemptus mundi* como un peregrinar y cómo evolucionan las formas de devoción hacia Dios, los santos, la Virgen y Jesucristo.

Por otro lado, los testamentos son un reflejo de las relaciones solidarias que se establecerán entre los vivos y los muertos. Los difuntos están siempre presentes en la memoria de sus deudos. Se procura, como fomentarán los *Ars Moriendi*, asistirlos en el momento mismo de la muerte; luego se les acompaña en sus funerales y se asiste al entierro de sus restos mortales; para luego procurar la salvación de su alma, recordándola en sus oraciones o encargando celebrar misas de aniversario.

Julia Pavón hizo un estudio acerca de la evolución de la idea de la muerte a través de los testamentos. La autora explica cómo en los testamentos navarros de los siglos X, XI y XII, los encabezados resaltan la idea de la búsqueda de una redención de los pecados. En cambio, a partir del siglo XIII, la fórmula cambia y se resalta más el hecho de que el testamentario se encuentra en pleno uso de sus facultades y decide redactar el testamento voluntariamente.[237]En su investigación, destaca las alusiones hacia el dogma de la Encarnación, como una prueba de la evolución religiosa que se da en la Baja Edad Media. Sin embargo, si bien, este tipo de alusiones aumenta en esta época, ya en los testamentos del siglo XI estaba presente. Así lo

[236] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 100
[237] Pavón, Julia *Ut post obitum mereamur regna celorum. Actitudes ante la muerte en la Navarra Medieval*, en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la Navarra Medieval*, pág. 56

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

afirma la autora, refiriéndose al testamento de Ramiro, hijo del rey García el de Nájera.[238] La autora destaca además los encargos a las comunidades monásticas, para que recen por la salvación de sus almas y recuerda que esto está en concordancia con la institución de la Fiesta de Todos los Santos en el siglo XI, la de Todos los Difuntos en el XII, y la inclusión del '*memento* de los difuntos' en el Canon de la Misa.

Entre los intercesores, que irán cobrando cada vez más importancia, a medida que triunfe la idea del Purgatorio, se destaca a la Virgen María, cuyo culto irá en aumento, porque ha sido fomentado por importantes personalidades del mundo religioso, como San Bernardo de Claraval y San Francisco de Asís. *"La oración de María destaca entre todas, y aunque será la espiritualidad del siglo XIII la que señale y difunda más especialmente la grandeza de la Virgen, su figura se recuerda en muchos testamentos navarros anteriores a tales fechas, pero ligados a la adoración de sus templos."*[239]

Los testamentos no pueden probarnos realmente la devoción de los hombres medievales. Sin embargo, sí son un reflejo de la actitud ideal con que deben enfrentarse a la muerte. Lo mismo ocurre con los *Ars Moriendi*. Es imposible saber realmente la profundidad y devoción real que sentían esas personas por su fe. Sin embargo, su gran preocupación, plasmada en estos documentos, demuestra de qué modo lo religioso condicionaba este aspecto de la vida. Julia Pavón junto a Ángeles García de la Borbolla ha escrito *Morir en la Edad Media*. Un trabajo que también contó con los testamentos navarros medievales como su fuente principal, aunque respaldada por otros archivos de la época, como los fueros, crónicas y otros documentos oficiales. Para las autoras, los encabezados de los testamentos, con sus consideraciones espirituales, serían un reflejo de lo que Huizinga en su *Otoño de la Edad Media* interpretó como la actitud vital de la época, marcada por el contraste entre la precariedad de lo material y la durabilidad de lo espiritual.[240] Un ejemplo de esa actitud se ve en citas como ésta:

> "*por el pecado de nuestro padre Adant toda natura humana sea obligada e subyugada a la muerte corporal dela qual persona alguna en carne en esta miserable vida presta evadir ni escapar no puede et como no haya cosa mas cierta a los peregrinos en la presente vida que la muerte ni mas incierta que la hora de aquella.*"[241]

[238] Ibídem, pág. 58
[239] Ibídem, pág. 60
[240] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 34
[241] AGN, Protocolos Notariales, Tudela, Juan Martínez Cavero, c. 5, f. 119, Testamento de Francisco de Lenoz, 1508, en Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 34

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Esta actitud vital, cuyas manifestaciones serán muy diversas, se caracterizará por el *Contemptus mundi* o desprecio del mundo, que, malentendido podría interpretarse como una actitud pesimista ante la vida. Sin embargo, lo que se fomentaba era la conciencia de que el ser humano es mortal y, por lo tanto, todo aquello que realiza en la tierra es perecedero. Por lo tanto, la actitud vital correcta es la de aquél que, conociendo esto, no pierde el tiempo buscando glorias vanas y placeres superfluos y, sin dejar de disfrutar la vida, que es un regalo de Dios, se prepara para que cuando llegue la muerte, situación inevitable y sin anuncios, ésta no les sorprenda desprevenidos.

Una muerte sorpresiva o violenta, era en general identificada con una 'mala muerte', en contraste a la 'buena muerte', aquella en la que el moribundo enfrenta preparado y tranquilo su hora final, ya que ha resuelto sus asuntos terrenales, mediante la elaboración de un testamento, donde decide el destino de sus bienes terrenales cuando él deje este mundo, además de disponer de ellos para financiar oraciones que procuren la salvación de su alma. Además claro, de recibir los últimos sacramentos y hallarse en estado de Gracia. Sin embargo, concientes de la forma sorpresiva y violenta con que a veces se presenta la muerte, era necesario prever ese momento, por muy lejano que pareciese. [242]

Se destaca el hecho de que los encabezados de los testamentos, al ser esos párrafos anteriores al inventario de los bienes del difunto, serían donde mejor se exponen las ideas que el testador tiene sobre la muerte y el posterior destino de su alma. No son un mero formulismo con alusiones espirituales, a pesar de que algunos pueden interpretarlo así, dado el carácter notarial de estos textos. Las autoras ven en ellos una *"espontaneidad manifiesta que rompe estereotipos, dejando entrever una auténtica espiritualidad propia, rica y arraigada."*[243]

La necesidad de hacer testamento estaba continuamente recordada por la ley civil y también por la doctrina de la Iglesia. Julia Pavón y Ángeles García de la Borbolla consultaron, para el caso navarro, los Fueros. La legislación recomendaba hacer testamento a partir de los doce años, y que se fomentaba el hacerlo mientras aún se gozara de salud, y en pleno uso de las facultades mentales. Entre los siglos XII y XV continuamente menciona todas las prácticas relacionadas con la muerte, desde los testamentos hasta los cortejos, buscando regular las prácticas, procurando el equilibrio y la moderación. [244] Un ejemplo más de cómo la muerte en la Edad Media supo ganarse un espacio dentro de la vida cotidiana.

[242] Ibídem
[243] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 34
[244] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 55

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Por otro lado, no hay que olvidar el aspecto práctico de los testamentos y para lo que fueron creados: establecer ordenadamente y, de acuerdo a la voluntad del difunto, la repartición de sus bienes. Evitando así que se produzcan discordias familiares o abusos. Esta finalidad, según las autoras de *Morir en la Edad Media*, aparece constantemente en la documentación señalada, donde los testadores declaran expresamente que desean evitar los conflictos que pueden generarse entre los familiares del difunto, por la posesión de sus bienes. [245]

Además, los testamentos proporcionan nuevos ejemplos que ilustran los tres grupos que componen la comunidad de la Iglesia, una consecuencia de la difusión de la idea del Purgatorio. Cuando una persona escribe un testamento, pidiendo a una orden religiosa determinada que rece por su alma, encomendándose a un santo para que interceda por su salvación; estamos ante los tres grupos que conforman la Iglesia: el testamentario representará, al morir, a la Iglesia Purgante; la Orden religiosa a la que donó parte de sus bienes para que recen por él, la Iglesia Militante; y los Santos que, desde el Cielo, atienden estas oraciones e interceden ante Dios, son la Iglesia Triunfante. Por otro lado, las encomendaciones pueden interpretarse como una prueba de lo arraigados que estaban en la mentalidad medieval la fe en la omnipotencia divina y los fuertes vínculos entre los vivos y los muertos.[246]

Ante el temor de una muerte súbita o del padecer una enfermedad mortal que les prive de sus facultades, las autoridades eclesiásticas y tratados como el *Ars Moriendi* recomiendan hacer testamento cuando se goza de salud y se está en pleno ejercicio de sus facultades. Se considera a éstos como un acto prudente, de sentido común, porque es una forma de dejar resueltos los asuntos terrenales, al disponer de los bienes y con ello, asegurar el sustento de sus seres queridos y contribuir a la salvación de su alma, cuando se destinan bienes a financiar misas por su alma. Una prueba de que la actitud ideal del hombre bajomedieval ante la muerte, aquella que se fomentaba, era la de quien está siempre preparado para ese momento.

Ante nuestros ojos, el testamento se concibe actualmente como una mera formalidad legal, donde una persona hace por escrito una declaración de sus bienes, estableciendo qué hacer con ellos cuando él muera, y legalizado ante notario. Sin embargo, en la Edad Media, además de esta función legal indiscutible, los testamentos tenían un papel social y espiritual, muy relevante en la mentalidad de la época, convirtiéndose en *"un auténtico seguro de vida eterna para el testador, siempre y cuando fuera acompañado de las buenas obras y de un verdadero*

[245] Ibídem, págs. 74-75
[246] Pavón, Julia *Ut post obitum mereamur regna celorum. Actitudes ante la muerte en la Navarra Medieval*, pág. 61

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

*arrepentimiento, que las mismas disposiciones del documento debían acreditar."*[247]Jaume Aurell destaca el aporte que constituyen estos documentos para conocer la mentalidad del hombre medieval hacia la muerte. Advierte que considerarlos como una mera formalidad legal, repleta de fórmulas repetitivas, es un error. Para él, son un fiel reflejo de cómo el hombre bajomedieval se enfrenta a la muerte, con temor, pero con gran confianza en la misericordia divina y esperanza en alcanzar la vida eterna.

Los testamentos son un reflejo más de la actitud ante la vida y ante la muerte que caracteriza al hombre de los siglos XIV y XV: un hombre consciente de la fugacidad de la vida, de la precariedad del cuerpo humano, de lo superfluos que son los placeres mundanos, porque la muerte, inevitable para todos, llegará un día, poniendo fin a todo aquello. Sin embargo, la fe le presenta ese momento como el inicio de una nueva etapa, a la que debe llegarse preparado, para no caer en la condena eterna. La preparación para la muerte, en la que se inscribe la práctica de hacer testamentos, es muy recomendada, además de ser un recurso tranquilizador ante una muerte que al común de las personas les aterroriza. En ese sentido, los testamentos son también un reflejo de una sociedad *"plenamente persuadida del contraste entre un frágil mundo corporal y un incorruptible mundo espiritual."*[248]

Ermelindo Portela y M. Carmen Pallares en su artículo *Muerte y Sociedad en la Galicia Medieval*, destacan el aporte que los testamentos entregan al dar a conocer las actitudes e inquietudes del hombre medieval ante la muerte, como la preocupación por el destino de su alma, para lo que acude a las encomendaciones, y a manifestar su arrepentimiento por los pecados cometidos. Por otro lado, también resaltan el deseo de generar vínculos entre las generaciones pasadas y las futuras. Sin embargo, estos autores advierten lo limitadas que son estas fuentes para conocer la realidad de la actitud ante la muerte. Porque, no todos los hombres hacían testamento. Ésta era una práctica más difundida en las ciudades, y dentro de la nobleza y el clero. Los campesinos generalmente no los hacían.[249]

Acerca del origen de las encomendaciones, Ariès cree que éste se halla en las plegarias de la Iglesia primitiva, que se hacían cuando alguien moría o, si era posible, la hacía el mismo moribundo. Ejemplos de estas commendatio animae, el autor encontró en los Romances. Así, Rolando, al sentir la llegada inminente de su muerte, reza así:

---

[247] Aurell, Jaume; *La impronta de los testamentos bajomedievales: entre la precariedad de lo corporal y la durabilidad de lo espiritual*, en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la Navarra Medieval*, pág. 83
[248] Ibídem, pág. 91
[249] Portela, Ermelindo y Pallares, M. Carmen; *Muerte y Sociedad en la Galicia Medieval (siglos XII-XIV)*, en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y el arte de la Edad Media*, págs. 25-27

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

*"Verdadero padre, que jamás mientes, tú que te acordaste de Lázaro entre los muertos, tú que salvaste a Daniel de los leones, salva mi alma de todos los peligros, por los pecados que he cometido en mi vida."*[250]

Acerca de las diferencias sociales entre los testadores, las autoras dan a entender que no pueden establecerse diferencias en cuanto a la forma y el contenido espiritual de los testamentos basándose en este criterio. A diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, en los sepulcros y los funerales, cuya ostentación y lujo es directamente proporcional a los títulos de nobleza y la riqueza del difunto. La única diferencia entre el testamento de un rey y el de un campesino, es la cantidad de bienes inventariados y la posibilidad de, con ello, encargar mayor cantidad de mandas pías y de legar numerosas donaciones. Pero, en los encabezados, no hay diferencias.

Todos los testamentos tienen el mismo valor espiritual. Porque todo aquél que hace testamento, sabe que la muerte llegará inevitablemente y asistirán a ese Juicio Particular, al que es mejor llegar preparado. Se dan cuenta de que todo aquello que han acumulado en vida: riquezas, títulos de nobleza, propiedades, gloria, etc., no sirve de nada a la hora de enfrentarse al Juicio. Entonces, sólo cuentan las buenas obras y el estar en gracia con Dios. *"Acaba entonces el tiempo de merecer y ninguno de los triunfos o posesiones ganadas en la tierra servían para el más importante de los encuentros con Dios."*[251]

A pesar de este carácter igualitario, presente en los encabezados de los testamentos y a partir del siglo XV, en las Danzas de la Muerte, los más privilegiados se dan cuenta de que su condición les trae ventajas. No sólo pueden permitirse ceremonias suntuosas en sus funerales y sepulcros que son obras de arte, sino también financiar gran cantidad de misas y oraciones destinadas a encomendar la salvación de su alma, a cambio de generosas donaciones, a instituciones religiosas, como a parientes y amigos. Porque *"no están dispuestos a abandonar las expresiones plásticas que su capacidad económica les pueda facilitar para expresar su piedad, poder económico y deseos de descanso eterno y gloria eterna."*[252]

Por otro lado, hay que recordar la importancia que cobran en la Edad Media las imágenes y representaciones. Y la idea de la muerte, reflejada en los testamentos medievales, se inscribe dentro de este pensamiento simbólico. Donde todo es reproducido por medio de

[250] Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág 23
[251] Ibídem, pág. 48
[252] Ibídem

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

analogías. Un carácter que durante la Baja Edad Media se acentúa. Porque las imágenes servirán para expresar toda la dimensión espiritual de la idea de la muerte.

En los testamentos bajomedievales, las autoras advierten que la encomendación del alma pasa a cobrar un lugar muy destacado. Los testamentos la presentan como un abandonarse humildemente en las manos de Dios, su Creador, clamando por su misericordia. Y Cristo es, en este proceso, el mediador porque él posibilitó con su Sacrificio Redentor la Salvación. A modo de ejemplo, citan el testamento de Pedro de Azagra, fechado en 1453:

> "*...umil et devotament encomiendo mi anima en las manos de nostro sennyor Dios clamandole unmil et devotament cuerce que por la su sanct misericordia e piedad et intercesión dela gloriosa e muy misericordiosa Virgen María madre de nostro redemptor e salvador Ihesu Cristo, meritos e intercession de los bien aventurados santos e santas de la corte celestial le placia por su clemencia perdonar mis culpas, faltas e pecados e mi anima constituir e collocar en su perdurable gloria del su santo paraíso, amen.*"[253]

Junto a las encomendaciones, otros esfuerzos que el hombre medieval realiza para procurar su salvación mediante el uso de sus bienes materiales, están las donaciones piadosas y las oblaciones. Las primeras, destinadas a redimir las penas del Purgatorio, son anticipos del testamento, porque se realizan en vida. Son transmisiones de propiedades o bienes a cambio de que el beneficiario destine parte del usufructo a financiar oraciones por el alma del donante.

Por otro lado, no es posible hallar en estos documentos información acerca de la Escatología Medieval, porque no se encuentra ninguna descripción ni concepto acerca del Purgatorio, el Cielo o el Infierno. La preocupación de lo testadores parece orientada al destino de su alma, esperando que ésta no se condene. En este aspecto, es posible establecer una distinción entre los documentos de la Alta Edad Media con los de la Baja Edad Media.

En la Baja Edad Media, las fórmulas ganan en extensión y en contenido, ya que se adhieren al momento de renovación espiritual que se está viviendo. Por otro lado, el desarrollo jurídico, alcanzado gracias al resurgimiento del Derecho Romano, aporta novedades, dejando de lado algunas formalidades anteriores. En los testamentos bajomedievales, sigue presente la idea de que es Dios quien juzga a los hombres a partir de sus acciones, salvándoles o condenándoles.

[253] Testamento de Pedro de Azagra, 1453; ACP, faccsímil 12, en Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 114

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Pero, a través de Jesucristo, el concepto de Dios se hace más cercano. Así, se dice que el alma será tomada por las manos de Cristo, la Virgen y los santos, que le llevarán a su destino.[254]

Otro aspecto a destacar en los testamentos bajomedievales es causado por la mayor aceptación hacia la idea de un lugar intermedio, donde es posible purgar las penas después de la muerte. A quienes morían en estado de Gracia con Dios, pero sus errores pasados le hacían indigno de alcanzar la salvación, la idea del Purgatorio se les presentaba como una esperanza. Aunque las representaciones de este lugar no lo harán un lugar placentero, siempre es mejor que la condena eterna del Infierno.

Sin embargo, quien debe pagar por las faltas cometidas, siempre desea que su estadía en ese lugar sea lo más breve posible. Para ello, surgen los refrigerios, beneficios para el alma, evitándole los castigos del Purgatorio. Porque, aunque todo buen cristiano deseaba alcanzar la salvación y procuraba tener una Buena Muerte, preparándose para ello, al mismo tiempo tenía consciencia de que no siempre estos esfuerzos eran suficientes para compensar las faltas cometidas en vida. Por eso, sabía que el primer destino posible para su alma era este tercer lugar o Purgatorio.

Debido a ello, establecían las encomendaciones en sus testamentos. Las autoras explican que por eso, muchos han malinterpretado el hecho de que el testador disponga de algunos de sus bienes para financiar misas y oraciones por su alma, como un 'mercadeo del alma'.[255] Por el contrario, ellas explican que deben ser interpretadas como una especie de 'precaución' que toma el testador, consciente de que, a pesar de haberse esforzado al máximo en su vida para merecer el Cielo, quizá al momento de morir sus faltas no estén enmendadas del todo, por lo que deba purgar una temporada esos pecados y ve en las encomendaciones un modo de reducir ese tiempo.

Estoy de acuerdo con esa interpretación, ya que me parece coherente con lo que es la mentalidad medieval. Sin embargo, puede haber ocurrido que algunos hombres de la época hayan malinterpretado las encomendaciones como un modo de 'comprar' su salvación. A pesar de ello, las encomendaciones concuerdan con la mentalidad del momento, profundamente religiosa, preocupada por la debilidad del alma humana, siempre en peligro de caer en la tentación y condenarse. Sería contradictorio pensar en un Dios omnipotente y juez implacable, que ante las insistentes oraciones que sus fieles le brindan por el alma de un gran pecador, se decida a salvarse, siendo que no se lo merece.

[254] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 116
[255] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 119

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

En la documentación analizada, las doctoras Pavón y García de lo Borbolla han identificado las actitudes e ideales que el buen cristiano debía tener, ya que en ellos *"…se vertían los ideales religiosos y piedad personal de una trayectoria vital que se esperaba subsistiese junto a Dios."*[256] Un hombre de una piedad profunda, que participa activamente del culto divino.En ese contexto, y a la luz de su fe, el hombre percibe la muerte como una transformación de la vida, no como el fin de ella. Teme por el destino de su alma pecadora y por eso decide acogerse a los intermediarios ante el juicio de Dios. Y procurar todos los medios para alcanzar la Salvación, identificada con el Cielo, evitar la condena total, representada por el Infierno, o la condena parcial, cumplida en el Purgatorio.

Por ello, un elemento importante hallado en los testamentos navarros, es la encomendación a los santos. Las autoras de *Morir en la Edad Media*, hacen ver que no existe mucha diferencia en cuanto a devoción entre la Alta y la Baja Edad Media. El cambio se genera más en cuanto a la *"disposición del alma"*[257]. A pesar de que la religiosidad se manifiesta más intensamente, el sentimiento original no ha cambiado. El hombre no se ha vuelto más creyente, sino que exterioriza más sus creencias. Por ejemplo, cambia el ideal de santidad hacia uno más adecuado y cercano a esta nueva forma de vivir la fe. Sin embargo, la oración no se hizo más frecuente. Lo que ocurre es que ahora se viven las creencias de una forma diferente, más personal y que coincide con el incipiente individualismo que va plasmando la mentalidad bajomedieval.

Los testamentos se presentan como la expresión jurídica de la capacidad del titular de disponer sus bienes después de su muerte. En ellos se reflejan algunos pensamientos del difunto, de su voluntad y de la sociedad en la cual está inmerso. Y sus encomendaciones, destinadas a conseguir la Salvación, serían un reflejo de la relación que se da entre los vivos y los muertos, en un ambiente de solidaridad entre el mundo terrenal y el celestial.Una solidaridad que se desarrolla en tres niveles: con el pasado, porque el testador en sus encomendaciones, también menciona a sus antepasados difuntos, encargando también oraciones para ellos. Con el presente, porque pide a sus cercanos que recen por él, facilitándoles los medios materiales para hacerlo. Y con el futuro, al invocar a los intercesores celestiales, para que sean justos intermediarios en su juicio particular. Las autoras explican que una posible razón de estas solidaridades es un reflejo de la necesidad de crear vínculos entre sus antepasados y las

[256] Ibídem, pág. 120
[257] Ibídem, pág. 120

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

generaciones futuras. Por otro lado, esta solidaridad también se presenta como la relación entre las 'tres Iglesias': la Purgante, la Triunfante y la Militante. [258]

## Conclusiones

Al comenzar esta investigación, creía que esa obsesión por la muerte, presente en la mentalidad bajomedieval, que llevó a convertirla en la protagonista del siglo XV, era una consecuencia de la Peste Negra, por la gran mortandad que ésta causó, junto a los síntomas de la 'crisis', ocurrida en el siglo XIV. Pero, pronto me di cuenta de que la Peste no fue la única causa de esta omnipresencia de la muerte en el entramado religioso y espiritual del siglo XV. La obsesión por la muerte no fue producto de un 'trauma', sufrido por el hombre medieval ante la gran mortandad. Esta actitud ante la muerte formó parte de una actitud que ya estaba presente en los siglos anteriores a la Peste. Una actitud ante la vida que era parte del ideal del cristiano, fomentado por la Iglesia de esa época. Por lo tanto, la idea de la muerte en la Baja Edad Media estuvo muy relacionada con lo religioso, pudiendo remontarse a los orígenes del cristianismo.

Una de mis interrogantes al iniciar este estudio era el comprobar si se produjo un cambio de mentalidad en torno a la muerte en los siglos XIV y XV. Algo que explicara por qué, aparentemente, la idea de la muerte pasa de ser considerada una cosa natural, a verse como la 'gran enemiga', que arrebata todo lo conseguido y recuerda que las acciones realizadas en esta vida, son castigadas o recompensadas después de la muerte.

El énfasis que esta actitud fue adquiriendo a lo largo de los siglos, estaba íntimamente relacionado con la evolución religiosa que experimentó el cristianismo en su búsqueda de una mayor participación del laico en la vida religiosa. El papel de la Peste fue exacerbar esta actitud ante la vida, donde la muerte ha estado siempre tan presente, volviéndola obsesiva y protagonista, resaltando sus aspectos más macabros y temibles. En el arte, la gran mortandad será más una inspiración para expresar ese sentimiento, que la causante de aquél.

El hombre bajomedieval, antes de la Peste, ya tenía esa actitud ante la muerte, siendo conciente de que la vida terrenal es fugaz y perecedera, limitada por la muerte inevitable, a la que un buen cristiano no debe temer. Lo que hace la crisis del siglo XIV con su gran mortandad, es recordárselo con mayor énfasis que nunca. No hay que olvidar que dicha actitud era fomentada por la Iglesia, a través de sus sermones y escritos. Tanto las Danzas de la Muerte como el *Ars Moriendi*, están estrechamente relacionadas con los esfuerzos que hace el Clero por

[258] Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 147

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

recordar la correcta actitud del cristiano ante la vida y ante la muerte. Los predicadores acertaron en su afán pedagógico y catequético, al presentar los horrores que se vivía, como nuevos indicios de lo cercana que es la muerte, lo inevitable que es su llegada, lo fugaz que es la vida, y por ende, lo importante que es estar siempre preparado para ese momento.

La Danza de la Muerte se presenta entonces como un 'sermón en acción', la expresión más clara del *memento mori* medieval, en concordancia a lo que la Iglesia siempre les recordaba desde el púlpito. Por otro lado, en el *Ars Moriendi*, esta inspiración religiosa se ve con mayor claridad. Porque se tiene la certeza de que su autor era un dominico, asistente al Concilio de Constanza, y además se presenta como un compendio de todo lo que la tradición cristiana considera necesario para procurar una Buena Muerte. Llama la atención el hecho de que este Tratado surja después de la época de las grandes pandemias, en la que el miedo y las prisas provocaban que la gente dejara de lado esas precauciones.

Como conclusión final, se podría decir que el impacto causado por la Peste contribuirá a hacer de la muerte una obsesión. Pero, no serán el miedo y la desesperación los que provocarán esta actitud, sino que ésta será fruto de una larga tradición, vinculada al cristianismo: la actitud que todo buen cristiano debe tener ante la muerte. La Peste vino a poner a prueba estos principios. Una situación que el clero y en particular, los predicadores, supieron aprovechar, y en su misión de guías espirituales de la cristiandad, intentaron evitar que sus feligreses cayeran en la desesperación, el desenfreno, en actitudes profanas o supersticiosas, olvidando su fe. Las prédicas que recuerdan que todos vamos a morir, cómo enfrentar ese momento, y vivir concientes de que la vida se acaba, serán muy influyentes en esta obsesión y omnipresencia que se desarrollará en torno a la muerte en el siglo XV.

Historias del Orbis Terrarum

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

## Bibliografía

Amasuno Sárraga, Marcelino; *La Peste en la Corona de Castilla durante la segunda mitad del siglo XIV*, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, Salamanca, 1996.

Adeva Martín, Ildefonso; *"Ars bene moriendi". La muerte amiga*; en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, págs. 295- 360

Ariès, Philipe; *El hombre ante la muerte*, Taurus, Madrid, 1983.

*Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, Edición y Estudio de Francisco Gago Jover, Medio Maravedí, Barcelona, 1999

Aurell, Jaume y Pavón, Julia; *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España Medieval*; Eunsa, Pamplona, 2002.

Aurell Cardona, Jaume; *Introducción. La transversalidad de la historia de la muerte en la Edad Media*; en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, págs. 9- 26.

Aurell Cardona, Jaume; *La impronta de los testamentos bajomedievales: entre la precariedad de lo corporal y la durabilidad de lo espiritual*, en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, págs. 77-94.

Baldó Alcoz, Julia; *Réquiem aeternam. Ritos, actitudes y espacios en torno a la muerte en la Navarra bajomedieval*, Tesis de Doctorado inédita, Universidad de Navarra, noviembre 2005.

Benedictow, J. Ole; *The Black Death. 1346-1353. The Complete History*, The Boydell Press, Woodbridge, 2006.

Bueno Domínguez, María Luisa; *Espacios de Vida y Muerte en la Edad Media*, Semuret, Salamanca, 2001.

Bocaccio, Giovanni; *El Decamerón*, Biblioteca El Sol, Alianza Editorial, 1991.

Carpentier, Èlisabeth; *Une Ville Devant la Peste. Orvieto et la Peste Noire de 1348*, Éditions Jean Touzot, Paris, 1962.

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Chiffoleau, Jacques; *Histoire de la France religieuse. Du christianisme flamboyant a`l'aube des Lumières, Éditions du sevil, Paris, 1988.*

Claramunt, Salvador; *La Danza Macabra como exponente de la iconografía de la muerte en la Baja Edad Media;* en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, págs. 93-98.

Clark, James M.; *The Dance of Death in the Middle Ages and the Reinassance*, Glasgow University publications, 1950.

Delumeau, Jean; *El Miedo en Occidente*, Taurus, Madrid, 1989.

Delumeau, Jean; *Le Péché et la peur. La culpabilisation en Occident. XIIIª- XVIIIª siècles*, Fayard, París, 1983.

Duby, Georges; *Europa en la Edad Media*, Paidós, Barcelona, 2007.

Du Bruck, Edelgrand y Gusick, Barbara; *Death and Dying in the Middle Ages*, Meter Lang Inc., New York, 1999.

Du Bruck, Eldegrand; *Death: Poetic Perception and Imagination (Continental Europe)*; en *Death and Dying in the Middle Ages*, págs. 295-313.

Dualow, Donald F.; *Dying Well: The Ars moriendi and the Dormition of the Virgen*; en *Death and Dying in Middle Ages*, págs. 179-229.

Español Bertrán, Francesca; *La Imagen de lo macabro en el gótico hispano*; Cuadernos de Arte Español, Historia 16, Madrid, 1992.

Gómez Barcena, M Jesús; *La liturgia de los funerales y su repercusión en la Escultura Gótica Funeraria en Castilla*; en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, págs. 31-50.

Gordon, Bruce and Marshall, Peter; *Tle Place of Death. Death and Remembrance in Late Medieval and Early Modern Europe*, Cambridge University Press, 2000.

Huizinga, Johan; *El Otoño de la Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Heers, Jacques; *Occidente durante los siglos XIV y XV*, Laber, Barcelona, 1968.

Huete Fudio, Mario; *Las Actitudes ante la Muerte en tiempos de la península ibérica, 1348-1500*, en Cuadernos de Historia Medieval, Sección Miscelánea, 1, 1998, págs. 21-58.

Infantes, Víctor; *Las Danzas de la Muerte. Génesis y desarrollo de un género medieval (siglos XIII-XVII)*, Ediciones Universidad de Salamanca, noviembre 1997.

Iradiel Murugarren, Paulino; *La Crisis Bajomedieval, Un tiempo de Conflictos*; XIV Semana de Estudios Medievales, Nájera 2003, "Conflictos sociales, políticos e intelectuales en la España de los siglos XIV y XV", Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2003, págs. 13-48.

Lahoz Gutiérrez, María Lucía; *La Vida Cotidiana en el ámbito de la Escultura Funeraria Gótica*; en "Vida Cotidiana en la España Medieval", Actas del VI Curso de Cultura medieval, celebrado en Aguilar del Campoo (Palencia) en 1994, Ediciones Polifemo, Madrid, 2004.

*La Danza General de la Muerte*, Edición y estudio de Dinko Cvitanovic y Haydeé Bermejo, Textos Comentados, Cuadernos del Sur, Instituto de Humanidades, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina, 1966.

*La Regla de San Benito*, Versión de García M. Colombás, M. B., Cal & Canto, Santiago de Chile, 1995.

Le Goff, Jacques; *El Nacimiento del Purgatorio*, Taurus, Madrid, 1989.

Le Goff, Jacques; *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*, Gedisa, Barcelona, 1991.

Lida de Malkiel, María Rosa; *La Idea de la Fama en la Edad Media Castellana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1952.

Manrique, Jorge; *Coplas a la muerte de mi padre*, Espasa-Calpe, Madrid, 1974.

Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida. Muerte y Sociedad en Castilla durante la Baja Edad Media*, Universidad de Castilla-La Mancha, Toledo, 1996.

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Martínez Gil, Fernando; *Del modelo medieval a la Contrarreforma: la clericalización de la muerte*; en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, págs. 215-256.

Mitre Fernández, Emilio; *Iglesia, Herejía y vida política en la Europa Medieval*, BAC, Madrid, 2007.

Mitre Fernández, Emilio; *La muerte primera y las otras muertes. Un discurso para las postrimerías en el Occidente Medieval*; en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, págs. 27-48.

Mitre Fernández, Emilio; *La Muerte Vencida. Imágenes e historia en el Occidente Medieval (1200-1348)*, Encuentro Ediciones, Madrid, 1988.

Mitre Fernández, Emilio; *La Epidemia arrasa Europa*, en *La Peste Negra* (Dossier), Historia 16, Volumen 56, 1980, págs. 54-59.

Monteano, Peio; *La Peste Negra en Navarra. La catástrofe demográfica de 1347-1349*, en Príncipe de Viana, año 62, nº 222, 2001, págs. 87-120.

Mormando, Franco; *What happens to us when we die? Bernardino of Siena on 'the tour last things'*; en *Death and Dying in the Middle Ages*, págs. 109-142.

Morrás Ruiz-Facó, María; *Mors bifrons: Las élites ante la muerte en la poesía cortesana del Cuatrocientos castellano*; en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, págs. 157-196.

Núñez, Manuel y Portela, Ermelindo; *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, Colección Aula Abierta, Universidad de Santiago de Compostela, 1988.

Núñez Rodríguez, Manuel; *La Indumentaria como símbolo en la Iconografía Funeraria*; en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, págs. 9 -20.

O' Connor, Mary Catherine; *The Art of Dying Well. The Development of the Ars Moriendi*, AMS Press, Inc, New York, 1966.

Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, Universidad de Navarra, proyecto de Investigación "La muerte en la Navarra Medieval", 1998-2003, en prensa.

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Historias del Orbis Terrarum

Pavón Benito, Julia; *Ut post obitum mereamur regna caelorum. Actitudes ante la muerte en la Navarra altomedieval*; en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, págs. 49-76.

Pirenne, Henry; *Historia Económica y Social de la Edad Media*, Fondo de Cultura Económica**,** México, 1947.

Portela, Ermelindo y Pallares, M Carmen; *Muerte y Sociedad en la Galicia Medieval (siglos XII-XIV)*; en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, págs. 21-30.

Quinn, Patrick; *Aquina´s Dilemma about knowledge after death*; en *Death and Dying in Middle Ages*, págs. 143-156.

Retamal Favereau, Julio; *Y después de Occidente ¿Qué?*, Conquista, Santiago de Chile, 1986.

Rucquoi, Adeline; *De la Resignación al Miedo: La Muerte en Castilla en el siglo XV*; en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, págs. 51-66.

Ruiz, Juan; *Libro de Buen Amor*, Edición Crítica de Manuel Criado de Val y Eric W. Naylor, Clásicos Hispanos, Madrid, 1965.

Sesé, Javier; *Historia de la Espiritualidad*, Eunsa, Pamplona, 2005

Shinners, John; *Medieval Popular Religión. 1000-1500. A Reader*, Canadien Cataloguing in Publication Data, 1994.

Suárez Fernández, Luis; *Humanismo y Reforma Católica*; Palabra, Madrid, 1987.

Swanson, R. N.; *Religion and Devotion in Europe 1215-1515*, Cambridge Medieval Texts Books, Cambridge University Press, 1995.

*The New Cambridge Medieval History*, Cambridge University Press, 1998, Volumen VII (1415-1500).

Historias del Orbis Terrarum

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

Torres Ballesteros, Nuria; *La muerte como aspecto de la vida cotidiana medieval: los sepulcros de Villasirga*; en "Vida Cotidiana en la España Medieval", Actas del VI Curso de Cultura medieval, celebrado en Aguilar del Campoo (Palencia) en 1994, Ediciones Polifemo, Madrid, 2004.

Valdeón Baruque, Julio; *Aspectos de La Vida Cotidiana en Castilla*; en "Vida Cotidiana en la España Medieval", Actas del VI Curso de Cultura medieval, celebrado en Aguilar del Campoo (Palencia) en 1994, Ediciones Polifemo, Madrid, 2004.

Valdeón, Julio; *El Impacto de la Peste*, en *La Peste Negra* (Dossier), Historia 16, Volumen 56, 1980, págs. 67-71.

Vauchez, André; *La spiritualité du moyen âge occidental. VIIIª-XIIª siècles*, Presses universitaires de France, 1975.

Vovelle, Michel; *Ideologías y Mentalidades*, Ed. Ariel, Barcelona, 1985.

Vovelle, Michel; *Le Mort et l'Occident de 1300 à nous jours*, Gallimard et Panthéon Books, 1983.

Worcester, Thomas; *In the face of Death: Jean Delumeau on Late-Medieval fears and hopes*; en *Death and Dying in Middle Ages*, págs. 157-174.

Yarza Luaces, Joaquín; *Historia del Arte Hispánico*, Alambra, Madrid, 1982, Tomo II.

Yarza Luaces, Joaquín; *La Capilla funeraria en torno a 1400;* en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, págs. 67-92.

Ziegler, Philip; *The Black Death*, Alan Sutton Publishing Inc, Dover, USA, 1993.

**Fuentes bíblicas:**

Carta a los Tesalonicenses
Segundo Libro de los Macabeos
Primera Carta a los Corintios
Libro de Daniel
Epístola a los Romanos
Evangelio según San Mateo
Evangelio según San Lucas
Apocalipsis

Historias del Orbis Terrarum

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©